SOLEDAD VEGA ALTAMAR

una novela

Julia Gulliver y las Mareas del Imposible



Julia Gulliver y las Mareas del Imposible

1. Capítulo 1 — El acuse de recibo
2. Capítulo 2 — Expediente 4471
3. Capítulo 3 — Los balcones de la espera
4. Capítulo 4 — El sereno que no toca
5. Capítulo 5 — La campana
6. Capítulo 6 — La cerrajería de las mitades
7. Capítulo 7 — Lo que él no debería saber
8. Capítulo 8 — La puerta que no abre
9. Capítulo 9 — Correos y casamientos
10. Capítulo 10 — El relojero viudo
11. Capítulo 11 — La feria de los aspectos
12. Capítulo 12 — La oferta de quedarse
13. Capítulo 13 — La torre de las mareas
14. Capítulo 14 — El guardián
15. Capítulo 15 — Lo que hace el Oficial
16. Capítulo 16 — La marea que sube
17. Capítulo 17 — La oficina de lo inexplorable
18. Capítulo 18 — El explorador sin orilla
19. Capítulo 19 — El expediente robado
20. Capítulo 20 — El ascenso
21. Capítulo 21 — Los fragmentos del nombre
22. Capítulo 22 — La reclamación
23. Capítulo 23 — Tierra
24. Epílogo — La oficina nueva

Capítulo 1 — El acuse de recibo

En una oficina de objetos perdidos hay una sola norma que importa de verdad: a los noventa días, lo que nadie reclama deja de pertenecer a quien lo perdió y pasa a pertenecer a quien lo guarda.

Yo llevaba siete años guardándolo casi todo.

Paraguas tristes, una dentadura postiza, un canario disecado, una pierna ortopédica y la urna de un tal Eustaquio que llevaba cuatro años en mi estante sin que viniera nadie a buscarlo. Le quitaba el polvo los lunes y le daba los buenos días. No me juzguéis. Pasáis ocho horas al día con un señor en una caja y ya veremos quién le da los buenos días a quién.

La mañana en que se me empezó a torcer la vida para siempre arrancó como todas las demás: con un señor reclamando algo que, técnicamente, ya no era suyo.

—Un paraguas —dijo, plantado en el mostrador con el sombrero en las manos—. Negro. Mango de madera. Lo perdí en el ferri.

—¿Cuándo?

—En febrero.

Miré el calendario. Miré al señor. Volví a mirar el calendario, por darle emoción.

—Estamos en junio, caballero.

—¿Y?

—Que han pasado más de noventa días. Según el reglamento, su paraguas dejó de ser suyo hace seis semanas. —Me apoyé en el mostrador—. Ahora mismo, legalmente, ese paraguas es mío.

El hombre puso cara de funeral.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que podría abrirlo yo los días de lluvia y pensar en usted con cariño. —Fui al estante de los paraguas, descolgué uno negro de mango de madera que se abría regular y se lo planté delante —. Pero como soy más blanda que el pan de molde, tenga. Lléveselo. Y la próxima vez, no pierda las cosas en febrero, que en febrero pierde todo el mundo y se me llena el almacén.

Se fue tan contento, agitando el paraguas como un niño con bandera. Es lo que tiene mi oficio: la gente entra hundida porque ha

perdido algo y se va flotando porque lo recupera. Yo me quedo en medio, devolviendo cosas, que es una manera discreta de devolverle a la gente trocitos del día que creían perdidos.

Lo que no se me había ocurrido en siete años era que un día iban a mandarme a mí, por correo, lo que se suponía que era para toda la vida.

—Gulliver, paquete —dijo Nieves, asomando media cabeza por la puerta del almacén con la boca llena de magdalena—. Certificado. Con acuse de recibo y todo. —Tragó—. Mira qué fino el novio.

—Exnovio.

—Eso aún no lo sabemos.

—Lo sabemos hace dieciséis días, Nieves.

Nieves llevaba veintidós años en la dársena cuatro y se sabía el final de todas las historias antes del principio. Era de esas mujeres que ven entrar a una pareja por la puerta y te dicen, por lo bajini, cuál de los dos va a dejar al otro y en qué estación del año. Conmigo había acertado. No se lo perdonaba.

Dejó el paquete en el mostrador con un cuidado exagerado, como quien posa una bomba que le ha cogido cariño, y se quedó.

—¿No te vas? —dije.

—Ni loca.

—Tengo trabajo.

—Yo también. Mi trabajo ahora mismo eres tú. —Se cruzó de brazos—. Ábrelo.

Era un paquete pequeño. Acolchado. En la casilla del remitente, escrito a máquina, estaba su nombre completo: los dos nombres y los dos apellidos, perfectamente mecanografiados, por si yo —que iba a casarme con él en menos de dos semanas— pudiera confundirlo con otro hombre que también me mandara paquetes certificados. No había ninguno. Pero él era así de cuidadoso. Por eso me iba a casar con él.

Iba.

—Mecanografió su nombre entero —dije, pasando el dedo por las letras—. Los dos apellidos. Para el cartero.

—Qué detalle.

—Por si me lío con todos los exnovios que me mandan anillos certificados.

—Ese hombre —dijo Nieves— le tiene más respeto al servicio de correos que a ti. Y mira que correos funciona regular.

Lo abrí de pie, porque sentarse es admitir cosas.

Dentro había una cajita forrada de terciopelo azul, de ese azul de las cosas que se compran para durar siempre. Y dentro de la cajita, el anillo. Y debajo del anillo, doblada en tres, una nota a máquina.

Nieves y yo nos quedamos mirando el papelito como se mira una araña en el techo del dormitorio: sabiendo que hay que hacer algo y rezando para que lo haga el otro.

—Léela tú —le dije, y se la pasé, porque hay cosas que duelen menos si las dice otro con voz de telediario.

Nieves se puso las gafas. Carraspeó. Adoptó una pose de locutora de informativo de las nueve que en otro momento me habría hecho llorar de risa.

—"Querida Julia" —empezó, y ya ahí torció el gesto—. "Lo he pensado mucho y creo que es mejor para los dos no seguir adelante. Te devuelvo el anillo, que es tuyo. Te deseo de corazón toda la felicidad del mundo."

Silencio.

—¿Ya está? —pregunté.

—Ya está.

—¿No pone nada más? ¿Una posdata? ¿Un "espero que sigamos siendo amigos"? Algo a lo que poder odiar con detalle.

—Nada. —Nieves le dio la vuelta al papel, como si detrás fuera a haber una explicación mejor—. Espera. Sí hay algo.

—¿Qué?

—La firma.

—¿Y?

—Dos iniciales.

Levanté la cabeza.

—Dos iniciales.

—Dos iniciales, Julia.

Me reí. No porque tuviera gracia, sino porque la otra opción era peor y yo estaba en el trabajo. El hombre se había tomado la molestia de mecanografiar su nombre entero para el cartero, para que constara, para que no hubiera errores en el reparto. Y a mí, que había elegido vestido y discutido el menú y aguantado a su madre tres navidades, me había firmado con dos letras, como quien rubrica el albarán de un pedido que no sabe muy bien de quién es.

—Toda la felicidad del mundo —repetí—. Toda. De corazón.

—De corazón el muy… —Nieves se mordió la lengua, miró a Eustaquio en su estante como pidiéndole permiso a un muerto para hablar mal de un vivo, y lo soltó—: Hijo de su madre.

—Nieves.

—Lo es. Con acuse de recibo y todo. —Se quitó las gafas—. Una se deja por teléfono, como las personas decentes. O por la aplicación esa, si eres un cobarde moderno. Pero ¿certificado? ¿Para que tengas que firmar tú que lo has recibido? Eso no es dejar a una mujer. Eso es notificarle un embargo.

Tenía razón, que era lo peor de Nieves: que casi siempre la tenía.

Cogí el libro de registro. Lo abrí por la primera página en blanco, mojé el bolígrafo y me quedé con la mano en el aire, porque no sabía en qué categoría iba un anillo así.

No era un objeto perdido: sabía perfectamente de quién venía. No era un objeto encontrado: sabía perfectamente dónde estaba el hombre que tendría que haberlo querido, probablemente cenando tan tranquilo, sin un anillo y sin una boda y sin una mujer firmándole acuses de recibo. Y reclamarlo no podía reclamarlo nadie, porque el único con derecho era el mismo que me lo había devuelto.

Siete años aprendiendo a numerar lo que la gente suelta. Y lo único que no supe clasificar fue lo mío.

Lo anoté donde anoto lo que no encaja. Estante 9, al lado de Eustaquio. Categoría: pendiente.

—Pendiente —leyó Nieves por encima de mi hombro—. Eres lo peor.

—Soy funcionaria.

—Es lo que digo.

Pasaron tres semanas.

Tres semanas en las que seguí yendo a la dársena cuatro a las ocho menos cuarto, abriendo la persiana, dándole los buenos días a Eustaquio y devolviéndole a la gente sus paraguas con una sonrisa profesional. La gente describe lo que ha perdido con una precisión que parte el alma —"verde, mango de madera, se abre regular"—, como si describiéndolo bien se lo merecieran más. Yo se lo daba. Se iban felices. Y yo me quedaba con el anillo en el estante 9, mirándolo de reojo al cerrar.

Lo pesé una noche, por hacer algo con las manos. Tres gramos y medio. La cosa más ligera que me había roto nunca.

Nieves intentó animarme a su manera, que consistía en traer cosas. Un martes me trajo flores con una nota que ponía "de parte de nadie, para que te acostumbres". Otro día, una caja de magdalenas. Otro, el teléfono de su primo el del taller, "que no es guapo pero es fiel, que es lo que hay que buscar a tu edad". Le dije que a mi edad lo que había que buscar era que te dejaran de dejar. Se rió. Pero al irse, esa noche, me apretó la mano un segundo de más, y eso de Nieves valía por un abrazo de cualquier otra.

Y una de esas noches —la tercera semana, un martes, me acuerdo porque las flores de "parte de nadie" todavía aguantaban en un vaso — hice la cuenta de mi propia norma. El anillo había llegado en martes. Noventa días después, según la única ley que yo respetaba, dejaría de ser de él y pasaría a ser mío.

No quise esperar. Hay cosas que no quieres que sean tuyas ni aunque te toquen. No quería levantarme un día y descubrir que aquel anillo era oficialmente mío, archivado a mi nombre, formando parte de mi inventario como Eustaquio o el canario disecado. Bastante coleccionaba ya lo que otros abandonaban; no pensaba coleccionarme también el abandono.

Así que decidí devolverlo. No a él —a él ya no le devolvía ni los buenos días—. Al único sitio que recibe lo que sea sin pedir explicaciones, sin hacerte firmar y sin plazos.

El mar guarda lo que se le da. Es la oficina de objetos perdidos más grande del mundo. Y no llama a los noventa días.

Cogí el ferri de las once y media. El último. El que va medio vacío porque a esas horas ya nadie quiere ir a ningún sitio, solo volver de alguno.

Conté seis pasajeros, por costumbre; cuento las cosas, es mi enfermedad. Una señora con dos bolsas de la compra, dormida antes de zarpar, con la cabeza dándole golpecitos contra el cristal a cada ola. Dos adolescentes besándose como si el barco no fuera a atracar jamás, como si la vida entera cupiera en ese trayecto de veinte minutos. Un revisor que no revisaba nada. Un hombre de uniforme que no era de la naviera —azul oscuro, con más botones de la cuenta

— y que levantó la vista cuando subí y me miró un segundo de más. No un segundo de los de "vaya, una mujer". Un segundo de los de "ya sabía yo que vendrías". Le sostuve la mirada porque a mí los hombres que miran de más no me amedrentan, me dan ganas de cobrarles entrada. Él volvió a lo suyo, que era un libro gordo con pinta de registro.

Y yo, la sexta, con el anillo en el bolsillo del abrigo y la nota de tres líneas envuelta alrededor, porque me pareció que las dos cosas debían viajar juntas hasta el final.

Subí a cubierta. No había nadie. El viento de mar me despeinó con esa grosería que tiene el viento de mar, que te trata igual te estén dejando o te estés casando. La terminal se fue quedando atrás, amarilla y ordenada, con sus dársenas numeradas, y por un instante distinguí mi oficina: la única ventana sin luz de toda la fila.

—Buenas noches, Eustaquio —dije, por si acaso. Por si los muertos oyen mejor desde el agua.

El mar estaba raro. Quieto de un modo que no le había visto nunca, como una mesa a la que alguien le hubiera pasado un trapo. Según el horario clavado en la pared de mi oficina, la marea estaba bajando. Tenía que estar bajando. Llevaba siete años cruzando aquella bahía a todas horas y me sabía las mareas como me sabía mis estanterías, y aquella, a las once y media de un martes, estaba bajando.

No estaba bajando.

Saqué el anillo. Le quité la nota, la doblé otra vez en tres y me la guardé, porque tirar el papel me dio no sé qué; el papel no tenía la culpa de nada, el papel solo había hecho de mensajero. Sostuve el anillo entre dos dedos, encima del agua negra.

Tres gramos y medio.

—Para ti —le dije al mar—. Que tú sí que no devuelves las cosas.

Y abrí los dedos.

El mar, en lugar de tragárselo, vino a por él.

No fue una ola. Las olas suben, bajan y avisan, hacen ruido, traen espuma, tienen modales. Esto fue el agua entera levantándose de golpe, sin espuma, sin ruido, una pared lisa y negra que creció por el costado del ferri como crece un número en una columna que alguien va sumando muy deprisa. Subió hasta la barandilla. La pasó.

El anillo se quedó un instante flotando a la altura de mis ojos, brillando, suspendido en aquella pared de agua como si tampoco él

entendiera nada, como si me preguntara, las dos cosas a la vez, qué pintábamos los dos allí arriba a esas horas.

No me dio tiempo a contestarle.

Lo último que pensé, antes de que el agua me cubriera la mano, y luego el brazo, y luego entera, sin prisa, con una educación espantosa, como quien recoge despacio una mesa que ya nadie va a usar, fue que el mar me estaba archivando igual que archivaba yo en el estante 9 lo que llevaba demasiado tiempo sin que viniera nadie.

Como un objeto.

No reclamado.

Capítulo 2 — Expediente 4471

Me desperté en una playa, empapada, con resaca de algo que no era alcohol y un número cosido a la manga del abrigo que yo no me había cosido.

4471.

Lo primero que pensé, y no me enorgullezco, fue: *por lo menos el mar tuvo el detalle de devolverme entera.*

Lo segundo, al palparme el costado, fue que el abrigo seguía puesto, abrochado hasta arriba, con su número y sus bolsillos, y que un mar que se molesta en coserte una etiqueta a la manga mientras te ahoga no es un mar normal. Pero esa reflexión la dejé para más tarde. Cuando una se despierta en una playa desconocida, lo urgente no es entender, es contar lo que te queda.

Hice recuento, que es lo que hago cuando el mundo se pone difícil: dos zapatos, los dos míos, los dos puestos. La nota de tres líneas, doblada, en el bolsillo. Y el anillo.

El anillo.

Lo saqué con dos dedos y lo miré a contraluz como se mira a un gato que ha vuelto a casa después de que tú, personalmente, lo soltaras en mitad del campo a kilómetros de distancia. La noche anterior lo había tirado al mar. Lo había soltado yo, con mi mano, encima del agua negra, con testigos —bueno, con un mar de testigo —. Y ahí estaba otra vez, en mi bolsillo, tan pancho, secándose al sol de una playa que no aparecía en ningún mapa.

—Ni tú me quieres —le dije.

El anillo no contestó. Tres gramos y medio de no contestar.

—Increíble. Me deja el novio, me deja el mar y ahora ni el anillo se va cuando lo echo. Esto ya es personal.

Me lo volví a guardar, porque tirarlo otra vez me pareció, francamente, una pérdida de tiempo: ya habíamos visto los dos cómo acababa eso.

Me puse de pie y entonces vi la playa entera, y vale, la playa era el verdadero problema.

Estaba llena de maletas. Iguales a una que tenía a mi lado, de un color que no sé nombrar porque no existe en ningún sitio donde la

gente compre cosas. Plantadas en la arena a distancias demasiado iguales para ser obra de las olas; las olas son muchas cosas, pero ordenadas no son. Y entre las maletas, repartido con el mismo esmero, un pequeño catálogo de cosas sueltas: un zapato cada pocos metros, siempre el izquierdo. Una sombrilla cerrada, clavada en la arena como una bandera de rendición. Un perchero de pie, con tres abrigos colgados y nadie dentro. Un gramófono mirando al mar, con la trompeta abierta, como esperando a que el mar pidiera una canción.

Era la playa más ordenada y más triste que había visto, y eso que yo trabajaba —trabajo, trabajaba, ya no sé en qué tiempo va mi vida — en un sitio donde la gente abandona urnas con personas dentro.

Me acerqué al gramófono, por curiosidad profesional. Tenía una etiqueta atada a la manivela. La leí: *NO REPRODUCIR. ESPERA REPARACIÓN SENTIMENTAL.* La solté como si quemara. En mi oficina también teníamos cosas que esperaban una reparación que no iba a venir; lo que no teníamos era el descaro de ponerlo por escrito.

Volví a mi maleta. Tiré de la cerradura. Nada. Probé los cierres, las correas, el modo bueno, el modo de los lunes a las ocho menos cuarto y hasta el modo de darle un golpe seco con la palma, que es el que funciona con las máquinas de café y los maridos. La maleta siguió siendo una maleta cerrada con su color imposible por fuera y, supuse, por dentro.

—Genial —dije—. Equipaje que no se abre. La metáfora se cuenta sola.

—No intente abrirla.

Pegué un salto que me dejó medio metro más cerca del mar. Detrás de mí había un hombre de uniforme. No de naviera: un uniforme azul oscuro, con botones de más y galones que no significaban ningún rango conocido. Llevaba un libro de registro bajo el brazo, gordo, del tamaño de los que yo usaba para los objetos de todo un año, y un sello ya destapado en la mano, como quien va por la vida con el arma fuera de la funda.

Lo conocía. Era el del ferri. El hombre de uniforme que no era de la naviera y que me había mirado un segundo de más.

—Usted iba en mi barco —dije.

—Yo voy en muchos barcos. —Abrió el libro por una página con seis nombres apuntados y trescientas casillas vacías—. Apellido.

—Primero dígame dónde estoy.

—Apellido —repitió, con la paciencia infinita del funcionario que sabe que el tiempo juega de su lado.

Reconocí la táctica porque es la mía. Suspiré.

—Gulliver.

Lo escribió sin pestañear. Sin pedirme que lo deletreara, sin el "¿con dos eles?", sin el "¿como el de los viajes?" que llevo soportando desde el colegio. Veinte años deletreando "Gulliver" en todas las recepciones, consultas y ventanillas de mi vida, y el primero que no me lo hizo repetir fue un funcionario de una playa que no figura en los mapas. Eso me dio más miedo que la marea. La marea, al menos, no sabía cómo me apellidaba.

—Número.

—Cuatro mil cuatrocientos setenta y uno. Por lo visto. —Me señalé la manga—. Aunque le aviso de que yo no me lo he cosido, así que como queja formal conste que esto es allanamiento de abrigo.

—Procedencia.

—Una oficina de objetos perdidos. ¿Le suena el chiste? Porque podríamos ser de la competencia. —Señalé su libro—. Usted apunta gente, yo apunto paraguas. Es básicamente lo mismo con menos lluvia.

No le sonó el chiste. Estampó el sello en una casilla, luego en el dorso de mi mano —una marca borrosa, azulada, que no llegué a leer y que escocía un poco—, y cerró el libro con el ruido seco de quien cierra un tema.

—¿Dónde estoy? —insistí.

—No estoy autorizado a decirlo.

—¿Qué es este sitio?

—Su tránsito.

—¿Y eso cuánto dura?

—Lo que dure.

—Qué útil. ¿Y puedo volver a casa?

—Por protocolo —dijo, guardándose el sello en un bolsillo interior — no contesto preguntas que empiecen por "puedo".

Lo miré. Él me miró. Y ahí pasó una cosa pequeña que no supe leer entonces: el hombre me sostuvo la mirada un instante de más, igual que en el ferri, como si esperara que yo dijera algo concreto, una contraseña, una pregunta que él sí pudiera contestar. No la dije, porque no la sabía. Reconozco a un compañero de gremio cuando lo

tengo delante: aquel hombre llevaba toda una vida diciéndole "no" a la gente con educación, y se le notaba el oficio igual que a mí se me nota el mío en cómo cuento a la gente al subir a un barco.

—¿Y la maleta? —probé, cambiando de tema, que es lo que hago cuando una pregunta no me funciona—. ¿Por qué no se abre?

—Se abrirá ella. —Se ajustó la gorra—. Una cosa, antes de irme. Lo que pierda aquí, piénselo dos veces. Esto no es como su oficina. Aquí el plazo no corre a su favor.

—¿A favor de quién corre?

Pero ya no estaba.

No se fue andando. No dio media vuelta ni se alejó por la playa. Simplemente dejó de estar, en mitad de una frase mía, igual que deja de estar un paraguas que colocas en el estante un lunes y no vuelves a mirar hasta que un día caes en que ya no está y no sabes desde cuándo.

—Para que luego digan que la grosera soy yo —le dije a la playa.

La playa, como el anillo, no contestó. Empezaba a notar un patrón en mis interlocutores.

A unos pasos había un cartel de chapa, comido por la sal, sujeto a dos postes torcidos. Me acerqué, porque donde hay un cartel hay normas, y donde hay normas hay alguien a quien fastidiar leyéndoselas del revés. Arriba, en letras que un día fueron doradas y ahora eran del color de las cosas que llevan mucho a la intemperie: OFICINA DE NAUFRAGIOS SENTIMENTALES. Y debajo, una lista numerada, con esa caligrafía de funcionario que escribe igual una bienvenida que una sentencia:

1. Bienvenido al tránsito. Su expediente ha sido abierto. No haga usted nada. 2. El tránsito termina cuando su expediente queda saneado. Lo decide la Oficina. 3. Conserve su número en lugar visible. 4. La maleta es reglamentaria. No intente abrirla. Se abrirá ella. 5. Las mareas son obligatorias.

Las leí todas. Me detuve en la primera.

—"No haga usted nada" —dije en alto—. La única instrucción de mi vida que me han dado pensando en mí. Lástima que sea la que peor se me da.

Y la cinco la leí dos veces, porque tenía su gracia.

—"Las mareas son obligatorias." Pues como en mi barrio el toque de queda, pero mojado. —Miré el agua, lisa y paciente, que ya me

había recogido una vez—. Tomo nota. Asistencia obligatoria. Yo siempre tan bien recibida.

Cogí la maleta, porque dejarla me pareció más trabajo que cargarla —pesaba poco, lo cual, en una maleta que no se abre, era casi un insulto: ni siquiera tenía la decencia de pesar como si dentro hubiera algo mío—, y eché a andar tierra adentro.

El cemento se hizo camino, y el camino se hizo cuesta, y la cuesta subió entre tapias bajas hacia unas luces. Ventanas encendidas. Faroles. Muchos, demasiados para ninguna hora razonable, como si en aquel sitio fuera siempre la hora de esperar a alguien que no llega, y todo el mundo hubiera dejado una luz puesta por si acaso.

Y entonces el viento me trajo, desde alguna de aquellas ventanas, una musiquilla.

Cuatro notas. Cinco.

Me paré en seco en mitad de la cuesta.

La conocía. La conocía de un sitio muy concreto: de una habitación con una lámpara baja, una colcha de cuadros y una voz que ya no podía cantármela porque hacía años que se había callado para siempre. Mi madre me cantaba esa nana cuando no quería dormirme, que era casi siempre. La había enterrado con ella, o eso creía, en el cajón donde guardo lo que no soporto sacar.

Y ahora subía por una cuesta, en una isla sin nombre, silbada por un desconocido al que no veía.

Tenía dos opciones. Reconocerla, y con ella todo lo que venía detrás. O no.

Elegí no. Con la arena todavía pegada a las manos, el número en la manga y el anillo en el bolsillo, decidí allí mismo que aquella musiquilla no era la nana de mi madre, que no significaba nada, que era una coincidencia de cuatro notas como hay miles.

La archivé como ruido.

Es un truco que conozco bien: cuando algo no tiene categoría y duele, le pones la etiqueta más sosa que encuentres y lo metes en el cajón del fondo. No lo resuelve. Pero te deja seguir andando.

Y seguí subiendo hacia las luces, que es lo que hace una cuando lo único que le queda en la vida es la cuesta que tiene delante y una musiquilla a la espalda que ha jurado no oír.

Capítulo 3 — Los balcones de la espera

Llegué a la ciudad de noche, lo cual no significaba nada, porque allí siempre era de noche.

Eso lo entendí enseguida. Lo que tardé más en entender fue por qué todo el mundo estaba asomado al balcón. Calles estrechas en cuesta, casa tras casa, y en cada balcón una persona —o dos— mirando al este, donde el cielo tenía un color de promesa incumplida: ni de noche del todo ni de día todavía, ese gris del minuto justo antes de que salga el sol, pero congelado. Como si alguien hubiera pausado el amanecer en el peor momento y se hubiera ido a hacer otra cosa. Faroles encendidos. Velas en las ventanas. Y un silencio raro, de mucha gente conteniendo la respiración a la vez.

Y la maleta, claro, esperándome ya en el primer rellano del primer portal.

—Tú otra vez —le dije.

Ni me molesté en sorprenderme. Entre la playa y esto había aprendido que la maleta siempre me esperaba donde yo aterrizara, igual que un objeto bien etiquetado siempre vuelve a su estante: no porque quiera, sino porque le toca. La cogí del asa y subí, porque no se me ocurría nada mejor que hacer y porque las cuestas, al menos, llevan a alguna parte.

En lo alto había una plaza, y en la plaza una garita con una ventanilla iluminada y un cartel pintado a mano: GREMIO DE VIGÍAS DEL ALBA. Delante, una cola.

Pero no una cola de esas que avanzan. Una cola de gente que llevaba tanto en su sitio que se había traído sillas. Uno tejía algo larguísimo, un jersey que ya le habría valido a un caballo. Una señora regaba una maceta con flores que parecían llevar décadas sin decidirse a abrir, igual que el cielo. Un hombre dormía de pie, apoyado en la espalda del de delante, que lo sostenía sin quejarse, con la solidaridad de quien sabe que mañana le tocará a él dormir y que lo sostengan.

Me puse al final, porque ponerme al final de las colas es lo único que sé hacer sin que me lo expliquen.

—¿Para qué es la cola? —le pregunté a la de la maceta.

—Para el permiso. —Me miró como si le hubiera preguntado para qué sirve respirar—. ¿Usted no tiene permiso?

—No sé de qué permiso me habla.

Se volvió entera, con maceta y todo, y me miró de arriba abajo, con esa mezcla de pena y envidia que los veteranos le reservan a los novatos.

—El de amanecer —dijo—. Aquí no se puede querer a nadie sin permiso de amanecer. Es la ley. Solo se ama al alba. —Señaló el cielo parado en su gris—. Y como el alba no llega, una espera. Yo pedí el mío en el ochenta y dos.

—¿Y va por buen camino?

—Voy por buen camino —dijo, muy digna.

—¿En cuarenta años?

—Cuarenta y uno. —Se ofendió tanto que casi se le cae la maceta —. Y hay gente que lleva más. Esos de ahí delante, los Pacheco, pidieron permiso antes de la guerra. Han criado tres hijos esperando, y los tres hijos están ya en su propia cola, en otra plaza. Aquí el amor es cosa de familias. Se hereda la cola.

—¿Y nadie ha probado a, no sé, querer a alguien sin permiso? Por probar.

La señora se santiguó con la mano libre.

—Eso es amar a deshora —susurró—. Quien ama a deshora se queda a oscuras para siempre. Lo dice el reglamento. Hágame caso y espere su turno como Dios manda, que se le nota que es de las que empujan.

Iba a contestarle que empujar era lo único que sabía hacer sin que me lo explicaran, pero la mujer ya había vuelto a su maceta y a su cielo parado, así que me lo guardé.

Cuando me tocó la ventanilla —tardó poco, porque nadie abandona la cola pero nadie avanza, así que el hueco del final está siempre libre, que es la única ventaja de las colas eternas—, un vigía con visera abrió un libro enorme, primo hermano del que llevaba el funcionario de la playa. La misma encuadernación. El mismo color que no existe. Empezaba a reconocer la papelería de aquella Oficina como se reconoce la letra de un acreedor.

—Solicitante.

—Gulliver.

—Estado.

Lo pensé. En la manga llevaba el 4471, que allí no servía de nada. En el bolsillo, el anillo, devuelto ya por dos servicios postales distintos, el de tierra y el de mar.

—Disponible —dije, porque era la palabra más digna que se me ocurrió para "me han dejado a dieciséis días de la boda por correo certificado".

El vigía asintió como si "disponible" fuera una categoría con su cajón propio, y a lo mejor lo era. Mojó un sello, lo estampó en un papelito y me lo tendió por debajo del cristal.

—Turno tres mil novecientos cuatro. Conserve el resguardo. Sin resguardo no hay amanecer.

—¿Y cuándo me toca?

—Eso no lo decide el Gremio. El Gremio guarda el orden.

—Vale, pero ¿por qué turno van ahora mismo?

Consultó, con un respeto casi religioso, un panel de números rojos colgado en la pared, idéntico a los de la charcutería de mi barrio, donde una saca número y espera a que canten el suyo para comprar medio kilo de jamón.

—El último amanecer atendió hasta el turno doce —dijo.

—¿Doce? ¿Y el siguiente cuándo fue?

—No hubo siguiente. El último amanecer fue hace cuarenta y un años. —Lo dijo sin drama, como quien informa de que hoy no hay pan—. Pero la cosa podría cambiar en cualquier momento, así que no se aleje del balcón. Sería una pena que amaneciera y a usted la pillara en el baño.

Doce. Yo tenía el tres mil novecientos cuatro. Hice la cuenta, me dio la risa floja, y decidí no terminarla, que hay cuentas a las que no conviene darles el gusto de salir.

Me asignaron un balcón en la calle de los Prometidos, un cuarto piso con silla, manta y una vela que —me lo dijeron tres veces, una por tramo de escalera— no debía apagar nunca bajo ningún concepto. La vela era la señal de que el balcón seguía ocupado por alguien dispuesto. Apagarla era renunciar, y renunciar, en aquella ciudad, tenía la peor fama de todas.

—¿Y si me quedo dormida y se apaga sola? —pregunté al que me subió la manta.

—Entonces es que en el fondo quería apagarla —dijo, y se fue, que es lo que hace la gente cuando te suelta una frase así.

Desde mi balcón se veía el de enfrente, a tres metros escasos. Dos sillas muy juntas. Dos personas mayores, también muy juntas, con las manos tendidas la una hacia la otra por encima del vacío de la calle, sin llegar a tocarse. Les faltaba un palmo. Tocarse antes del alba, por lo visto, también estaba prohibido; debía de venir en el mismo reglamento que lo de amar a deshora.

—Remedios y Aurelio —dijo una voz a mi izquierda.

En el balcón de al lado había una anciana sentada muy recta, con un vestido de fiesta de otra época, de los de pedrería que pesan, y la cara maquillada con un esmero que no encajaba con la hora ni con el sitio: los labios de un rojo que ya no fabrican, las cejas dibujadas con pulso de relojera, un toque de colorete puesto con criterio.

—Prometidos en el ochenta y uno —siguió, sin que yo preguntara, con las ganas de hablar de quien lleva mucho callada—. Pidieron el permiso el mismo día, turnos seguidos, el cuatro y el cinco. Llevan así desde entonces, con las manos tendidas, por si amanece de repente y les pilla preparados. Bonito, ¿eh?

—Parece incomodísimo.

La anciana se rió. Una risa corta, oxidada, como de cosa que no se usa a menudo y chirría al arrancar.

—Usted es nueva. Se le nota.

—¿En qué? ¿También en que empujo?

—En que contesta. —Sacó una polvera diminuta y se retocó, aunque no se le había corrido absolutamente nada, porque allí no se corría nada, ni el rímel ni el tiempo—. Los de aquí ya no contestan. Llevan tanto esperando que se les ha gastado la conversación. Yo me arreglo todas las noches, ¿sabe? Por si acaso. Una no sabe a qué hora va a salir el sol, y no pienso recibirlo con esta cara de llevar cuarenta años esperándolo.

—¿Y a quién espera usted? —pregunté—. ¿Tiene su Aurelio por ahí?

La anciana cerró la polvera con un clic seco.

—Eso —dijo— es una pregunta de novata. Siéntese y mire el cielo, que es lo que toca.

Me senté en mi silla. Encendí la vela. Dejé la maleta a un lado, ya que insistía en venir a todo, y el anillo en el alféizar, donde lo tenía vigilado, brillando un poco a la luz de la llama como si también él esperara su amanecer.

Y esperé. Con todos los demás. Mirando un este que no cambiaba, en una silla que no era mía, en una ciudad donde el amor necesitaba permiso y el permiso no llegaba nunca.

Aguanté un buen rato. No os voy a mentir: hubo un momento, con la manta hasta la barbilla y la vela calentándome las manos, en que casi le encontré el gusto a aquello. Esperar es cómodo. Esperar no te rompe. Mientras esperas el alba, nadie te devuelve nada por correo. Entendí de golpe a la señora de la maceta y a los Pacheco y a Remedios y a Aurelio: no esperaban porque fueran tontos. Esperaban porque esperar no duele. Lo que duele es lo otro.

Enfrente, en algún momento de la noche que no terminaba, Aurelio empezó a temblar de puro cansancio, con el brazo tendido fallándole. Remedios, sin bajar el suyo, le dijo bajito que descansara, que ella vigilaba el cielo por los dos un rato. Él bajó la mano, agradecido. Ella se quedó con la suya en el aire, sola, sosteniendo un palmo de calle vacía con la paciencia de quien lleva media vida sosteniendo exactamente lo mismo y ha hecho de eso su manera de querer.

No aparté la vista. Llevaba siete años mirando hasta el final lo que la gente abandona, aunque doliera, aunque fuera una urna o una pierna ortopédica o dos viejos que se quieren a través de un palmo que nadie les deja cruzar. Es lo contrario de lo que hizo cierto señor que me escribió tres líneas y firmó con dos letras: él apartó la vista antes de tiempo. Yo no aparto la vista nunca. Será deformación profesional, o será que soy idiota, que a veces es lo mismo.

Y entonces, abajo, en la calle, alguien empezó a tararear.

Cuatro notas. Cinco.

La misma de la playa. La de la habitación con la lámpara baja y la voz que ya no podía cantármela. La que yo había jurado, con la arena pegada a las manos, archivar como ruido y no reconocer jamás.

La reconocí entera antes de poder evitarlo, de un tirón, hasta el último compás, como se reconoce un olor. Maldita sea. Hay cajones que no cierran por mucho que una empuje.

Me levanté sin haberlo decidido, la manta resbalándome al suelo, llegué a la barandilla y me asomé a la calle.

Y allá abajo, en mitad del empedrado vacío, con un farol en una mano, había un hombre que miraba hacia arriba como si llevara cuarenta y un años esperando que yo me asomara a ese balcón.

Capítulo 4 — El sereno que no toca

Abajo, en mitad de la calle vacía, había un hombre con un farol. Y el hombre tarareaba.

Tarareaba *mi* musiquilla. La de la playa, la de la habitación con la lámpara baja. La que yo había archivado como ruido para no archivarla como otra cosa. La cantaba entera, sin saltarse un compás, sin una vacilación, con la naturalidad de quien lleva siglos cantándole a una calle vacía y ha dejado de esperar que alguien le responda desde un balcón.

Tendría que haberme quedado donde estaba. Tenía silla, manta, una vela que no debía apagar y un turno —el tres mil novecientos cuatro— que me garantizaba que no iba a pasarme nada interesante en lo que me quedara de existencia, que en aquella ciudad era mucho.

Bajé los cuatro pisos.

Dejé la vela encendida arriba, porque apagarla tenía mala fama y yo, de momento, solo quería bajar a fastidiar a un desconocido, no a renunciar a nada. Bajé preguntándome qué hacía yo bajando a hablar con un hombre que tarareaba la nana de mi madre, que es exactamente el tipo de pregunta que una nunca se contesta a tiempo, y que cuando se la contesta ya está abajo, en la calle, con el desconocido delante.

Cuando llegué, había dejado de tararear.

Estaba junto a una garita de sereno, con el farol en una mano y, en la otra, una cuerda. La cuerda subía por la fachada hasta una espadaña, donde colgaba una campana grande, verde de no sonar, con esa pátina que solo da el silencio de muchos años. Él la miraba como se mira a un perro al que se quiso mucho y se murió: con cariño y con culpa, las dos cosas a la vez.

Uniforme viejo, de paño, los botones bien puestos a pesar de todo. Una cicatriz le partía la ceja izquierda en dos mitades que no acababan de coincidir. Y tenía unos ojos grises. De ese gris que no se decide. El gris exacto del minuto antes del amanecer que aquella ciudad llevaba cuarenta y un años sin estrenar.

Esos ojos se posaron en mí. Y no me miraron como se mira a una desconocida que aparece de noche en una calle. Me miraron como se mira a alguien que llega tardísimo a una cita que se concertó hace mucho.

—Llega usted tarde —dijo.

—Acabo de llegar.

—Ya. Aun así.

Me detuve a una distancia prudente, la que se guarda con los objetos cuya categoría todavía no sabes: ni tan cerca que parezca que confías, ni tan lejos que parezca que huyes.

—¿Es usted el que toca la campana? —pregunté.

—Soy el que no la toca.

—Eso es como ser el portero que no para los penaltis.

—Es exactamente eso. —Y por un segundo se le movió algo en la cara, algo que en otro hombre habría sido el principio de una sonrisa y en él se quedó a medio camino, como si sonreír también necesitara un permiso que no le habían dado—. La campana es del alba. Cuando amanezca, la toco, y la ciudad puede querer. Primero el alba, después la campana, después el amor. En ese orden.

—¿Y el problema?

—El problema es el orden. —Miró el cielo, parado en su gris de siempre—. El alba no viene.

—Pues tóquela y a ver qué pasa.

Me miró como si hubiera dicho una barbaridad pequeña, de esas que dan más pena que escándalo.

—No se toca una campana de amanecer sin que amanezca. Sería mentir. —Señaló con el farol los balcones de la cuesta, las velas, las manos tendidas de Remedios y Aurelio allá arriba—. Y a esta gente ya le han mentido bastante con la hora.

—¿Y prefiere que se pasen otros cuarenta años con la mano en el aire a riesgo de mentirles un ratito?

—Prefiero no ser yo quien les mienta. —Lo dijo sin soberbia, casi cansado—. Es lo único que puedo elegir en este oficio. A quién no le miento.

Tenía respuesta para eso, pero me la guardé, porque era buena y no quería gastarla la primera noche.

Eché un vistazo a la garita por dentro, que es lo que hago cuando una conversación se me pone cuesta arriba: miro las cosas, que las cosas no me llevan la contraria. Y se me fue el santo al cielo, porque

aquella garita tenía el desorden tierno de los sitios donde alguien pasa demasiadas horas solo. Un cabo de vela. Una baraja a la que le faltaban cartas. Una taza sin asa con el borde mellado. Un banquito gastado justo en el centro, donde se sienta siempre el mismo.

—Vive usted aquí —dije.

—Espero aquí. Es distinto.

—¿Espera qué? Porque, mire, de esperas voy servida esta noche.

—Lo mismo que usted. —Dejó el farol en el suelo—. Que amanezca.

Y entonces, colgando de un clavo junto a la puerta, la vi. Una etiqueta de equipaje. De cartón, con su ojal y su cordón, exactamente igual que las que yo rellené a miles en la dársena cuatro, las que se le atan a una maleta para que vuelva a su dueño.

Esta no decía de quién era. Solo tenía una letra, escrita a mano, con una caligrafía antigua que ya nadie enseña:

A.

La descolgué sin pedir permiso. Es un defecto profesional: donde hay una etiqueta huérfana, mi mano va sola, como va sola la lengua a la muela que duele.

—Eso no es suyo —dijo él.

—Tampoco es suyo. ¿De quién es?

—Ni idea. Lleva ahí desde antes que yo.

—Entonces, según las normas de mi gremio, ahora es mía. —Me la guardé en el bolsillo, junto al anillo—. Lo que nadie reclama pasa a quien lo guarda. Y esta etiqueta lleva más de noventa días huérfana, se lo digo yo, que de plazos sé un rato.

—Lo sé —dijo.

Y ahí estaba otra vez. El "lo sé" del que sabe, no del que supone. El mismo tono con el que el funcionario de la playa había escrito "Gulliver" sin pedirme que lo deletreara.

—¿Cómo que lo sabe? —Me giré—. ¿Sabe que de plazos sé un rato?

—Sé bastantes cosas de usted. —Recogió el farol, incómodo, como quien se da cuenta de que ha dicho de más—. No me pregunte cómo. No sabría contestarle.

—No nos conocemos —dije, con la voz que uso para informar a un cliente de que su paraguas ha cumplido plazo y ya no es suyo: amable y definitiva.

—No —concedió—. No nos conocemos.

—Entonces deje de mirarme así.

—Lo intento.

—Pues inténtelo más fuerte.

—No me ayuda usted nada, la verdad. Se planta en mi calle, me descuelga las etiquetas y me pide que no la mire. Es mucho pedir.

Casi sonreí yo también. Casi. Y me di cuenta de que estábamos los dos haciendo equilibrios sobre ese "casi", uno enfrente del otro, en una calle vacía, y de que la ciudad entera, con sus velas y sus permisos caducados y sus dos viejos con la mano en el aire, parecía estar conteniendo la respiración a ver quién de los dos se caía primero del "casi" al "sí".

No se cayó ninguno. Todavía no tocaba. Pero lo apunté, donde apunto lo que pienso reclamar más adelante.

—Una pregunta de las mías —dije, para bajarme del alambre—. ¿Cuánto lleva esperando para tocar esa campana?

—El tiempo que haga falta.

—¿Y cuánto es eso? En años. Deme un número, que con los números me defiendo.

Abrió la boca. La cerró. Y por primera vez en toda la conversación, la cara de reconocerme se le descompuso en otra cosa: una búsqueda hacia dentro de sí mismo que volvía con las manos vacías.

—No sabría decirle el año —dijo al fin, y lo dijo despacio, descubriéndolo a la vez que lo decía—. Los pierdo. Es lo primero que se pierde.

—¿Lo primero antes de qué?

—Buenas noches, señorita Gulliver.

—No le he dicho mi apellido.

Silencio. Uno de esos silencios que valen por tres páginas y que no pienso rellenarle yo.

Recogió el farol del todo, se ajustó la gorra y se dispuso a seguir su ronda de anunciar una hora que no cambiaba nunca a una ciudad que no le hacía caso. Dio dos pasos calle abajo. Se detuvo. Y sin volverse del todo, con la cuerda muerta de la campana rozándole todavía el hombro, dijo lo único que llevaba toda la conversación intentando tragarse:

—No debería acordarme de usted —dijo, como quien comunica un error de archivo, con esa cortesía suya que dolía más que un grito—. Y me acuerdo.

—¿Acordarse de qué? Si no nos conocemos.

—De todo —dijo—. Esa es la avería.

Y siguió andando, farol en mano, dejándome sola en mitad de la calle empedrada con una "A" de cartón en el bolsillo, una nana en la cabeza y la sensación clarísima, incómoda, que no se me iba a quitar en muchas islas, de que aquel hombre y yo teníamos una conversación pendiente desde mucho antes de que yo supiera que él existía.

Subí a mi balcón. La vela seguía encendida. Y por primera vez en mi vida de mujer práctica que archiva lo que duele en el cajón del fondo, no pude clasificar lo que sentía bajo ninguna etiqueta sosa.

Lo dejé sin etiqueta. Categoría: pendiente.

Como el anillo. Como casi todo lo que de verdad importa.

Capítulo 5 — La campana

Volví a subir a mi balcón, encendí la vela que no debía apagar y me senté a esperar el alba como todo el mundo.

Aguanté tres horas.

Tres horas es lo máximo que soy capaz de esperar a que un sistema se arregle solo. Lo aprendí en la dársena cuatro: un paraguas que nadie reclama no se reclama más por dejarlo otro mes en el estante. Lo único que cambia es que se le acumula polvo encima y, un día, una se acostumbra tanto a verlo ahí que deja de verlo. Así se pierde la gente las cosas de verdad: no de golpe, sino acostumbrándose.

A la primera hora conté las velas de la calle. Cuatrocientas doce. Las conté porque cuento las cosas, y porque cuatrocientas doce personas esperando lo mismo a la vez impresionan menos si las reduces a un número.

A la segunda hora, la anciana de mi izquierda —la del rojo que ya no fabrican— se quedó dormida sentada, muy recta, sin despeinarse, con la dignidad intacta. Me dieron ganas de taparla con mi manta. No lo hice. En aquella ciudad tapar a alguien a lo mejor también era amar a deshora.

A la tercera hora, enfrente, Remedios seguía con la mano de Aurelio en el aire, turnándose para que ninguno se cansara de no tocarse. A mi alrededor, en algún balcón que no veía, alguien lloraba bajito, con la disciplina de quien lleva décadas llorando sin molestar a los vecinos.

Y yo pensé: *de aquí no se va nadie esperando. De aquí se va alguien tocando.*

Apagué la vela.

Renunciar tenía mala fama, pero a mí la fama me la habían devuelto por correo certificado tres semanas antes, así que poco me importaba ya lo que pensara una ciudad que llevaba cuarenta y un años con la mano en el aire.

Bajé a la calle. El sereno estaba en su garita, con el farol y la cuerda muerta, exactamente donde lo había dejado horas antes, como si las tres horas no hubieran pasado por él. Para él,

probablemente, no habían pasado. Cuando uno ha perdido la cuenta de los años, tres horas no son nada; son el cambio que te sobra de un billete que ya no sabes de cuánto era.

—Ha apagado la vela —dijo, mirando hacia mi balcón a oscuras, el único oscuro de toda la cuesta—. No puede apagar la vela.

—¿Me va a multar?

—Le va a pasar algo peor: nada. Que es lo que le pasa a todo el mundo aquí. —Se acercó un paso—. Vuelva arriba, Julia. Encienda la vela. Espere su turno como los demás.

—Mi turno es el tres mil novecientos cuatro. Van por el doce. ¿Sabe cuántos amaneceres tengo que esperar a ese ritmo?

—No me haga la cuenta.

—Ya me la he hecho. Por eso he bajado. —Señalé la cuerda—. Deme eso.

—No.

—Pues me la quedo yo. Se me dan bien las cosas que la gente no reclama, y esa cuerda lleva cuarenta y un años sin que la reclame nadie. Por mis normas, ya es mía.

Puse la mano en la cuerda. Él puso la suya al lado, sin llegar a tocarme —un palmo, siempre un palmo, el de Remedios, el de Aurelio, el de toda aquella ciudad maldita—, y por un segundo nos quedamos los dos así, con la campana muda esperando arriba y nuestras dos manos en la misma cuerda sin rozarse.

—Si la toca sin que haya amanecido —dijo, muy bajo, casi a mi oído—, miente. Le miente a la ciudad entera. A Remedios. A Aurelio. A la señora que se arregla cada noche.

—¿Y si llevan cuarenta y un años con el orden al revés? —Le sostuve la mirada—. Usted dice: primero el alba, después la campana, después el amor. ¿Y si fuera al revés? ¿Y si el alba no viene precisamente porque la están esperando con la vela puesta, en vez de llamarla a campanazos? —Apreté la cuerda—. En mi oficina, cuando un paquete lleva demasiado tiempo parado, no se espera a que se mueva solo. Se mueve.

Me miró. Miró la cuerda en mi mano. Miró calle arriba, hacia Remedios y Aurelio, cuarenta y tres años de palmo entre dos manos viejas. Y en los ojos grises se le encendió algo que no era esperanza —la esperanza la tenían los de los balcones, y mira de qué les servía—, sino otra cosa más rara: el permiso para dejar de tenerla.

—No debería —dijo.

—Ya. Yo tampoco debería acordarme de cómo era el sol, y mírame.

Tiré de la cuerda.

La campana sonó. Un golpe grave, viejo, con cuarenta y un años de herrumbre en la voz, un sonido que no le pedía permiso a nadie y que se oyó hasta en el último balcón de la última cuesta. Volví a tirar. Sonó otra vez, más limpio, como si se estuviera quitando el óxido a base de doler. Y a la tercera, el gris del este se rajó por la mitad.

No fue un amanecer bonito. Fue torpe, descarado, de los que entran como entra el agua por una vía, sin la cortesía de los degradados rosados que salen en las postales. Fue un sol con prisa y mala educación, harto de que lo tuvieran esperando. Las velas de todos los balcones se apagaron a la vez, cientos, miles, sopladas por el mismo viento de luz, y la ciudad se quedó por primera vez en cuarenta y un años sin esa constelación de pequeñas esperas ardiendo en las ventanas.

Y entonces, por fin, la gente pudo mirarse.

Y ahí, amiga, es donde la cosa se puso interesante. Porque mirarse a la luz no es lo mismo que esperarse a oscuras. Ni de lejos.

En el balcón de enfrente, Remedios bajó la mano por primera vez en cuarenta y tres años, alargó el brazo el palmo que faltaba —que siempre se había podido cruzar, que solo la norma había convertido en abismo— y le tocó la cara a Aurelio. Él se echó a llorar como un niño y como un viejo a la vez, que son los dos únicos que lloran de verdad, sin vergüenza. Cuarenta y tres años de palmo, y resulta que se cruzaba en medio segundo. Siempre se había podido cruzar. Eso es lo que tienen los palmos que pone una norma: que se cruzan en cuanto alguien apaga la vela.

Pero no todo fue así de bonito, y sería deshonesto contároslo como si lo fuera.

Dos balcones más allá, una pareja se miró con la luz nueva y no encontró, en la cara del otro, a la persona que llevaba media vida esperando. Encontró a un desconocido al que le había guardado el sitio durante cuarenta años. Se soltaron las manos despacio, sin reproches, con esa cortesía terrible que yo conocía tan bien: la del que devuelve algo deseándote de corazón toda la felicidad del mundo. Tendría que haber apartado la vista. No la aparté. Esa la conocía demasiado bien para fingir que no iba conmigo.

En la plaza, el vigía del Gremio salió de su garita abrazado a su libro enorme, miró el cielo abierto por primera vez en su carrera, miró su panel de turnos parado para siempre en el doce, y se sentó en el suelo, sin más, porque su trabajo entero se acababa de romper sin pedirle a él la firma. Cuarenta y un años guardando un orden, y el orden ya no hacía falta. A nadie le habían preguntado.

Y la anciana de mi balcón —la del rojo que ya no fabrican, la que se arreglaba cada noche por si acaso— se despertó con el primer rayo, se puso de pie muy despacio, se alisó el vestido de pedrería, levantó la barbilla y recibió el amanecer con la cara que llevaba cuarenta años ensayando. Miré a ver hacia quién corría, a quién buscaba en la calle, qué Aurelio le tocaba.

No buscó a nadie. Resultó que no esperaba a ningún hombre. Resultó que se arreglaba para ella. Llevaba cuarenta años poniéndose guapa por si amanecía, no por si venía alguien. Casi me hace más ilusión que lo de Remedios.

Busqué al sereno.

Estaba a mi lado, y me miraba. La luz nueva le daba de lleno en la cara, esa luz que él no veía desde que perdió la cuenta de los años. Y bajo ella no me miró como antes, en la penumbra de su garita. Me miró peor. Me miró como se mira algo que dabas por perdido hace mucho y aparece, de pronto, en un estante ajeno, con el número de otro pegado encima.

—Tendría que haberle hecho caso y quedarme arriba —dije, por romper aquello, que me estaba dejando sin aire.

—Sí.

—Pero usted no me cae lo bastante bien como para hacerle caso.

—Eso —dijo, y casi, casi sonrió— ya lo sabía.

Y abrió la boca para añadir algo. Algo que, por cómo cogió aire, llevaba cuarenta y un años sin decirle a nadie.

No me dio tiempo a oírlo.

El suelo de la plaza se mojó de golpe, sin lluvia, sin ola, sin aviso. El agua me subió por los tobillos justo cuando, según el horario que ya no servía de nada, le tocaba bajar. Lisa y negra y puntual como un funcionario que viene a cerrarte la ventanilla en las narices. La marea. Ya me había recogido dos veces; reconocía el estilo, esa manera educada y total de llevarse las cosas.

Subió hasta las rodillas. El sereno alargó la mano hacia mí —entera, con todos sus dedos, aunque yo entonces no sabía que eso

fuera a importar tanto más adelante—, y yo alargué la mía hacia la suya.

Entre las dos manos, otra vez, un palmo.

El agua me cubrió antes de que lo cruzáramos.

Y lo último que me llegó, con la ciudad recién amanecida hundiéndose hacia arriba mientras yo me hundía hacia abajo, no fueron las palabras que no me dio tiempo a oír. Fue la nana. La tarareaba para que yo la siguiera oyendo mientras el agua se lo llevaba todo, nota a nota, despacio, hasta que el último compás se deshizo en burbujas y dejó de haber sereno, y dejó de haber campana, y dejó de haber, por fin, después de cuarenta y un años, aquel gris.

Capítulo 6 — La cerrajería de las mitades

Esta vez no me desperté en la arena. Abrí los ojos ya de pie, escurriendo agua de mar, plantada delante de una puerta cerrada como quien llega a una cita a la que no recuerda haber dicho que sí.

Era una puerta roja, de madera buena, con una cerradura grande de hierro en el centro. Sin pomo. Sin timbre. Sin buzón. Nada por donde proponerse entrar salvo el ojo de la cerradura, que me miraba a la altura del pecho con la chulería de saber algo que yo no sabía. Empujé. Empujé otra vez, con el hombro, con la maleta de ariete. La puerta siguió siendo, con una paciencia ofensiva, una puerta.

A mi lado, contra la pared, ya estaba la maleta. Bueno, la otra maleta, la que me seguía; la de ariete la había soltado.

—Buenos días a ti también —le dije.

La calle era toda igual: puertas y puertas en cuesta, de colores distintos —azules, verdes, una amarilla chillona—, todas con su cerradura grande en el centro y ninguna con pomo. Y en cada umbral, alguien esperando. Sentados en escalones, de pie con las manos en los bolsillos, algunos con una sillita plegable, todos con la misma cara de llevar mucho ahí. Después de la ciudad del alba, reconocía la postura: era gente esperando algo que no terminaba de llegar. Cambiaba el decorado, no el deporte.

Aquí, eso sí, había luz de día normal, casi insultante después de tanto gris. Un sol corriente, de los que no piden permiso a nadie.

—¡Usted es nueva! —me gritó un hombre desde el umbral de enfrente. Tenía en la mano un manojo de llaves, treinta o cuarenta, ensartadas en una anilla del tamaño de un plato—. Se le nota en que empuja. Aquí no se empuja, señora. Aquí se prueba.

—¿Se prueba el qué?

—La llave. —Levantó el manojo, orgulloso, y tintinearon todas a la vez—. Mire, el sistema es sencillo: una lleva su cerradura puesta, ¿ve?, y otra persona, por ahí, lleva su llave. El asunto es dar con esa persona y que su llave abra tu cerradura. Entonces ya estás completo. Llevo nueve años probando.

—Nueve años probando llaves.

—Nueve años, sí. Pero tengo muy buenas sensaciones con la del martes. —Separó una del manojo, una pequeña, dorada—. Esta entra hasta la mitad. Hasta la mitad, ¿eh? Eso antes no me pasaba con ninguna. Voy progresando.

—Le entra hasta la mitad y eso le parece progreso.

—A mi edad, hija, la mitad es una fortuna. —Y se volvió a su umbral, a seguir probando, tan contento con su martes.

Lo dejé con sus sensaciones y subí hacia la plaza, porque cuando un sitio no tiene ningún sentido, lo primero es encontrar la oficina, que es donde el sinsentido al menos está mejor ordenado y hay alguien a quien preguntarle por las normas para luego saltármelas.

La encontré sin esfuerzo. Edificio de piedra, escalones gastados, un rótulo de bronce: CERRAJERÍA MUNICIPAL DE LAS MITADES. Y debajo, en letras más pequeñas, lo que de verdad importaba: REGISTRO DE LLAVES.

Dentro olía a metal y a aceite, y había, del suelo al techo, ficheros. Miles de cajones de madera con etiquetas escritas a mano, ordenados por un sistema que reconocí en el acto porque era pariente cercano del mío. Tuve el impulso, feo y profesional, de ponerme a curiosear cajones. Me contuve. Tras el mostrador, una mujer de unos sesenta pasaba fichas con un dedal de goma en el pulgar, sin levantar la vista, con la devoción de quien lleva décadas poniéndole orden a las medias personas y no piensa parar por una recién llegada.

—Apellido —dijo, antes de que yo abriera la boca.

—¿Cómo sabe que venía a darle mi apellido?

—Todos vienen a darme su apellido. Es lo único que traéis entero. —Seguía sin mirarme—. Apellido.

—Gulliver.

Sacó una ficha en blanco de un cajón, sin buscar, como quien saca un pañuelo.

—Cerradura asignada: la roja del número once. Ya la conoce; lleva media hora empujándola. —Mojó un sello en un tampón gastado—. Le abro expediente de emparejamiento. Su misión es localizar al portador de su llave. —Estampó—. Puede probar llaves ajenas en su tiempo libre, faltaría más, pero abrir una cerradura que no es suya con una llave que no es suya es delito.

—¿Y todo el mundo lo hace?

—Todo el mundo lo hace. —Por fin levantó la vista, sin inmutarse —. Por eso está prohibido. Si la gente no lo hiciera, ¿para qué íbamos

a prohibirlo? Las prohibiciones son un piropo a las costumbres.

Tenía respuesta para eso. Me la guardé, porque la mujer me caía bien y no quería estropearlo el primer día.

—Una duda —dije—. ¿Qué pasa si el portador de mi llave no aparece nunca?

—Entonces se queda usted en su umbral, como los demás. —Volvió a sus fichas—. Aquí nadie está completo solo, señorita Gulliver. Es la primera norma de la isla. Una lleva su cerradura, el otro lleva tu llave, y hasta que no se juntan, una es media cosa. Media puerta. Media persona.

—Qué romántico.

—Es duro —concedió—. Pero es el sistema, y funciona desde antes que yo, así que algo bueno tendrá.

—¿O algo cómodo? —dije—. Que no es lo mismo. Yo vengo de una ciudad donde la gente llevaba cuarenta años esperando un amanecer porque esperar no dolía. A lo mejor aquí pasa parecido. A lo mejor lo de "media persona" es un cuento muy práctico para no tener que mirarse entera.

La registradora detuvo el dedal un segundo. Solo un segundo. Luego siguió.

—Es usted de las que empujan —dijo, y no sé por qué ya me lo esperaba.

Miré los miles de cajones mientras pensaba qué contestarle. Cada uno guardaba una llave, y cada llave era el complemento exacto de una cerradura que vivía en el pecho de un desconocido, en un umbral cualquiera de aquella cuesta. El archivo más triste que había visto, y mira que venía yo de uno donde la gente envejecía en balcones con la mano en el aire.

—¿Y el divorcio? —pregunté, porque siempre pregunto lo que no me conviene, es mi manera de hurgarme la muela.

La registradora dejó el dedal sobre el mostrador. Despacio. Como quien deja un cuchillo encima de la mesa para que se vea que lo deja.

—El divorcio es limar la llave —dijo—. Se trae aquí, se mete en el torno, y se le quitan los dientes que encajaban. —Señaló con la barbilla hacia una puerta del fondo, de la que salía, en ese mismo momento, un chirrido fino de lima sobre metal—. Ahí atrás. Una llave limada ya no abre nada. Ni siquiera lo que abría antes. No hay vuelta. Por eso la gente se lo piensa mucho antes de venir; limar es para siempre, y aquí casi todo es para siempre.

El chirrido siguió un rato, paciente, metódico. Y se cortó. Hubo un silencio, de esos que pesan. Y en el silencio, alguien al fondo —una voz de hombre que no vi— le dijo a quien fuera que se acababa de limar la llave:

—Ya está. Lo siento.

Tres palabras.

Y se me puso la piel del brazo de gallina, porque las dijo con una cortesía que conocía demasiado bien. La del que hace daño con buenos modales, sin levantar la voz, deseándote lo mejor mientras te quita lo único que tenías. La del que te firma tres líneas y dos iniciales.

—¿Quién es ese? —pregunté, y me salió más bajo de lo que pretendía.

—El cerrajero. Corta las llaves nuevas y lima las viejas. —La registradora bajó la voz, como si la confidencia fuera otra ficha que archivar—. No salga a buscarlo. Está siempre ocupado y no es de conversación, ese hombre. Lleva aquí más que yo y no le he sacado tres frases seguidas.

—Pues a lo mejor es que usted no le tararea la canción adecuada —dije, sin pensar.

Me miró raro. No le hice caso.

—Y una cosa más —añadió, volviendo a sus fichas—: no le pida que le abra nada. Es lo único que no hace, el hombre. Cortar, corta. Limar, lima. Pero abrir, no abre. Dice que abrirle a alguien la puerta es quitarle el trabajo de encontrar su propia llave. Y que entonces la pierde antes.

—¿Que pierde el qué?

Pero la registradora ya había vuelto del todo a su mundo de cajones, y yo había aprendido, en las islas que llevara, que en aquel sitio cuando alguien deja una frase a medias es porque la otra mitad la tiene un desconocido en un umbral cualquiera, esperando a que llegue yo a probar.

Me di la vuelta para salir.

Y entonces la vi.

En la pared del fondo, apartada, había un panel distinto a todos los demás. Sin cajones: solo clavos, cientos, en filas ordenadas, y de cada clavo colgaba una llave con una etiqueta de borde negro. Encima, un letrero pequeño, escrito con peor letra que el resto, como hecho de mala gana: LLAVES NO RECLAMADAS.

Lo entendí sin que me lo explicaran, porque yo tenía un panel igual en la dársena cuatro, solo que el mío era de paraguas y dentaduras y urnas. Eran las llaves de los que se habían ido —de la isla, del mundo, de donde se vaya uno— antes de que apareciera el portador de su cerradura. Mitades que nunca encontraron su mitad. Gente que se quedó a medias para siempre.

Iba a apartar la vista. Mirar mucho rato un panel así es un lujo que no me permito ni en mi propia oficina, porque una empieza a imaginarse las historias y se le hace de noche por dentro.

No pude apartarla. Porque entre todas aquellas llaves huérfanas, en el tercer clavo de la cuarta fila, había una que conocía.

No sabía de qué. No la había visto en mi vida, estaba segura. Pero igual que no había oído jamás la nana y la reconocí entera, igual que no conocía al hombre del farol y me miró como quien retoma una conversación a medias, aquella llave pequeña, de hierro viejo, con la cabeza en forma de algo que la herrumbre no me dejaba leer, me removió por dentro, en el sitio exacto donde guardo lo que no sé clasificar, la certeza absurda y total de que esa llave era mía. O lo había sido. O iba a serlo.

—Esa no se toca —dijo la registradora, sin levantar la vista, como si me hubiera crecido un ojo en la nuca—. Esas son de los que ya no vienen.

—¿Y si alguien viniera? —pregunté, sin apartar la mirada del tercer clavo—. ¿Y si el portador llegara tarde? Muy tarde, pero llegara.

—Aquí —dijo ella, pasando la ficha siguiente con su dedal de goma — todo el mundo llega tarde. Es lo más normal del mundo llegar tarde. Lo raro es llegar.

Me quedé mirando la llave del tercer clavo, cuarta fila, un rato más largo del que me permito.

Y, al fondo, el torno volvió a chirriar. Y la voz del hombre que no había visto se puso otra vez a tararear, bajito, para sí mismo, mientras trabajaba, una musiquilla de cuatro notas que yo conocía de una habitación con una lámpara baja y una colcha de cuadros.

La misma de siempre.

La de la playa, la del farol, la de mi madre.

Él.

Otra vez él, cortando llaves para todo el mundo en una isla donde, por lo visto, mi mitad llevaba colgada de un clavo, sin reclamar,

esperándome desde antes de que yo supiera que la había perdido.

Capítulo 7 — Lo que él no debería saber

—No salga a buscarlo —me había dicho la registradora.

Salí a buscarlo.

Lo tengo claro desde niña: cuando alguien me dice que no haga algo sin explicarme por qué, lo que oigo no es "no lo hagas", es "esto se está poniendo interesante". Mi madre lo sabía. Mi madre, que me cantaba la nana para dormirme y me dejaba un libro abierto en la mesilla por si me despertaba, decía que yo era la única niña que conocía capaz de desobedecer una orden por puro afán de archivo.

Así que crucé el almacén de la cerrajería hacia la puerta del fondo, la que olía a metal caliente y de la que salía el chirrido de la lima y, por encima, la nana. Cuatro notas. Cinco. La de la habitación con la lámpara baja, la del farol en mitad de la calle, la de la playa. La empujé con el hombro y entré sin pedir permiso, que es como entro yo en los sitios donde sé que no me van a dejar entrar.

El taller era pequeño y olía a metal y a aceite quemado. Llaves colgando de cientos de ganchos, ordenadas por tamaños, un torno en el centro, un banco lleno de virutas de hierro que brillaban como limaduras de algo más caro. Y, de espaldas, inclinado sobre una llave a medio cortar, un hombre con un mandil de cuero.

Dejó de tararear. No se volvió.

—Esto es zona de empleados —dijo.

—Vaya. Ahora corta llaves.

Se quedó muy quieto. Y despacio, como quien teme que el otro desaparezca si se mueve rápido, se dio la vuelta.

Ojos grises. Ese gris de siempre, el que no se decide. Y una cicatriz partiéndole la ceja izquierda en dos mitades que no acababan de coincidir.

—Usted —dije.

—Usted —dijo él.

—El de la campana.

—El de la campana ya no existe. Toqué fondo en aquel oficio. —Y por un segundo se le movió algo en la cara, eso que en otro hombre sería el principio de una sonrisa y en él se quedaba a la mitad—. Ahora corto llaves. Es un ascenso. Tengo torno.

Me reí antes de acordarme de que estaba enfadada. Es lo que tiene este hombre: te desarma por el flanco que no estás vigilando. Vienes preparada para discutir y te saca una broma sobre un torno y ya estás perdida.

—¿Cómo ha llegado aquí antes que yo? —pregunté, recomponiéndome—. Yo salí de aquella ciudad ahogándome, con el agua por la barbilla y su nana en los oídos. Usted se quedó en tierra. Y resulta que está aquí, en otra isla, cortando llaves como si tal cosa.

—Yo siempre me quedo —dijo, y lo dijo sin pena, como un dato de su ficha, como yo diría "trabajo en la dársena cuatro"—. Y siempre estoy donde llega usted. No me pregunte cómo, porque no lo sé. Es lo único que sé hacer en este mundo: estar donde usted llega. Para todo lo demás soy bastante inútil, ya lo ha visto. No supe ni tocar una campana a tiempo.

—La tocó usted.

—La tocó usted. Yo solo dejé de impedirlo. No es lo mismo.

La registradora me había dicho que el cerrajero no era de conversación. Llevábamos ocho frases. A lo mejor el problema de la registradora era que no le tarareaba a él la nana de su madre. A lo mejor a aquel hombre solo había que darle la canción adecuada y se soltaba.

—Necesito que me corte la llave —dije, volviendo a lo mío, porque si me quedaba en el tonteo iba a acabar mal, lo notaba—. Tengo una cerradura asignada, la roja del once, y según las normas de esta isla soy media persona hasta que aparezca el que lleva mi otra mitad. Usted corta llaves. Córteme la mía y a vivir.

—No.

—¿Cómo que no? Es su trabajo. Le corta llaves al manojo entero del señor de enfrente, que lleva nueve años probando.

—Le corto llaves a todo el mundo. La suya, no. —Volvió a inclinarse sobre el banco—. Y tampoco le voy a abrir la puerta. La roja del once. No me lo pida.

—No se lo estoy pidiendo, se lo estoy exigiendo, que es distinto y queda más fino.

—La respuesta es la misma en los dos idiomas.

Cogí una llave del banco, una cualquiera, por hacer algo con las manos, porque cuando me ponen nerviosa necesito tener algo entre los dedos. La solté enseguida, porque me miró como se mira a quien toca lo que no debe. Y entonces, sin levantar la vista de su trabajo,

con la voz más tranquila del mundo, como quien comenta el tiempo, dijo:

—Duerme usted con la luz del pasillo encendida.

Me quedé sin aire.

—¿Perdone?

—Desde pequeña. No le gusta la oscuridad del todo; le gusta solo un poco, la justa para que el pasillo siga estando ahí cuando se despierte de madrugada y no sepa, el primer segundo, dónde está. —Pasó la lima por el filo de la llave, una vez, dos, sin mirarme—. Y su madre tenía un vestido azul de los domingos. De un azul que a usted le sigue pareciendo el azul de verdad, el que mide a todos los demás azules. Lo llevaba el día que le enseñó esa canción que finge que no reconoce.

La lima se detuvo.

Yo me había quedado de piedra en mitad del taller, con las virutas crujiéndome bajo los zapatos, incapaz de soltar una sola de mis frases de defensa.

—No me mire así —dijo, todavía sin mirarme él—. Ya sé que no debería saber esas cosas. Es lo que tiene lo mío. Sé de usted lo que usted ni se acuerda de haberme contado, porque no me lo ha contado nunca, porque no nos conocemos, porque no hay manera de que yo sepa nada de esto. Y aun así lo sé. —Por fin levantó un poco la cara—. Y no sabe cuánto preferiría no saberlo. Saber así no acompaña. No es un regalo. Solo hace que la pérdida duela un poco más fino, porque ya sabes exactamente qué color tiene lo que vas a perder.

Tragué saliva. Tenía treinta y cuatro años y siete catalogando lo que la gente abandona, y nunca, ni una sola vez, nadie me había descrito el azul del vestido de mi madre. Ni mi propio novio, que tuvo dos años para preguntármelo. Sobre todo no mi propio novio, que en dos años no me preguntó de qué color era nada mío.

—Eso no es justo —dije, y me salió más bajo de lo que pretendía, sin una pizca de gracia, que en mí es la señal de que algo va en serio —. Usted sabe de mí el color de los domingos, y yo de usted no sé ni el nombre.

—Mejor así.

—No es mejor.

—Créame que sí. El día que sepa mi nombre, esto se acaba. Y todavía no quiero que se acabe. Es egoísta, lo sé. Es lo más egoísta que hago en todo mi trabajo: alargarlo un poco.

Me acerqué al banco para no quedarme con las manos vacías ni con las palabras tampoco, y fue entonces cuando vi la suya. La izquierda. La tenía vendada de cualquier manera, con una gasa gris de tanto usarla, y donde tendría que haber cinco dedos había cuatro. El hueco del que faltaba estaba cosido al guante de trabajo con una puntada, como se cose un descosido que ya no tiene arreglo y al que solo se le puede disimular el roto.

En la ciudad del alba, cuando la marea me arrancó, él había alargado la mano hacia mí. Entera. Con todos sus dedos. Lo recordaba porque cuento las cosas; es mi enfermedad y a veces mi salvación.

—Le falta un dedo —dije.

—Sí.

—No le faltaba. En la otra isla me tendió la mano y estaba entera. Cinco dedos. Los conté.

—Cuenta usted demasiado.

—Es mi oficio. ¿Qué le ha pasado en la mano?

—No me pregunte. —Cambió la llave de mano para que la herida le quedara debajo, fuera de mi vista, y siguió limando con la derecha —. Hoy no toca esa pregunta.

—¿Y cuándo toca?

—Más al fondo del libro.

No supe qué quería decir con eso, así que hice lo que hago cuando no entiendo algo y no me lo van a explicar: lo dejé en su estante, etiquetado como "pendiente", y miré otra cosa. Sobre el banco había una cerradura abierta en canal, con las tripas de latón a la vista, los muelles y los dientes al aire como un reloj destripado. Y dentro, grabada en una de las piezas con esa caligrafía antigua que ya nadie enseña, había una letra.

M.

La miré un rato largo. En el bolsillo, junto al anillo, llevaba una etiqueta de equipaje con una **A**.

—Primero una A, en la otra isla —dije, más para mí que para él—. Ahora una M. A este paso me sale una palabra.

El cerrajero se quedó muy quieto otra vez. Dejó la lima en el banco, con cuidado, como quien posa algo que podría cortar, y por primera vez en toda la conversación me miró de frente, los ojos grises clavados en los míos. Y en ellos no estaba la cara de reconocerme de las otras veces. Estaba una más rara y más triste: la

del que ve que el otro ha empezado a juntar las piezas y no sabe si alegrarse o salir corriendo.

—No las junte —dijo—. Por su bien y por el mío. No junte las letras.

—¿Por qué? ¿Qué pasa si las junto?

—Porque cuando tenga la palabra entera —y bajó la voz, y el taller entero, con sus cientos de llaves colgadas, pareció contener el aliento — ya no podrá fingir que no me conoce. Ni yo podré seguir fingiendo que esto es solo mi trabajo. Y entonces, Julia, esto se vuelve mucho más difícil para los dos. Para usted más que para mí, que ya estoy acostumbrado.

Estábamos cerca. Demasiado. La cerradura abierta entre los dos sobre el banco, con sus tripas de latón, su mano buena posada al lado de la mía, ese palmo de siempre que en todas las islas se empeñaba en separarnos como una norma que nadie había escrito pero todos obedecían.

Bajé la vista a su mano. Subí la mía, un dedo, hacia la suya, sin decidirlo, igual que se acerca uno al fuego en invierno sin pensar que quema.

Él retiró la mano. No deprisa. Despacio, que es peor, que da tiempo a verlo apartarse.

—Por favor —dijo—. No.

—Solo era la mano. No le iba a pedir matrimonio. Bastante tengo con un anillo que no se va.

—Ya lo sé. Y de todas formas, no. —Tragó—. Si la toco, me cuesta. No me pregunte qué. Pero me cuesta, y ya voy justo.

Recogí mi dignidad, que se me había caído entre las virutas del suelo, y me la volví a poner como pude, que es la única manera en que se pone una la dignidad delante de un hombre que sabe el azul del vestido de tu madre y no te deja ni rozarle la mano.

—Pues entonces ábrame la puerta de una vez —dije, ya retrocediendo hacia la salida—. La roja del once. Si tan poco quiere tenerme cerca, ciérreme con mi mitad, déjeme completa y a vivir cada uno en su umbral. Es lo que haría cualquier cerrajero normal con dos dedos de frente.

Él recogió la lima. Volvió a inclinarse sobre el banco, de espaldas, como al principio, y empezó otra vez a tararear muy bajito, para él, la nana del vestido azul.

—No le voy a abrir esa puerta, Julia —dijo, sin volverse—. Porque el día que le abra una puerta, usted la cruza.

—Esa es la idea de las puertas, hombre. Para eso están.

—Sí. —La lima rascó el hierro, una vez—. Pero si le abro esa puerta, la pierdo antes.

Lo dijo tan bajo que casi se lo come el chirrido del torno. Y yo me quedé en el umbral sin pomo, con una A y una M calientes en el bolsillo y la cabeza dándome vueltas, intentando descifrar de quién hablaba aquel hombre cuando decía *la pierdo*, sin caer todavía —tonta de mí, que cuento paraguas pero no me cuento a mí misma— en que la única cosa de todo aquel taller que él podía perder, la única que le importaba, la única que llevaba seis dedos y dos islas costándole, era yo.

Capítulo 8 — La puerta que no abre

Me pasé la noche —si es que aquello tenía noches— dándole vueltas a cómo abrirme yo sola una puerta que el único cerrajero del pueblo se negaba en redondo a tocarme.

Resultó facilísimo. Solo había que hacer una cosa que en aquella isla no se le había ocurrido a nadie en siglos: dejar de esperar.

Es curioso. Llevaba dos islas viendo a gente esperar —el alba, una llave, una mitad— y empezaba a sospechar que el truco de aquella Oficina era siempre el mismo. Te convencen de que te falta algo, te ponen a esperarlo, y mientras esperas no haces ruido, no rompes nada, no molestas. La espera es el sedante perfecto. Y yo a los sedantes les tengo alergia desde que un señor me durmió dos años con la promesa de una boda.

Bajé a la calle de buena mañana —o de lo que allí pasara por mañana— y fui directa al hombre del manojo, el de las treinta o cuarenta llaves, el de las buenas sensaciones con la del martes.

—Necesito una llave que pueda destrozar —dije.

Me miró como si le pidiera un riñón. El izquierdo, además.

—¿Destrozar?

—Limar, doblar, arañar, lo que haga falta. Una que no le importe perder.

—Pero las llaves no se destrozan. —Apretó el manojo contra el pecho, escandalizado—. Las llaves se prueban. Cada una de estas puede ser la de alguien. Esta —levantó una— podría ser la del amor de mi vida. Y esta. Y esta.

—Lleva nueve años probando, amigo, y la del martes le entra hasta la mitad. Déjeme probar otra cosa a mí, anda.

—¿Qué otra cosa?

—Una herejía. Pero rápida.

Algo en mi cara debió de convencerle —o a lo mejor solo quería ver el espectáculo de la forastera estrellándose, que en un sitio donde no pasa nada en siglos cualquier desastre es entretenimiento—, porque rebuscó en el manojo y me tendió la más vieja, una fea, sin gracia, con la paleta comida de óxido.

—Esta era de mi tío —dijo—. En paz descanse. Nunca encajó en nada ni en nadie.

—Pues su tío estará encantado de jubilarla por fin.

Me senté en el bordillo, delante de mi puerta roja, la del número once, y me puse a limar la llave del tío contra una piedra saliente del empedrado. Sin plano, sin medidas, sin más ciencia que la que tiene una para sus propias cosas. Le quité un diente aquí. Redondeé otro allá. Soplé el polvillo de hierro, que sabe a sangre y a moneda vieja. Trabajé como trabajo siempre que algo me importa: con la cabeza fría y las manos solas, dejándolas decidir a ellas, que suelen saber más que yo.

Se fue juntando gente. La calle de las puertas en pleno, asomada desde sus umbrales, mirándome con ese morbo respetuoso con el que se mira a quien va a estrellarse de un momento a otro.

—No va a entrar —dijo alguien, con la autoridad de quien lleva décadas sin que le entre nada.

—Esa no es su llave —dijo otro—. Se le nota a la legua que no es su llave.

—Es contra natura —dijo un tercero, muy serio, y ese fue el que más se acercó a la verdad de aquella isla, porque tenía razón: era exactamente contra la naturaleza que ellos habían aceptado como única.

—¿Y si la naturaleza está mal archivada? —dije, sin levantar la vista de la lima—. Pasa más de lo que creen. Yo una vez tuve un paraguas seis años en la sección de bastones. El paraguas no protestó. Pero seguía siendo un paraguas.

No me entendieron. No pasa nada. Las verdades buenas casi nunca se entienden a la primera; por eso hay que decirlas mientras una hace otra cosa con las manos.

Cuando la llave del tío tuvo más o menos pinta de llave, me levanté, me sacudí el polvo de hierro de la falda, la metí en la cerradura roja del once y la giré.

La puerta se abrió.

No con magia. No con fanfarria, ni con un coro, ni con la luz dorada que sale en las películas. Con el clac de toda la vida de una cerradura que cede, el mismo clac aburrido de cualquier puerta de cualquier portal. Y ese clac aburrido fue lo más revolucionario que había sonado en aquella calle en siglos.

Porque resultó que mi llave siempre había cabido en mi cerradura. Cualquier llave cabía, si la limabas un poco con ganas. Como cabía en la suya la de cada uno de los que llevaban media vida en el umbral esperando que apareciera un desconocido con su mitad exacta. Lo único que había en aquellas puertas, cerrándolas, no era un misterio romántico. Era una norma. Y las normas, ya lo había aprendido a campanazos en la isla anterior, se abren tirando.

Hubo un silencio. De esos en los que oyes pensar a una calle entera.

Y después, no el caos feliz que yo esperaba. Algo más raro y más honrado.

El del manojo soltó las cuarenta llaves de golpe contra el suelo, que sonaron como una caja registradora cayéndose por las escaleras, se sentó en su bordillo, eligió una al azar y empezó a limarla contra la piedra con lágrimas en los ojos. Pero fue el único que se lanzó así, de cabeza. Los demás no. Los demás se quedaron en sus umbrales, mirándolo limar como se mira a alguien hacer una locura, sin atreverse a imitarlo.

—¿Y si me la cargo? —dijo una mujer, con su llave apretada contra el pecho, como si limarla fuera a hacerle sangre—. ¿Y si limo mal y ya no abro nada nunca?

—¿Y para qué quiero yo abrirme la puerta sola? —dijo un viejo, ofendido casi—. Llevo cuarenta años esperando que venga alguien con mi mitad. Si me abro yo, ¿entonces a qué ha venido toda la espera? ¿La tiro a la basura?

Y ahí lo entendí, de pie en mi umbral, con mi puerta abierta a la espalda. Que el problema nunca había sido que no supieran abrirse la puerta. El problema era que abrírsela ellos mismos convertía en tontería toda una vida de esperar. Que reconocer que siempre tuvieron la llave era reconocer que habían perdido el tiempo. Y eso duele más que seguir esperando. Por eso no me imitaron en bloque, como yo, ilusa, había imaginado. Ser media persona era incomodísimo, sí. Pero era lo que sabían ser. Y a lo conocido, aunque duela, cuesta horrores soltarlo; lo sé porque yo llevaba un anillo en el bolsillo que no terminaba de tirar.

Algunos limaron. Pocos, esa mañana. La mujer de la llave apretada, al final, se sentó al lado del del manojo y empezó, temblando. Otra detrás. Pero la mayoría volvió a meterse en casa, a esperar, ahora con la duda puesta, que es peor que la espera limpia.

Les había estropeado el consuelo sin darles del todo el valor. No siempre que rompes una jaula sale volando el pájaro; a veces el pájaro se queda mirando la puerta abierta, asustado del cielo.

Me apoyé en el marco de mi puerta abierta y me permití, durante tres segundos, sentirme la mujer más lista del mundo.

Duraron tres segundos. Las cosas buenas, en aquel viaje, duraban siempre tres segundos; era casi una unidad de medida.

Porque en mi puerta roja, pegado de cualquier manera sobre la pintura todavía con la cola fresca, había un papel que por la mañana no estaba. Una hoja oficial, sellada, con un borde —rojo y negro, en zigzag— que no había visto en ninguna otra burocracia de aquel viaje, y mira que llevaba burocracia vista. Decía, en mayúsculas, con una tinta que parecía recién puesta:

EXPEDIENTE 4471 — BAJO REVISIÓN.

Y nada más. Ni firma. Ni nombre. Ni el sello redondo del Gremio o de la Cerrajería, que para todo lo demás eran de sellar por triplicado. Ni siquiera una de esas frasecitas tranquilizadoras que ponen los avisos para que no te asustes del todo: "no es nada grave", "trámite rutinario", "disculpe las molestias". Solo mi número y dos palabras. La amenaza más educada y más helada que había leído nunca.

Lo despegué con cuidado, como se despega una tirita de una herida que no sabes lo profunda que es. Fui con él a la registradora, que estaba en la puerta de la Cerrajería viendo arder su sistema de siglos sin mover un solo dedo del dedal de goma, con una cara difícil de leer: ni triste ni contenta, sino la de quien ve cómo se cae algo que sabía que se iba a caer.

—¿Esto qué es? —pregunté, plantándole el papel delante—. ¿Quién lo pone? Porque borde rojo y negro no he visto en ninguna ventanilla de las suyas.

Lo miró. Y por primera vez desde que la conocía, la mujer del dedal palideció. Le costó hasta dejar de pasar fichas, y eso, en ella, era como si a otra persona se le parara el corazón.

—Eso no lo pone nadie de aquí —dijo, muy bajo, mirando a los lados—. Eso no es de la isla. Eso lo pone la Oficina. La de arriba. La que está por encima de los gremios, de los vigías, de las cerrajerías, de todos nosotros. —Me devolvió el papel deprisa, casi me lo tiró, como si le quemara los dedos—. Lo ponen cuando un expediente

hace algo que no debería. Cuando se sale del tránsito. Cuando rompe cosas que llevaban siglos sin romperse.

—O sea, cuando hace lo que acabo de hacer yo.

—Exactamente lo que acaba de hacer usted. —Tragó saliva—. Yo de usted, señorita Gulliver, dejaría de hacer cosas que no debería. Por un tiempo. Hasta que se olviden de su número.

—Llevo todo el viaje haciendo cosas que no debería. Es lo único que me sale bien. Si dejo de hacerlas, no me queda nada que hacer.

—Ya. —Miró calle arriba, hacia el caos precioso de gente limando sus propias llaves, abriéndose sus propias casas, abrazándose en los umbrales—. Por eso vienen. Vienen siempre que alguien empieza a enseñarle a los demás que la puerta se abría sola. No les gusta. Da mucho trabajo volver a cerrar a la gente.

No me dijo quién venía. No me dijo si era hombre o mujer, ni cómo se llamaba, ni qué cara tenía. No hizo falta. Hay cosas que una entiende por el frío que le entra de pronto en un día de sol, no por las palabras.

Me guardé el papel, porque tirar una amenaza es de cobardes y porque, en el fondo, un aviso con mi número era lo más parecido a una carta de amor que me habían mandado en mucho tiempo: alguien, en alguna parte, se había fijado en mí lo suficiente como para querer pararme.

Y entonces, detrás de mí, una voz que conocía mejor que mi propio nombre dijo:

—Lo ha vuelto a hacer.

Me di la vuelta. El cerrajero estaba en el umbral de su taller, con el mandil de cuero y la mano izquierda vendada, mirando la calle revuelta como quien mira llover desde un portal seco: sin poder hacer nada, sin querer del todo que escampe.

—Me he abierto la puerta yo sola —dije—. Resulta que no era media persona. Era persona entera con muy mala suerte en correos.

—Ya lo veo. —Algo se le movió en la comisura y se quedó ahí, a medio camino, sin atreverse a más—. Es usted un desastre para los sistemas. Va dejando islas rotas por donde pasa, como un niño con un palo por un seto.

—Es un don. Lo pondré en el currículum, debajo de "deletreo Gulliver sin que me lo pidan".

—Va a hacer que la revisen entera, con esa boca.

—Que revisen. Estoy en regla. Bueno, en regla no, pero al día de disgustos, que es lo que importa.

Se acercó. Despacio, mirando primero el papel del borde rojo que yo me había guardado, como si verlo le doliera más a él que a mí. Y entonces sacó de un bolsillo del mandil algo pequeño y me lo puso en la palma sin tocármela apenas, dejándolo caer el último centímetro, porque ese hombre y yo no nos rozábamos ni por accidente, era la regla no escrita de todo aquel viaje.

Era una llave. Vieja, de hierro, con la cabeza gastada de tanto manosearla alguien a lo largo de mucho tiempo. La reconocí en el acto, antes incluso de tenerla del todo en la mano. Era la del tercer clavo de la cuarta fila. La del muro de las llaves no reclamadas. La que había reconocido el día anterior sin saber por qué, igual que reconocí la nana sin haberla oído nunca, igual que lo reconocí a él en la calle del farol.

—Esta estaba en la pared —dije—. En el muro. Con las de los que ya no vienen.

—Sí.

—¿De quién es?

—Mía.

Lo miré. Cuatro dedos en una mano vendada. Los ojos grises de siempre. Una llave suya colgada quién sabe cuántos años entre las de los muertos y los que se fueron.

—¿Y por qué estaba ahí, en el muro de los no reclamados, si usted está aquí, vivo, cortando llaves?

—Porque a reclamar la mía —dijo, y lo dijo sin pena, como un dato más de su ficha, igual que diría la altura de una marea— no había venido nunca nadie. En todos estos años. Ni una vez. Una llave que nadie reclama acaba en el muro, ya lo sabe usted, que de eso entiende. Da igual que su dueño siga por ahí, cortándoles las llaves a los demás. Si nadie viene a por ti, al muro.

Se me hizo un nudo en un sitio donde no suelo tener nudos.

—Pero usted me dijo, clarísimo, que no me daría una llave. Que era lo único que no hacía.

—Y no se la doy. —Me miró—. Le doy la mía. Es distinto. Una llave nueva la haría yo, y eso es lo que no hago, porque hacerle la llave a alguien es decidir por dónde entra. Pero esto no es hacerle una llave. Esto es darle la que ya tenía. —Y entonces, por primera vez en dos islas, me cerró los dedos alrededor de ella. Con su mano. La buena.

Un segundo entero, el primero que me tocaba desde la noche de la campana, y el contacto me duró encendido en la palma mucho más de lo que pienso admitir aquí, donde cualquiera puede leerlo—. Quédesela.

—¿Para qué la quiero, si ya me he hecho la mía con la del tío de ese señor?

—No es para abrir nada.

—¿Entonces?

—Para que recuerde —dijo, soltándome la mano despacio— que la tuvo antes que nadie. Que hubo alguien cuya llave estaba en el muro de los no reclamados, y que la primera persona en toda su existencia que vino a por ella, aunque fuera sin querer, aunque fuera de pasada, aunque no supiera ni que lo estaba haciendo, fue usted.

No supe qué contestar a eso. Por una vez en mi vida, no encontré ninguna de las mías. Y antes de que se me ocurriera nada, la marea subió.

Subió por la calle de las puertas abiertas, lisa y negra y puntual como un funcionario que viene a cerrar la ventanilla justo cuando te tocaba a ti, mientras medio pueblo limaba llaves y el otro medio salía por primera vez de su casa por su propio pie a respirar el aire de fuera. Me llegó a los tobillos. A las rodillas. Apreté en el puño la llave suya, la de hierro viejo, que ya no pensaba soltar ni debajo del agua ni en sueños ni muerta.

Lo último que vi, antes de que el mar me tapara la cara, fue su taller. Su fachada. El sitio donde un minuto antes había una puerta sin pomo y, detrás, un hombre con un mandil de cuero que sabía el color del vestido de mi madre y se negaba a decirme su nombre.

Ya no había puerta.

Solo pared. Lisa, recién cerrada, sin junta ni gozne ni rastro, como si en aquella isla no hubiera vivido jamás ningún cerrajero. Como si me lo hubiera inventado yo.

Pero en el puño, debajo del agua, tenía su llave. Tres gramos, calculé, de costumbre. Y por una vez no me importó no saber en qué categoría archivarla.

Esa la tenía clarísima.

Capítulo 9 — Correos y casamientos

Aparecí en una plaza blanca, soleada, con geranios en los balcones, escupida por un agua que esta vez ni siquiera me mojó del todo, y lo primero que pensé fue que aquella isla, por fin, tenía buena pinta.

Lo segundo que pensé fue que toda la gente de la plaza tenía exactamente veinticinco años.

Toda. Los que paseaban, los que vendían fruta, los que tomaban café en una terraza. Las mismas mejillas tersas, la misma sonrisa de catálogo, el mismo cutis sin una arruga, sin una mancha, sin una sola cosa de las que le pasan a la cara cuando la cara ha vivido. Una plaza entera de veinticinco años un martes por la mañana. Daba un poco de susto, como un escaparate de maniquíes que respiran.

Abrí el puño.

Seguía teniendo la llave del cerrajero. La que me había dado "para que recuerde que la tuvo antes que nadie", agarrada tan fuerte durante todo el viaje por el agua que me había dejado la marca de los dientes del hierro grabada en la palma, una huella roja con forma de promesa. Bien. Por lo menos algo en aquella travesía se quedaba donde yo lo ponía. Me la metí en el bolsillo, con el anillo, la etiqueta de la A y la nota de tres líneas que ya no servía para nada salvo para recordarme de qué venía huyendo.

Y agucé el oído. Por costumbre. Por si la nana.

Nada. En aquella plaza soleada no tarareaba nadie. Y me fastidió el silencio mucho más de lo que pienso admitir, porque significaba que él no estaba, y descubrir que echo de menos a un hombre que no me da ni su nombre es el tipo de cosa que prefiero no anotar ni en mi propio libro de registro.

—¡Sonría!

Me giré. Una señora —de veinticinco años, cómo no— me apuntaba con el dedo desde detrás de un mostrador, escandalizada.

—Sonría usted también, querida, que va con la cara cruda.

—¿Con la cara qué?

—Cruda. Sin terminar. —Chasqueó la lengua, compadeciéndome —. No puede ir así por la plaza, mujer. Es infracción de aspecto. Vaya

a la Junta antes de que la multen, que la primera siempre la perdonan pero la segunda ya no.

—¿Me van a multar por mi cara?

—Por enseñarla así, cruda. Ande, vaya.

Y se puso a atender a otro, dándome por imposible. Y yo, que cuando un sitio me llama "infracción" lo que hago es ir derecha a investigar quién me lo llama y por qué, fui a la Junta.

La Junta de Aspectos ocupaba el edificio más blanco de una plaza ya de por sí muy blanca, y dentro había una cola —otra vez una cola; en este viaje me iba a morir en una cola, ya lo veía venir— de gente esperando con una caja en las manos. Cada caja, descubrí estirando el cuello, contenía una cara. Una cara de verdad, suya, de cuando tenían veinticinco años, hecha de no sé qué material —cera, porcelana, promesas, vaya usted a saber—, que se ponían por encima de la cara de verdad como quien se pone las gafas para salir a la calle.

Lo entendí del todo cuando a una señora de delante se le resbaló la máscara apenas un dedo, un instante, y debajo asomó su cara real: setenta años bien cumplidos, con sus surcos, sus manchas, su historia entera escrita en la piel. Se la recolocó a toda prisa, mirando a los lados con pánico por si alguien lo había visto.

Yo lo había visto. No dije nada. Hay intimidades que una respeta aunque se gane la vida catalogando lo que la gente abandona, y la cara propia es la más abandonada de todas las cosas en aquella isla.

Llegué a la ventanilla. La atendía la presidenta de la Junta, reconocible porque su máscara era la más lisa de todas, tan perfecta, tan planchada, tan sin un poro, que ya no parecía una cara joven sino la idea que alguien tiene de una cara joven.

—Recién llegada —dijo, mirándome la cara cruda con un horror profesional, como yo miraría una urna sin etiquetar—. Le abro expediente de mantenimiento. Necesita una máscara. La primera es gratis, faltaría más; las renovaciones se pagan. Tasa por arruga visible, tasa por ojera, recargo por sonrisa imperfecta y un suplemento si se la pillamos a usted envejeciendo en público.

—¿Es delito envejecer?

—En público, sí. —Me deslizó un formulario por debajo del cristal —. En su casa puede usted hacer lo que quiera. Pudrirse, si le apetece. Pero en la plaza, idoneidad o multa. Aquí cuidamos el aspecto. Es lo que nos mantiene casaderos.

—Casaderos.

—Naturalmente. ¿Cómo va a querer nadie casarse con una cara cruda? —Lo dijo con la lógica aplastante de quien nunca se ha planteado la pregunta de otra manera—. El aspecto es la mitad del matrimonio. La otra mitad la pone Correos.

No me dio tiempo a preguntar qué tenía que ver Correos con casarse.

Porque justo entonces, cuando ya tomaba aire para soltarle una de las mías, entró por la puerta un cartero.

No un cartero normal. Llevaba un uniforme con corazoncitos bordados en las solapas y una saca de cuero llena hasta arriba de sobres color crema. Repartía por la cola voceando apellidos, y la gente abría sus cartas con las manos temblando, unos con cara de lotería y otros con cara de funeral, porque resultó —lo fui entendiendo sobre la marcha— que aquellos sobres eran los emparejamientos. En aquella isla no te casabas tú. Te casaba la Oficina de Correos Matrimoniales, por carta certificada, y te llegaba a casa el nombre del cónyuge asignado igual que te llega una multa de tráfico: sin haberlo pedido y sin posibilidad de recurso.

—Gulliver —voceó el cartero.

Levanté la mano por puro reflejo de colegio.

—Tiene usted notificación. Firme el acuse de recibo.

Me tendió un sobre crema y un papelito.

Y se me paró todo por dentro.

Un acuse de recibo. Otra vez.

Lo último que firmé en mi vida anterior, antes de que el mar me convirtiera en expediente, fue el acuse de recibo de un paquete certificado con un anillo dentro y tres líneas mecanografiadas que me deseaban de corazón toda la felicidad del mundo. Y ahora, en una isla de caras de mentira, un cartero con corazoncitos bordados me pedía que firmara para recibir, también certificada, mi siguiente boda.

—¿Sabe lo que tiene gracia? —le dije, con el bolígrafo en el aire—. A mí ya me dejaron una vez por correo certificado. Con acuse de recibo y todo. Y ahora me van a casar igual, por correo certificado. Hay gente que tiene mala suerte con el amor. Yo, por lo visto, la tengo con el servicio postal.

El cartero no se rió. Los carteros casamenteros no entienden los chistes; los entregan, sellados, y siguen su ruta.

—Firme aquí, por favor. La asignación caduca.

Firmé, porque tenía curiosidad y porque la curiosidad, en mí, siempre le gana al orgullo. Abrí el sobre. Dentro, en una letra impecable, mecanografiada, ponía que el expediente 4471 había sido evaluado y declarado IDÓNEO, y entraba con efecto inmediato en el mercado matrimonial de la isla, a la espera de asignación de cónyuge por riguroso orden de llegada.

—Idónea —leí en alto—. Vaya. Por lo menos ascienden los adjetivos. He pasado de "disponible" en la isla del alba a "idónea" aquí, sin comerlo ni beberlo. A este paso, en la próxima isla soy "deseable" y me jubilo.

—Es un honor —dijo la presidenta, que seguía allí, pendiente—. Hay quien lleva años esperando una notificación de idoneidad. La señora Pinto lleva en el mercado desde joven y aún no la han casado.

—¿Y eso es malo?

—Es lo peor que hay. Quedarse sin asignar. —Bajó la voz—. Ahora solo le falta a usted la máscara. Sin cara presentable no hay asignación que valga. Nadie acepta un emparejamiento con una cara cruda; lo devuelven al remite.

—¿Y si no quiero máscara? ¿Y si no quiero que me asignen a nadie por correo, que ya me sé el final de esa película?

La presidenta me miró como se mira a quien dice una herejía en voz demasiado alta en mitad de misa.

—Entonces nadie la querrá —dijo, y lo dijo con la naturalidad terrible de quien repite la única verdad que conoce, sin maldad, casi con pena—. Aquí, querida, lo que no se enseña bonito no se reclama. Y lo que no se reclama, se queda en el estante.

Me quedé con esa frase clavada como una astilla, porque venía yo de una isla donde lo que no se reclamaba acababa colgado de un clavo, de luto, entre las llaves de los muertos. Y de un trabajo donde lo que no se reclamaba acababa en el estante 9, al lado de Eustaquio. Empezaba a sospechar que todas las islas, por debajo del disfraz, contaban la misma historia: la del miedo a quedarse sin reclamar.

Salí a la plaza con mi sobre crema, mi cara cruda al aire y mi negativa rotunda a ponerme la cara de otra persona de veinticinco años para que un cartero me casara con un desconocido. Y entonces, entre todas aquellas mejillas idénticas, todas tersas, todas a la misma edad mentida, vi una cara distinta.

Un hombre. En la puerta de una relojería, ajustando la hora de un reloj de pie que le llegaba al hombro. Tendría cincuenta y tantos, y

los llevaba puestos. Todos. Las canas en las sienes, las arrugas alrededor de los ojos, la papada que empieza, la cara entera de alguien que ha vivido un montón de años y ha decidido, contra toda la isla, que se le note cada uno.

Era el único de la plaza sin máscara. El único con la cara propia al aire, a plena luz, delante mismo de la Junta y de sus multas y de su presidenta lisa, tan tranquilo, como si pagar por tener su cara fuera el dinero mejor gastado de su vida.

Lo miré un buen rato, porque mi oficio es fijarme en lo que no encaja, en lo que se sale de la categoría, en el paraguas que aparece en la sección de bastones. Y aquel hombre no encajaba en nada de aquella plaza.

Una anomalía. Eso anoté, en el sitio donde anoto lo que se sale de todas las casillas.

Él levantó la vista del reloj, me pilló mirándolo y, en lugar de recolocarse una máscara que no llevaba ni pensaba llevar, me sonrió. Una sonrisa imperfecta, con una arruga de más a cada lado, de las que en aquella plaza pagaban recargo por unidad.

Fue la primera cosa de verdad que vi en toda la isla.

Capítulo 10 — El relojero viudo

La relojería era el único sitio de la isla donde no se mentía, y lo supe nada más entrar, porque dentro había cuarenta relojes y los cuarenta daban la misma hora.

Entré empujada por la curiosidad y por las ganas de pasar cinco minutos en un lugar donde nadie fuera a llamarme "cara cruda". Una campanilla sonó sobre la puerta, anticuada, de las de verdad. El hombre sin máscara levantó la vista de un reloj de bolsillo que tenía abierto entre las manos, con esa lupa de relojero encajada en el ojo que les pone a todos cara de pirata educado.

—Buenas. ¿Trae algo que arreglar?

—Traigo una cara cruda y una notificación de boda por correo certificado —dije—. ¿Arregla usted eso?

Se rió. Una risa de verdad, con arrugas a los dos lados, de las que en la plaza pagaban recargo por unidad.

—De eso no entiendo. Yo solo arreglo el tiempo. —Se quitó la lupa y la dejó en el mostrador—. Tomás. ¿Y usted?

—Gulliver.

—¿Solo Gulliver?

—Julia.

Y me sorprendió decirlo sin que me costara, porque venía de un hombre que llevaba dos islas negándome su nombre y haciéndome juntarlo letra a letra como un crucigrama de los difíciles. Tomás, en cambio, me había dado el suyo en la primera frase, gratis, sin que yo tuviera que ganármelo. Reconozco que se agradece. Es descansado, un hombre que te dice cómo se llama.

—Pues bienvenida, Julia. —Señaló alrededor con el destornillador, abarcando la tienda entera—. Esto es lo que hay. Cuarenta relojes, cuarenta horas iguales y ni una sola máscara. Soy la vergüenza de la Junta de Aspectos.

—¿Y cómo es que la Junta le deja?

—No me deja. Me multa. —Abrió un cajón del mostrador, lleno hasta arriba de papelitos rosas, doblados y guardados con cuidado, como quien colecciona sellos o entradas de cine—. Tasa por arrugas, recargo por canas, suplemento por envejecer delante de la clientela.

Las pago todas, una por una. Me sale carísimo tener mi propia cara. Pero es la mía, y a estas alturas no me voy a poner la de otro.

Me cayó bien al instante, y eso a mí no me pasa. Soy de las que tardan tres años en decidir si alguien me cae bien, y aun así dejo el expediente abierto por si acaso. Pero aquel hombre, con su cajón de multas rosas y su cara honrada de cincuenta y tantos, se saltó mis tres años de prueba en cinco minutos.

Me dejó dar vueltas por la tienda. Toqué los relojes —de pared, de pie, de cuco, de bolsillo, de mesilla—, todos vivos, todos puntuales, todos diciendo la verdad sobre la hora en un pueblo que se pasaba el día mintiendo sobre la edad. Y en una esquina, sobre una repisa alta, vi uno que estaba parado.

Un reloj de pared, bonito, antiguo, de madera oscura, con las manecillas clavadas en las cuatro y diez.

—Ese atrasa —dije, por hacerme la entendida.

—Ese no atrasa. Ese está parado. —Tomás no levantó la vista de su trabajo—. Y va a seguir parado.

—¿No lo arregla? Con lo que le gusta a usted arreglar el tiempo. Es lo único que hace en la vida, por lo que veo.

—Arreglo el tiempo de todo el mundo. —Y por un segundo se le fue la risa de las arrugas, se le cayó como se cae una bufanda—. El mío lo dejo donde se paró. Las cuatro y diez. La hora a la que mi mujer dejó de necesitar saber qué hora era.

Pasó un trapo por el cristal del reloj parado, despacio, con un cuidado que no le había puesto a ningún otro, como se le quita el polvo a algo que no se quiere despertar del todo.

—Hay relojes —dijo— que es una falta de respeto ponerlos otra vez en hora.

No dije nada. Hay cosas que una respeta callándose, y yo, que me gano la vida guardando lo que la gente no se atreve a tirar, esa la conocía de memoria. Hay objetos que no son objetos. Son personas que ya no están, metidas en algo que sí se puede tocar.

—Lo siento —dije, al rato. Sin chiste. Cuando algo va en serio, a mí se me caen los chistes, ya lo he dicho.

—No lo sienta. Fue hace mucho. —Volvió a su reloj de bolsillo, y la sonrisa volvió a su sitio, más despacio que antes, como quien vuelve a una casa después de un susto—. Por eso no me pongo la máscara, ¿sabe? La gente de aquí se pone la cara de los veinticinco para que no

se le note lo que han vivido. Yo prefiero que se me note. Es lo único que me queda de ella.

—¿El qué?

—Las dos caras. La que yo tenía cuando la conocí, joven, idiota, sin una arruga. Y la que tengo ahora, de haberla perdido y haber seguido viviendo igual. Si me tapo las dos con una máscara de los veinticinco, ¿qué me queda? Un señor guapo sin historia. Y yo prefiero ser un señor con historia, aunque la historia tenga un reloj parado dentro.

Y ahí, en aquella relojería que no mentía, con un viudo amable arreglando el tiempo de todos menos el suyo, me pasó una cosa rara: me sentí a gusto.

A gusto de verdad. Calentita. Como cuando vuelves a casa en invierno y resulta que alguien ha dejado puesta la calefacción. Llevaba tantas islas a la intemperie —sacando amaneceres a campanazos, abriéndome puertas a limazos, peleándome con un hombre de ojos grises que sabía el color del vestido de mi madre y no me dejaba ni rozarle la mano— que el simple hecho de estar tranquila en un sitio cálido, con un café que olía a café, me supo a vacaciones. A las primeras vacaciones en mucho tiempo.

Metí la mano en el bolsillo, por costumbre, mientras él trasteaba con un muelle minúsculo. Y, sin darme cuenta, cerré los dedos alrededor de una llave de hierro vieja. La del cerrajero. La que me dio para que recordara que la tuve antes que nadie.

La solté como si quemara.

—¿Le pasa algo? —preguntó Tomás, que veía más de lo que decía.

—Nada. Manías de cataloguista. —Aparté la mano del bolsillo—. Oiga, ¿tiene algo que ordenar? Algo aburrido, repetitivo. Necesito hacer algo con las manos o me da por pensar, y pensar nunca me ha traído nada bueno; lo mío es archivar.

Tomás señaló, con la barbilla, una caja de cartón debajo del mostrador.

—Cartas devueltas —dijo—. Del correo matrimonial. Las que no se pudieron entregar: gente que se mudó, gente que dijo que no, gente que se murió esperando su sobre crema. El cartero de los corazoncitos las tira en un saco al final del día. Yo las recojo. Alguien tiene que guardar lo que no llega a su sitio.

Me agaché a por la caja como quien encuentra agua en mitad del desierto. Cartas. Sin reclamar. Mi especialidad. Mi idioma materno.

Las fui ordenando sobre el suelo de la tienda, por matasellos, por fechas, por destinatarios que ya no existían en ninguna parte, y durante un buen rato fui feliz a mi manera triste, que es la única manera de ser feliz que conozco bien. Cada sobre, un emparejamiento que no cuajó. Cada sello, una boda que se quedó por el camino. Tomás me dejó hacer, sin meterse, que es una de las cosas más bonitas que puede hacer un hombre: dejarte ordenar tus cosas en su suelo sin preguntarte para qué.

Y en uno de los sobres, en el matasellos medio borrado de una carta dirigida a un nadie que ya no estaba, había una letra grande, sola, mordida por la tinta:

A.

La miré un buen rato. En el bolsillo, junto al anillo y la llave del cerrajero, llevaba ya una etiqueta de equipaje con una A y, dentro de una pieza de cerradura que me había traído de la isla anterior, una M.

A. M. A.

—A este paso —murmuré— me sale media palabra.

—¿Decía algo?

—Que tiene usted un sistema de archivo lamentable —dije, y me guardé la cuenta de las letras para mí, porque alguien, en otra isla, con la mano izquierda a la que le faltaba un dedo, me había pedido que no las juntara. Y yo, que no le hago caso a nadie por sistema, por una vez en mi vida tenía miedo de tener razón.

Estuve toda la tarde en aquella relojería. Tomás me invitó a un café que sabía a café de verdad —no a la cosa aguada de las terrazas de la plaza, donde hasta el café llevaba su máscara—, me contó tres historias de relojes y media historia de su mujer, y no me pidió ni una sola vez que sonriera bonito, ni que me pusiera una cara que no era la mía, ni que firmara nada. A las cuatro y diez —la hora del reloj parado, la única que en aquella tienda no se movía nunca— se hizo un silencio cómodo, de esos que no hace falta correr a llenar.

Y entonces Tomás dejó el destornillador sobre el mostrador, me miró con su cara honrada de cincuenta y tantos años bien llevados, y dijo lo que llevaba toda la tarde rondándole por detrás de las arrugas.

—¿Y si se quedara?

—¿Cómo?

—Aquí. Conmigo. —Lo dijo sencillo, sin rodillas ni violines ni grandes discursos, como se ofrece una silla a alguien que lleva mucho

de pie—. No le prometo gran cosa, ojo. Una casa con muchos relojes y un señor que ya no es joven y que paga un dineral en multas por tener su propia cara. Pero le prometo dos cosas que valen más de lo que parecen: que aquí nadie la va a dejar por correo certificado, porque a mí los certificados me dan grima. Y que, si se queda, no se quedaría sola.

Tendría que haberme reído. Tendría que haber soltado una de las mías, algo afilado y rápido, y haber seguido ordenando cartas en su suelo.

Pero no me reí.

Por primera vez desde que la marea me sacó de un ferri y me convirtió en expediente, me quedé callada delante de una oferta de quedarme. Callada de verdad, sin chiste de repuesto. Y, que Dios me perdone, durante un segundo entero, con la mano otra vez en el bolsillo y los dedos sin saber si buscaban el anillo de un hombre que no me quiso o la llave de otro que sí, pero que se transparentaba, lo pensé. Lo pensé de verdad.

Capítulo 11 — La feria de los aspectos

La feria anual de la Junta de Aspectos era de asistencia obligatoria, y lo supe porque me llegó la invitación por correo certificado, con su acuse de recibo y todo, que en aquella isla era el único modo que tenían de comunicarte cualquier cosa, desde una boda hasta el horario de la basura.

—Baile de máscaras —leyó Tomás por encima de mi hombro, en la relojería, mientras yo firmaba el dichoso acuse—. Cómo no.

—¿Es obligatorio ir con la cara de otro?

—Es obligatorio ir. Lo de la cara lo dan por hecho. —Dejó la lupa en el mostrador—. Yo voy con la mía, como cada año, y me multan, como cada año. Tengo un cajón entero ya solo de multas de feria. Usted haga lo que quiera, pero le aviso de una cosa: en la feria, bailar con quien no figure en su expediente de idoneidad también es infracción. Aquí hasta el amor lo tienen tarificado por pieza.

—¿Y con quién se supone que tengo que bailar yo?

—Con quien le asigne Correos. Le habrá llegado en el sobre crema.

No le hice caso. Nunca le hago caso a nadie; es mi rasgo más constante, el único que no se me ha caído por el camino en seis islas.

Fui a la feria con mi cara cruda, mi abrigo con el número cosido a la manga y el bolsillo lleno de cosas de otros: el anillo de tres gramos y medio, la llave del cerrajero, una etiqueta con una A, una pieza de cerradura con una M, un matasellos con otra A. Medio inventario y media palabra. Me sonaba ya a algo, esa media palabra, pero seguía sin querer terminar de leerla.

La plaza estaba irreconocible. Faroles de colores, guirnaldas tendidas de balcón a balcón, simetría hasta en los puestos de buñuelos, que estaban colocados a distancias tan iguales que daban ganas de descolocar uno solo por fastidiar. Y la gente, toda con su máscara de los veinticinco, bailando en parejas perfectas, sonrisas idénticas, moviéndose a la vez como las figuritas de esos relojes suizos a los que alguien da cuerda. Daba gusto y daba grima a partes iguales.

Tomás apareció a mi lado con dos vasos de algo caliente, su cara de cincuenta y tantos al aire, el único rostro de verdad en todo aquel

mar de caras planchadas.

—¿Baila? —me ofreció, tendiéndome un vaso primero.

Y entonces lo oí.

Cuatro notas. Cinco.

La nana.

Se me cayó el alma a los pies y se me subió a la garganta a la vez, que es un viaje que solo hace el alma cuando vuelve cierta gente. Dejé el vaso en el primer sitio que pillé. La busqué entre la multitud, entre las máscaras idénticas, girando sobre mí misma como una idiota, y lo encontré: en una esquina, con un estuche de herramientas abierto a sus pies y una cara que no se molestaba en disimular absolutamente nada, había un hombre afinando los relojes de la feria uno por uno. Ojos grises, ese gris indeciso de antes de que salga el sol. Una cicatriz partiéndole la ceja izquierda en dos mitades que no acababan de coincidir.

Él.

Otra vez él.

—¿Conoce al afinador? —preguntó Tomás, siguiendo mi mirada con esa calma suya que lo veía todo.

—Es una larga historia con muy mal servicio postal —dije.

Crucé la plaza antes de decidir cruzarla. Es lo que me pasa con este hombre: las piernas deciden antes que yo, y cuando quiero darme cuenta ya estoy plantada delante.

—Usted no afina relojes —le dije.

—Hoy sí. —Cerró el estuche con el pie, sin dejar de mirarme—. Antes tocaba campanas y cortaba llaves. Voy ascendiendo en oficios inútiles a buen ritmo. —La boca se le curvó un poco y se le quedó así, a medias, como siempre que estaba conmigo—. Hola, Julia.

—Le falta medio nombre por darme y ya me saluda por el mío. Qué morro.

—Le falta a usted medio nombre por reunir —dijo, bajando la voz, acercándose un paso—. Y le pedí, en la isla de las llaves, que no lo reuniera.

—Llevo tres letras. A, M, A. Como sigan apareciendo, se me va a hacer una palabra sin permiso.

Algo le pasó por la cara. No era miedo, exactamente. Era más bien la prisa de quien ve que se le acaba el tiempo y no sabe en qué gastar lo poco que le queda.

—Déjelo a medias —dijo—. Una letra menos. Concédame esa, que no le cuesta nada y a mí me da otra isla.

—Llevo todo el viaje sin concederle nada. No estropeemos la racha.

La música cambió. Un vals lento, de esos que la Junta ponía para que las parejas idóneas lucieran simetría y se notara quién bailaba bien y quién pagaría recargo por pisar.

—Baile conmigo —dije.

—No figuro en su expediente de idoneidad. Es infracción de aspecto, de las gordas.

—Llevo todo el viaje cometiendo infracciones. Es lo único que se me da bien y no pienso jubilarlo ahora. —Le tendí la mano, ahí, en mitad de la feria, delante de todo el mundo—. Una vez. Antes de que se le ocurra otro oficio y desaparezca por una marea como hace siempre.

Miró mi mano. Miró la suya, la izquierda, la del dedo que le faltaba, que llevaba escondida en el bolsillo como siempre. Y, por una vez, contra toda norma suya y de la isla y del universo, la sacó del bolsillo y la puso en la mía.

Bailamos.

No sé bailar. Él tampoco, o hacía como que no, no fuera a notársele que llevaba practicando aquel vals conmigo en cada isla a la que yo llegaba. Pero nos movimos por la plaza entre las parejas de cera, su mano de cuatro dedos en mi cintura, la mía en su hombro, y por primera vez en todo el viaje no había un palmo entre los dos. No había norma, ni cerradura, ni campana muda, ni mostrador de por medio. Solo un hombre que olía a metal y a noche, tarareándome bajito la nana de mi madre al oído, tan cerca que sentí el roce de la cicatriz cuando ladeó la cabeza.

—Esto es muy mala idea —murmuró, sin dejar de movernos.

—La peor —dije—. Por eso me gusta.

—No debería mirarla así.

—Lleva tres islas sin hacerme caso en eso. No empiece ahora a portarse bien, que le queda fatal.

Se rió. Una risa de verdad, corta, baja, la primera que le oía entera, y juro que valió las tres islas y el ahogamiento de propina. Bajó la cara. Yo subí la mía. El palmo de siempre se hizo medio palmo, un dedo, nada. Tenía sus ojos grises tan cerca que les vi el fondo, ese color de amanecer que aún no llega, y por una vez, por una

vez en seis islas, pensé que iba a saber a qué sabe un imposible cuando deja de serlo.

Y entonces, por encima de su hombro, lo vi.

El espejo grande de la feria. El que la Junta ponía en mitad de la plaza para que la gente comprobara, entre baile y baile, que la máscara seguía recta. En él se reflejaba todo: los faroles, las parejas de cera, las guirnaldas, Tomás al fondo mirándonos con una cara que me dolió ver de reojo. Me reflejaba a mí, bailando.

Bailando sola.

Porque en el espejo, donde tendría que haber estado él —con su estuche, su cicatriz, su mano en mi cintura—, no había nadie. Mis brazos rodeaban un hueco de aire. Mi cara subía hacia un hombre que el cristal se negaba, sin más, a reconocer.

Me quedé helada en mitad del vals. Él notó que me quedaba helada, siguió mi mirada hasta el espejo y vio lo que yo veía: que ya no tenía reflejo. Que el cristal lo había borrado.

Se separó de mí. Despacio. El medio palmo se volvió palmo, y el palmo, metro, y el beso que no llegó a ser se quedó donde se quedaban todos los nuestros: en el casi.

—¿Qué le está pasando? —pregunté, con una voz que no reconocí como mía.

—Lo que les pasa a las cosas cuando insisten en estar donde no deben. —Recogió el estuche del suelo—. Primero el año, en la isla del alba. Después un dedo, en la de las llaves. Ahora el reflejo. No es grave. Todavía.

—¿Todavía? Deje de decir "todavía", que cada vez que lo dice se me hiela algo.

—Una letra menos, Julia, se lo pido —dijo, ya retrocediendo, perdiéndose de espaldas entre las máscaras idénticas—. Cada vez que me reconoce del todo, me cuesta un poco más. Y se me está acabando el poco.

Iba a ir tras él. Lo juro. Tenía ya el pie levantado.

Pero una mano se posó en mi hombro. Firme. Oficial. Y una voz que no había oído nunca —tersa, amable, de las que dan más miedo cuanto más amables son— dijo a mi espalda:

—Expediente 4471. Qué oportuno encontrarla aquí, y tan acompañada.

Me di la vuelta.

Era una mujer impecable, con la máscara más lisa que había visto en toda la isla, tan perfecta que ya no parecía una cara joven, sino directamente la ausencia de cualquier cara, un óvalo liso donde tendría que haber rasgos. Llevaba una carpeta bajo el brazo y un sello en la otra mano, ya destapado, goteando una gota de tinta azul. En la solapa, una chapita pulida: INTERVENTORA.

—Tenemos que hablar, usted y yo, de las cosas que va dejando rotas por donde pasa —dijo, sonriendo sin que se le moviera la cara —. Campanas que no se tocaban. Puertas que no se abrían. Y de su afinador, claro. Pero eso —miró hacia donde él había desaparecido— mejor cuando no nos oiga. Es de mala educación amortizar a alguien delante de quien le tiene cariño.

Y, antes de que yo pudiera abrir la boca, me cogió la mano y me selló el dorso, encima de la marca vieja del funcionario de la playa, con una tinta nueva, azul, que escocía como si me hubieran puesto encima algo que no se iba a quitar lavando.

Capítulo 12 — La oferta de quedarse

La Interventora me había dejado la mano marcada y la cabeza peor.

"Tenemos que hablar de su afinador", había dicho, con esa sonrisa de cara que no era cara. Y luego se había esfumado entre las máscaras, como se esfuman en este viaje todos los que tienen algo importante que decirme: justo antes de decirlo. Empezaba a pensar que era una técnica. Que en aquella Oficina les enseñaban a desaparecer en mitad de la frase para dejarte rumiando la otra mitad.

Me froté el dorso de la mano. La tinta nueva no se iba. Azul, encima de la marca borrosa del funcionario de la playa, como una firma sobre otra firma, como si me estuvieran pasando de un departamento a otro.

Así que volví a lo único que en aquella isla no se esfumaba. Volví a la relojería.

Tomás estaba cerrando, bajando una persiana metálica que chirriaba con educación, igual que él. Al verme llegar, la subió otra vez sin preguntar, sin un "¿qué haces aquí a estas horas?", sin nada. Solo la subió.

—Café —dijo—. Tiene usted cara de café.

—Tengo cara cruda. Me lo recuerdan a todas horas en esta isla.

—Tiene cara de día largo. Es distinto, y no se paga recargo. —Puso la cafetera al fuego—. ¿La feria?

—La feria —confirmé, y me senté entre los cuarenta relojes que daban la misma hora y el único que se había parado a las cuatro y diez.

No le conté lo del espejo. No le conté que había bailado un vals con un hombre al que el cristal se negaba a reflejar, ni que ese hombre iba perdiendo el año, el dedo, el reflejo, como quien va dejando propinas por el gusto de estar conmigo un rato. No le conté que una mujer impecable, con la cara más lisa del mundo, me había sellado la mano y se había llevado, sin decírmela del todo, una amenaza envuelta para regalo.

A Tomás no se le cuentan esas cosas. A Tomás se le cuenta que el café está bueno, y se deja una querer un rato por un hombre que no

te va a complicar la vida.

—El café está bueno —dije.

—Es de verdad. Como todo lo de aquí. —Se sentó enfrente, con su cara honrada de cincuenta y tantos y sus arrugas sin pagar—. Julia, ¿pensó lo que le dije ayer?

Y ahí estaba. La oferta de quedarse, otra vez sobre la mesa, entre dos tazas de café de verdad.

Lo había pensado. Vaya si lo había pensado. Me había imaginado la vida entera en ese renglón, como quien prueba un abrigo que le viene bien y es de su talla: levantarme cada mañana en una casa con cuarenta relojes puntuales, desayunar con un hombre bueno que jamás me dejaría por correo certificado, envejecer a cara descubierta, sin máscaras y sin mareas, en un sitio cálido donde nadie me llamara expediente ni me sellara la mano. Una vida tibia, segura, posible. Verdadera. La vida que, tres semanas y unas cuantas islas atrás, le habría arrancado las manos a quien me la ofreciera.

—Tomás —dije—. Es usted lo mejor que me ha pasado en todo este viaje. Y mire que en este viaje me han pasado cosas.

—Eso suena a "no".

—Es que es un "no". Pero es un "no" con muchísimo respeto, si eso sirve de algo.

Asintió despacio. Y por un segundo creí que se lo había tomado bien, con esa calma de relojero que ve venir las horas.

Por un segundo.

Porque entonces dejó la taza en la mesa, con cuidado, y cuando volvió a hablar la voz le salió por un sitio que no había usado conmigo en toda la isla.

—¿Sabe lo que llevo sin decirle a nadie "quédese"? —dijo, y no me miraba a mí, miraba el reloj parado—. Veinte años. Veinte años abriendo la persiana cada mañana por si entraba alguien que me diera ganas de decirlo. Y entró usted, con su cara cruda y su notificación de boda, y se lo dije. La primera vez en veinte años. —Levantó la vista, y no había reproche, que habría sido más fácil; había solo un hombre al que le acababan de devolver algo a la cara—. Así que perdone que no le ponga buena cara al "no". Sé que es el bueno. Pero me ha costado dos décadas atreverme a pedirlo, y usted lo ha rechazado en lo que se tarda en beber un café. Déjeme al menos que me escueza un minuto.

Y se me cerró la garganta, porque tenía toda la razón. Yo, que sé exactamente lo que pesa un acuse de recibo en las manos, le acababa de mandar uno con la boca.

—Tómese el minuto —dije, bajito—. Se lo ha ganado. Y no voy a hacer ninguna gracia mientras dure, que ya sé que es lo que querría usted que hiciera para soltarme antes.

Se rió, a su pesar, una risa corta y húmeda. El minuto se le pasó en esa risa, que es lo bueno de la gente buena: que ni el escozor les dura mucho.

—Ya está —dijo—. Pregunto, entonces. Por qué. No para discutirlo, que no soy de discutir. Para guardarlo. Me gusta entender las cosas que se me van.

Me lo pensé bien, porque se lo merecía bien pensado, no una de mis salidas rápidas.

—Hace tres semanas —dije— me dejaron a dieciséis días de la boda. Por correo certificado, con acuse de recibo, para que firmara yo misma que me estaban dejando. Y ¿sabe lo que pensé? No pensé "qué pena". Pensé: "se me ha pasado el tren, ya no me va a querer nadie, más vale que agarre lo primero que pase para no quedarme sola en el estante". —Di un sorbo al café—. Esa Julia, la de hace tres semanas, le dice que sí sin respirar. Le dice que sí a usted y a cualquiera que le prometa una casa caliente. No por usted. Por miedo. Por no quedarse sin reclamar.

—No es el peor motivo del mundo para quedarse con alguien —dijo, con suavidad—. La mitad de los matrimonios de esta isla se hacen por menos.

—Es el peor de todos. —Y lo dije sin dudarlo, porque por una vez no dudaba—. Lo he ido aprendiendo a base de tonterías por las islas. En una toqué una campana porque estaba harta de esperar a que amaneciera sola. En otra me limé yo misma una llave, porque resulta que no era media persona, que estaba entera desde el principio y nadie me lo había dicho. Resulta que no se me había pasado ningún tren, Tomás. Resulta que el tren lo conducía yo, y llevaba años parada en el andén pidiéndole permiso a un revisor que no existía.

—Vaya descubrimiento para hacerlo ahogándose en seis islas.

—Los buenos descubrimientos se hacen siempre incomodísima. Si no, no son de fiar. —Lo miré—. Y si me quedo con usted, que es bueno, que es de verdad, que sería fácil y caliente y sin sobresaltos... me quedaría por lo cómodo. Y usted no se merece ser el sitio cómodo

de nadie. Se merece que alguien se quede por usted. No por miedo a lo otro.

Tomás se quedó callado un rato. Fuera, la plaza se iba vaciando de máscaras que volvían a sus casas a quitárselas en la intimidad; dentro, los cuarenta relojes seguían a lo suyo, contando la verdad.

—¿Y lo otro qué es? —preguntó al fin—. Porque hay un "lo otro", Julia. Se le nota desde que entró por esa puerta el primer día con la mano metida en el bolsillo como si guardara una brasa.

No le contesté con palabras. Pero metí la mano en el bolsillo, despacio, y cerré los dedos alrededor de la llave de hierro del cerrajero. La que me dio para que recordara que la tuve antes que nadie.

—Lo otro —dije— es imposible. Literalmente. Pierde el reflejo, se le caen los dedos de uno en uno y no me da ni su nombre. Llevo tres letras de cinco y me costó sangre.

—Vaya partidazo.

—Lo sé. —Y me reí, y él se rió, y fue una risa triste pero limpia, de las que no dejan resaca al día siguiente—. Créame que preferiría que fuera usted. Me ahorraría disgustos. Sería todo mucho más sencillo, más barato y más seco.

—El amor —dijo Tomás, recogiendo las tazas con cuidado— nunca elige lo más sencillo. Si lo eligiera, yo no llevaría veinte años con un reloj parado en las cuatro y diez. Habría puesto otro encima, uno que funcionara, y a vivir.

Se levantó. Fue hasta la repisa alta, descolgó el reloj parado —el de su mujer, el de la hora que no quería volver a mover— y me lo puso en las manos.

—No —dije, devolviéndoselo de un empujón suave—. Ese no. Ese es suyo. Es lo único suyo que hay en esta tienda.

—Por eso. —Me cerró los dedos alrededor del reloj, igual que había hecho otro hombre en otra isla con una llave, y por un momento los dos gestos se me mezclaron en la memoria, el del relojero y el del cerrajero, dos hombres cerrándome la mano sobre algo que querían que me llevara—. Lléveselo. Para que recuerde, cuando dé por fin con su imposible, a qué hora dejó usted de tener miedo. —Sonrió, con todas sus arrugas a la vez—. Cuatro y diez. No es mala hora para empezar de cero. A mí se me paró ahí el mundo; a lo mejor a usted se le pone en marcha.

Lo abracé. Olía a aceite de relojes y a café de verdad, a las dos cosas a la vez, y por un segundo entendí con todo el cuerpo la vida que estaba rechazando, lo caliente y lo buena que era, y la rechacé igual, que es la única manera de que un "no" valga algo: rechazar lo que de verdad te tienta.

—Gracias por la cara —le dije al oído—. Por enseñármela. Por no taparse. Es la única cosa de verdad que he visto en esta isla, y mira que llevo aquí días.

Salí a la plaza con dos relojes encima. El anillo de tres gramos y medio, que mide cuánto pesa lo que no me supieron querer. Y el reloj parado de Tomás a las cuatro y diez, que mide otra cosa, una que todavía no sabía nombrar pero que pesaba distinto, más cálido, en el otro bolsillo.

La marea me estaba esperando al final de la calle. Subía despacio, lisa y negra, sin la prisa de otras veces, como si por una vez tuviera la decencia de dejarme despedirme bien.

Miré atrás una última vez. Tomás, en la puerta de su relojería, con la cara al aire bajo los faroles de la feria que ya recogían, levantó una mano. No la de pedirme que me quedara. La de desearme suerte, que es una mano distinta y se nota.

—¡Oiga! —me gritó, cuando ya me llegaba el agua a las rodillas—. ¡Su imposible! ¿Cómo se llama?

—¡No lo sé! —le grité de vuelta—. ¡Me faltan dos letras!

—¡Pues vaya a por ellas, mujer! ¡Que para eso es usted la que cataloga!

Y el agua me cubrió con esa orden todavía en los oídos, la mejor que me habían dado en todo el viaje, y la única —me di cuenta entonces, hundiéndome con un reloj parado apretado contra el pecho— que pensaba obedecer.

Capítulo 13 — La torre de las mareas

La marea me dejó en la isla más sola del mundo, y eso que yo había estado ya en una donde la gente envejecía en los balcones esperando un amanecer que no llegaba.

Aquí no había balcones. No había plaza, ni puertas, ni relojería, ni gente con la cara de otro. No había, de hecho, gente. Había una roca pelada en mitad del mar, sin un árbol, sin una mata, sin una gaviota que rompiera el silencio, y en la roca, un faro. Uno solo. Alto, blanco y negro, con la linterna apagada allá arriba, esperando una noche que no se sabía cuándo iba a venir para avisar a unos barcos que, sospeché enseguida, no venían nunca a aquella roca dejada de la mano de todo.

Hice inventario, que es lo que hago cuando un sitio me da miedo y no quiero reconocerlo ni delante de mí misma.

En los bolsillos: el anillo de tres gramos y medio. La nota de tres líneas que ya no servía ni para limpiarse las gafas. La llave de hierro de un cerrajero que me la dio para que recordara que la tuve antes que nadie. Una etiqueta con una A, una pieza de cerradura con una M, un matasellos con otra A. Y, debajo del brazo, apretado, el reloj parado de Tomás, marcando para siempre las cuatro y diez, la hora a la que un viudo bueno dejó de querer saber qué hora era.

Tres letras y dos relojes. Medio nombre y medio corazón. No estaba mal para una mujer a la que dejaron por correo hace mes y pico.

En el dorso de la mano, encima de la marca vieja del funcionario de la playa, llevaba el sello nuevo de la Interventora, el azul que me había puesto en la feria. Escocía. "Tenemos que hablar de su afinador", había dicho. Llevaba dos islas esperando esa conversación con el mismo entusiasmo con el que se espera una endodoncia un lunes por la mañana.

Y, a mi lado, fiel como una mala noticia, la maleta.

—Bueno —le dije—. Aquí estamos otra vez. Tú, yo y ningún sitio donde sentarse a quejarse.

Tiré de la cerradura por costumbre, sin ninguna fe, como se prueba un boli que ya sabes que no pinta, solo por darle la

oportunidad de demostrarte que tienes razón.

Y la maleta se abrió.

Se abrió ella sola, con un clac educado, igual que el cartel de la primera playa había prometido seis islas atrás, con sus letras que un día fueron doradas: *no intente abrirla, se abrirá ella*. Me quedé mirándola con la boca abierta, porque llevaba todo el viaje cargando con aquel trasto que no cedía ni con buenas palabras ni con malas ni con golpes secos de la palma, y ahora, en la roca más sola del mundo, sin que yo le pidiera nada, decidía por fin colaborar.

Dentro no había ropa. Ni provisiones. Ni una toalla, ni un cepillo, ni nada de lo que metería una persona normal en una maleta para sobrevivir a seis naufragios seguidos.

Había un libro.

Uno solo. Grueso, pesado, encuadernado en ese mismo color que no existe en la naturaleza ni en las tiendas, con letras gastadas en la tapa: REGLAMENTO INTERNO. OFICINA DE NAUFRAGIOS SENTIMENTALES. USO RESTRINGIDO.

Me senté en la roca con el libro en el regazo y lo abrí, porque si hay algo que sé hacer en esta vida —además de catalogar paraguas y rechazar a relojeros buenos— es leerme la letra pequeña que nadie se lee.

Y por primera vez en todo el viaje, las cosas empezaron a tener una forma. Una forma horrible, pero una forma, que es más de lo que había tenido nada hasta entonces.

Artículo 1 —leí—. *La Oficina procesa expedientes. Se entiende por expediente toda persona que llega a la Oficina con el corazón roto y sin reclamar.*

Yo. Expediente 4471. Sin reclamar. Gracias, artículo 1, por el resumen de mi vida en una línea.

Artículo 4. El procesamiento se efectúa mediante mareas. Las mareas conducen al expediente, isla por isla, a través de un circuito de tránsitos correctivos, hasta que el expediente queda saneado y puede desembarcar en su orilla óptima.

Tránsitos correctivos. La ciudad del alba que no llegaba. El pueblo de las medias personas. La isla de las caras de mentira. No eran sitios raros porque sí. No eran mala suerte ni casualidad. Eran tratamientos. A mí me habían estado curando algo, isla a isla, a campanazos y limazos y cafés con un viudo, sin pedirme opinión ni una sola vez, sin que yo firmara el consentimiento.

—Qué considerados —dije en alto, a la roca, que era mi única interlocutora y la mejor que había tenido en días, porque al menos no se esfumaba a media frase—. Me operan sin anestesia y sin avisar. Si esto fuera mi oficina, ya les habría caído una reclamación por triplicado.

Seguí pasando páginas. Y entonces llegué al capítulo que me cambió el cuerpo de sitio, que me revolvió por dentro lo que llevaba seis islas intentando archivar como ruido.

Artículo 11. Las mareas no son fenómenos naturales. Son operadas. Cada faro de la Oficina aloja a un Mareógrafo, encargado de mover las mareas que conducen a los expedientes a su destino.

Artículo 12. El Mareógrafo es personal no retornable. Una vez asignado a la linterna, no puede abandonarla. Es la condición del cargo y no admite excepciones.

Artículo 13. Queda terminantemente prohibido que un Mareógrafo se encariñe de un expediente. El expediente está de paso. El Mareógrafo, no. El encariñamiento se considera avería grave.

Releí el artículo 13 tres veces. Una por cada letra de su nombre que ya tenía.

Las mareas que me arrancaban de cada isla justo cuando algo empezaba a doler bonito, justo cuando tocaba a un hombre o casi lo besaba, no eran mala suerte. No eran el mar haciendo de mar. Las movía alguien. Alguien desde un faro. Alguien que tenía prohibido, por escrito, en letra pequeña, en el artículo trece, encariñarse de gente como yo. Y que, a juzgar por los dedos que iba perdiendo, llevaba un tiempo incumpliendo su propio reglamento.

Cerré el libro de golpe. Lo metí en la maleta, que esta vez se dejó cerrar mansa como un gato satisfecho, como si su trabajo de toda la travesía —traerme hasta aquel libro, hasta aquella roca— ya estuviera hecho y pudiera por fin descansar.

Y eché a andar hacia el faro.

La puerta de abajo estaba abierta. Dentro, una escalera de caracol subía y subía, de hierro, gastada en el centro de cada peldaño por unos pies que llevaban subiéndola y bajándola más años de los que yo quería contar. Empecé a subir. Conté los escalones, claro, que es mi enfermedad: doscientos doce. Los mismos que tenía mi oficina de estanterías de arriba abajo. Me reí sola, una risa fea de tan cansada,

porque el universo, cuando quiere hacerte un guiño, no tiene ninguna delicadeza con el momento que elige.

A mitad de la torre, lo oí.

Cuatro notas. Cinco.

La nana.

Venía de arriba, de la linterna, bajando por el hueco de la escalera como baja el agua por una tubería, llenándolo todo. Y me agarré a la barandilla de hierro porque las piernas, que con este hombre siempre deciden antes que yo, querían subir los últimos escalones de tres en tres y plantarme arriba sin aliento ni dignidad.

No lo hice. Subí despacio, contando, respirando. Una tiene su orgullo, aunque le quede poco y lo lleve, como yo, en el bolsillo entre las cosas de otros.

La linterna era una sala redonda toda de cristales, con la lámpara enorme apagada en el centro y, alrededor, una máquina que no había visto en mi vida: un mecanismo de bronce y palancas y diales, con marcas grabadas de PLEAMAR y BAJAMAR y una rueda grande con muescas, gastada, que olía a sal y a aceite y a soledad de muchísimos años, de los que no se cuentan.

Y de espaldas a mí, con la mano puesta en aquella rueda, moviendo el mar de una isla entera con el gesto cansado de quien ficha cada mañana en un trabajo que lleva siglos odiando, había un hombre.

Dejó de tararear.

—Llega tarde —dijo, sin volverse.

Como en la primera isla. Exactamente como en la primera isla, la noche del farol y la campana que no se atrevía a tocar.

—Acabo de llegar —contesté, también como entonces—. Es mi frase, esa. No me la robe ahora, que la tengo registrada.

Se volvió.

Ojos grises, el gris indeciso de antes del alba. La cicatriz partiéndole la ceja izquierda en dos mitades que no acababan de coincidir. La mano izquierda con cuatro dedos, posada todavía en la rueda de las mareas. Mi sereno. Mi cerrajero. Mi afinador. El hombre que sabía el color del vestido de mi madre y no me daba su nombre.

Pero esta vez no dijo "no debería conocerla". No dijo "es imposible". No buscó la coartada de siempre, esa que llevaba poniendo entre los dos desde la primera noche como quien pone un palmo de calle vacía entre dos balcones.

Esta vez me miró de frente, con el mar entero parado en su mano, y dijo la verdad por primera vez en seis islas.

—Ya lo sé que acaba de llegar —dijo—. La he traído yo.

Capítulo 14 — El guardián

—La he traído yo.

Tres palabras. Llevaba seis islas esperando que aquel hombre dijera una verdad entera, y cuando por fin soltó una, me dieron ganas de devolvérsela por correo certificado.

—¿Que me ha traído usted? —Avancé un paso por la linterna—. ¿A todas las islas? ¿La marea que me sacó del ferri, la que me arrancó de la campana, la que me ahogó en el pueblo de las caras de mentira? ¿Esas mareas?

—Esas mareas.

—¿Y la rueda esta —señalé el mecanismo de bronce, las palancas, los diales de PLEAMAR y BAJAMAR— es el mando a distancia de mi vida?

—Es el mando a distancia de muchas vidas. La suya, últimamente, me ocupa más de lo reglamentario. —Apartó la mano de la rueda, como si quemara—. Lo pone en el libro que ha leído. Artículo trece.

—El de "prohibido encariñarse del expediente".

—Ese.

—¿Y usted lo cumple?

No me contestó. Y un hombre que no contesta a esa pregunta la contesta mejor que con cualquier palabra.

—Lleva seis islas moviéndome el mar para verme llegar —dije, atando cabos en voz alta, que es como ato yo los cabos—. Y cada vez que me ve llegar, pierde algo. El año. El dedo. El reflejo. ¿Me equivoco?

—No se equivoca. Cuenta usted demasiado bien.

—Es mi oficio. —Tragué—. Entonces yo le salgo carísima.

—Es la mejor manera que tengo de gastar lo que me queda —dijo, y lo dijo tan tranquilo, como quien comenta una factura razonable, que tardé un segundo en encajar el golpe.

Fuera, el cielo, que ya venía cargado, reventó. No una tormenta normal: una de esas que parecen tener algo personal contra el faro. El mar se levantó en muros negros, el viento aulló por los cristales de la linterna como si quisiera entrar a por alguien, y la lluvia entró de lado, buscando algo.

—No va a poder bajar —dijo él, mirando la galería azotada—. Ni va a venir ninguna marea con este temporal. Las mareas, con tormenta, no se mueven. Es lo único que esta isla respeta.

—¿Cuánto dura?

—Tres días. Siempre dura tres días.

Tres días. Encerrada en una torre, en mitad del mar, con el único hombre del universo que me sabía el color del vestido de mi madre y se negaba a darme su nombre.

—Genial —dije—. Justo lo que necesitaba. Una escapada romántica con un funcionario translúcido.

—Todavía no soy translúcido.

—Lo de "todavía" lo dice mucho. Empieza a preocuparme su uso del "todavía".

—Es la palabra más honrada que tengo. Todo lo demás que le diga sería mentir, y a usted no le miento. Es lo único que me reservo: no mentirle a usted. A los demás expedientes les he mentido siempre, por su bien. A usted, ni una vez.

—Pues qué detalle. Un hombre que no me da su nombre pero no me miente. Voy mejorando de novios.

Y ahí, por fin, sonrió. Entera. La segunda sonrisa de verdad en catorce capítulos de mi vida, y juro que la apunté en el inventario con fecha y hora, porque pensé que igual no había una tercera.

Resulta que convivir tres días con alguien lo cambia todo, aunque ese alguien lleve un siglo moviendo mareas y no proyecte reflejo.

Aprendí cosas. Que dormía poco y mal, en una hamaca al pie de la lámpara, por si había que corregir una marea de madrugada. Que hacía un café espantoso, aguado y amargo a la vez, una proeza, y lo servía con una solemnidad que lo empeoraba. Que cuando creía que no lo miraba se quedaba quieto observándome ordenar la linterna, con una cara rara, la de quien mira algo que sabe que va a echar de menos. Que tenía, en un cajón bajo la lámpara, un cuaderno donde anotaba todas las mareas que había movido en su vida, con fecha, altura y destino, una por una, miles, con una letra antigua y minúscula de funcionario aplicado.

Lo abrí sin permiso, claro. La intimidad de un hombre, para mí, empieza por su archivo.

—Esto es un libro de registro —dije.

—Es una bitácora.

—Es un libro de registro con ínfulas de mar. Yo tengo uno igual. Anoto paraguas, dentaduras, una pierna ortopédica, la urna de Eustaquio. Usted anota mareas. —Pasé las páginas, sobrecogida sin querer ante tanto número, tanta vida ajena empujada de orilla en orilla—. Somos el mismo desastre, ¿se da cuenta? Dos personas que se pasan la existencia apuntando lo que llega y lo que se va, para que por lo menos quede constancia de que estuvo aquí. Dos archiveros de la soledad de los demás.

Me quitó la bitácora de las manos, despacio, con la izquierda, la de los cuatro dedos.

—La diferencia —dijo— es que a su oficina la gente vuelve a veces. A buscar el paraguas, a llevarse a Eustaquio, a reclamar lo suyo. A la mía no vuelve nadie. Las mareas que muevo se llevan a la gente a su orilla, la dejan allí feliz, y ya no las vuelvo a ver. Llevo toda la vida despidiéndome de expedientes en el momento exacto en que empezaban a caerme bien. —Cerró el cuaderno con cuidado—. Por eso existe el artículo trece. No es crueldad, Julia. Es piedad. Para que no duela cada despedida como duele…

Se calló.

—¿Como duele cuál?

—Buenas noches, Julia.

—Son las cuatro y diez de la tarde. Lo dice el reloj parado que llevo en el bolsillo, que para una vez que un reloj no miente, lo aprovecho.

Sacó la cabeza de aquella conversación como se saca un pie de un cepo, con cuidado de no dejarse nada. Y yo le dejé escapar, porque tres días dan para mucho y no hay que gastárselo todo el primero. Lo aprendí esperando colas: el que tiene prisa por llegar al fondo de una persona se queda siempre en la superficie.

La segunda noche me enseñó a leer las mareas.

Me puso la mano —la buena, la derecha— sobre la rueda de bronce, encima de la suya, y me enseñó a notar el tirón del mar en las muescas, ese latido que subía por el metal frío y te decía si el agua quería subir o bajar, como se le toma el pulso a una muñeca.

Estábamos muy juntos. Su pecho en mi espalda, su mano sobre la mía, su voz en mi oreja explicándome pleamares como quien recita una nana a una niña que no quiere dormirse.

—Note el tirón —dijo—. ¿Lo nota? Eso es el mar pidiendo subir. Usted no manda sobre el mar. Solo le da permiso un poco antes de tiempo, o un poco después. Eso es todo lo que hace un mareógrafo: elegir el cuándo. Nunca el qué.

—Como un cataloguista —dije—. Yo no decido lo que pierde la gente. Solo decido en qué estante lo pongo y cuánto lo guardo.

—Exacto. —Su voz, muy cerca—. Por eso la entiendo a usted mejor que a nadie que haya pasado por mis mareas. Hablamos el mismo idioma. El de los que cuidan lo que otros sueltan.

Y entonces, sin darse cuenta, empezó a tararearla. La nana. La de mi madre. La de la habitación con la lámpara baja y la colcha de cuadros.

—La canta entera —dije, sin moverme, sin respirar apenas, por no espantar el momento.

—Es la única que me sé.

—¿De dónde la sacó?

—No lo sé. —Y por una vez le creí del todo, porque lo dijo igual de perdido que yo cuando me preguntan por qué guardo la urna de un desconocido—. Siempre la he sabido. Como sé el azul del vestido de su madre. Como sé que duerme con la luz del pasillo encendida. Hay cosas de usted que llevo sabiendo desde antes de conocerla, Julia, y no sé de dónde me vienen ni a quién preguntárselo, y le juro que es lo más parecido a un milagro y a una condena que me ha pasado en una existencia que ya es larga.

La cantó hasta el final, entera, por primera vez en seis islas, con la boca pegada a mi pelo y el mar entero rugiendo fuera contra los cristales. Y yo, que llevaba treinta y cuatro años sin que nadie me cantara esa canción —desde que mi madre dejó de poder cantármela, una noche de hospital con la lámpara baja de verdad—, me quedé muy quieta, dejándome cantar, catalogando cada nota por si era la última. Porque con este hombre todo podía ser lo último. Era la condición de quererlo: que cada cosa buena viniera ya con su etiqueta de despedida puesta.

Fue al tercer día, ordenando el mecanismo —porque ordenar es lo que hago cuando una emoción me viene grande y no me cabe—, cuando encontré la letra.

Estaba grabada en el eje del haz, en el cilindro de bronce que giraba la luz, con esa caligrafía antigua que ya nadie enseña. Una sola. Limpia. Esperándome, como todas las demás.

R.

Saqué del bolsillo lo que llevaba guardado de seis islas. La etiqueta con la A de la ciudad del alba. La pieza de cerradura con la M de la isla de las llaves. El matasellos con la otra A de la relojería de Tomás. Y ahora, la R, del corazón mismo del faro.

Las puse en fila sobre la repisa de la linterna, a la luz del haz que barría la sala.

A. M. A. R.

—Amar —leí en voz alta, antes de poder evitarlo. Antes de pensarlo.

Detrás de mí, el guardián se quedó muy quieto. Hasta el mar pareció bajar la voz un segundo.

—Le pedí que no las juntara —dijo, bajito.

—No las he juntado. Me las he encontrado. Es distinto. —Pero las miraba, y él me miraba mirarlas, y los dos sabíamos perfectamente que cuatro letras así, en ese orden, en esa torre, formando justo esa palabra, no eran ninguna casualidad de archivo—. Le falta una. Una letra y tengo su nombre entero.

—Y el día que lo tenga —dijo, acercándose, y la voz se le puso ronca de algo que desde luego no era el café malo— ya no podrá fingir que no me conoce. Ni yo podré fingir que la traigo a las islas por trabajo. Que no la traigo a cada una solo por el gusto, egoísta y prohibido, de volver a verla llegar mojada y respondona y entera.

Me di la vuelta.

Estábamos cerca. Más cerca que en el baile de la feria, más cerca que sobre la cerradura del taller, más cerca de lo que habíamos estado nunca en seis islas de palmos y campanas y normas y mostradores. Y por una vez no había Junta, ni Gremio, ni registradora con dedal, ni marea esperando abajo para arrancarme. Solo la tormenta fuera y nosotros dos dentro de una torre de cristal, con cuatro letras sobre la repisa que decían "amar" y un palmo que, por primera vez en todo el viaje, nadie nos prohibía cruzar.

Lo crucé yo. Porque las piernas, con este hombre, deciden antes que yo, y esta vez decidieron por las dos a la vez.

Le puse la mano en el pecho. Le subí la cara. Él bajó la suya, despacio, con la respiración rota, y me sujetó la nuca con la mano de los cuatro dedos como quien sostiene algo que lleva un siglo entero queriendo sostener y no se atrevía, y el medio palmo se hizo un dedo, y el dedo, nada, y por fin, después de seis islas de "casi", por fin—

Y entonces lo vi.

A la luz del haz, que en ese instante barrió la linterna de lado a lado, lo vi.

El mar.

Detrás de él. A través de él. Por los hombros, por los brazos que me rodeaban, por el pecho mismo donde yo tenía la mano apoyada: la luz del faro lo atravesó como atraviesa un cristal sucio, y al otro lado, donde tendría que haber estado su espalda, su nuca, su cuerpo, vi la tormenta. Las olas negras. El cielo roto. Todo, a través de él.

Se estaba transparentando. En mis brazos. Justo ahí, justo entonces. Cuanto más lo abrazaba, más se le veía el mar de detrás, como si abrazarlo lo fuera borrando.

Me quedé helada con los labios a un suspiro de los suyos.

—No —susurró él, y se apartó, sin prisa ninguna, que fue mil veces peor que si hubiera salido corriendo—. Por eso no, Julia. Por eso nunca. —Se miró las manos, que la luz seguía atravesando como si ya casi no estuvieran—. Cada vez que me acerco a usted, me cuesta un poco. Primero el año. Después el dedo. Después el reflejo. Y ahora, fíjese… —dejó la frase a medias, mirándose el cuerpo que empezaba a no estar del todo—. Si la beso, no sé cuánto de mí queda después. A lo mejor nada. A lo mejor el beso más caro de la historia.

—Entonces no se acerque tanto y ya está —dije, con la voz hecha trizas—. Quédese a un palmo. He vivido seis islas a un palmo de usted. Aprendo a vivir a un palmo para siempre. Soy muy apañada, ya me ha visto, limo llaves y todo.

—Usted no sabe vivir a un palmo de nada. Es lo que más me gusta de usted. Cruza todos los palmos que le ponen delante. Y es, exactamente, lo que va a matarme.

Iba a contestarle. Tenía algo afilado preparado, de los míos, porque cuando me rompen por dentro lo que me sale por fuera son chistes, es mi sistema de alcantarillado emocional.

No me dio tiempo.

Porque debajo de nosotros, en la base del faro, donde tres días de tormenta habían tenido el mar quieto y respetuoso, el agua empezó a moverse.

A subir.

El guardián se giró hacia la rueda de bronce de golpe, con la cara descompuesta, y miró los diales como quien mira un electrocardiograma que se dispara solo.

—Eso no lo he hecho yo —dijo.

—¿Qué?

—La marea. Está subiendo. Con tormenta. Eso no puede pasar; es lo único que esta isla no permite. —Levantó hacia mí los ojos grises, y por primera vez desde que lo conocía vi en ellos algo que no había visto nunca, ni en el sereno, ni en el cerrajero, ni en el afinador: miedo de verdad—. Y yo no la he movido, Julia. La está moviendo otra persona. Alguien con más rango que yo. Y solo hay una persona en toda la Oficina con más rango que un mareógrafo.

Capítulo 15 — Lo que hace el Oficial

—La está moviendo otra persona.

—¿Otra persona? —Me agarré a la barandilla de la linterna mientras el faro entero temblaba bajo nuestros pies—. ¿Hay más gente moviendo mi vida? ¿Tengo un comité y nadie me ha invitado a las reuniones?

Él no me contestó. Se había lanzado a la rueda de bronce, con las dos manos —la buena y la de los cuatro dedos—, y la giraba en sentido contrario, peleándose con el mar como quien tira de una cuerda al otro lado de la cual tira alguien mucho más fuerte y con menos escrúpulos.

Los diales se volvieron locos. La aguja de PLEAMAR subiendo, subiendo, sin que él pudiera frenarla. El faro crujió como un barco viejo. Abajo, el agua que tres días de tormenta habían mantenido a raya empezó a trepar por la roca, lisa, negra, decidida, con esa puntualidad de funcionario que yo ya conocía demasiado bien.

—No cede —dijo entre dientes, empujando la rueda con todo el cuerpo—. Me están pasando por encima. Alguien con más rango que yo está moviendo esta marea desde fuera, y yo solo soy un mareógrafo de faro, el último escalón. No puedo contra la central. Es como pedirle a un cartero que pare una guerra.

—¿La central? ¿Qué central?

Soltó la rueda. Se le habían quedado los nudillos blancos del esfuerzo, y a la luz del amanecer que empezaba a colarse por los cristales, blancos del todo, transparentes: le vi, otra vez, el mar a través de la mano. Más que el día anterior. Cada hora un poco más. Se estaba yendo a ojos vistas, y la culpa, lo supe con el estómago antes que con la cabeza, era yo.

—Julia —dijo, y se volvió hacia mí, y por primera vez en quince capítulos no buscó ninguna coartada, ninguna salida, ninguna de esas frases a medias con las que llevaba seis islas escabulléndose—. Voy a contárselo todo. Ahora. Porque si quien viene es quien creo que viene, no me va a quedar tiempo después. Y usted se merece saber por qué la he traído a seis islas para no dejar que la bese en ninguna.

Me senté en el suelo de la linterna, porque hay verdades que es mejor recibir sentada, y aquella, por la cara que traía él, era de las de sentarse. El reglamento seguía abierto a mi lado, en el artículo trece, como un testigo de cargo.

—Soy mareógrafo —empezó—. Eso ya lo ha leído usted. Muevo las mareas que llevan a cada corazón roto a su sitio. Pero no las muevo a cualquier sitio, Julia, ese es el detalle. Cada expediente tiene una orilla. Una sola. La orilla donde por fin sería feliz, donde lo que le rompieron deja de doler. Mi trabajo es leer a la persona, isla a isla, ver de qué se va curando, de qué miedo se va soltando, y calcular hacia dónde llevarla. —Tragó saliva—. Llevo haciéndolo más años de los que recuerdo, más de los que me caben en la bitácora. Soy muy bueno. Soy el mejor que ha tenido la Oficina. Nunca he fallado un destino. Ni uno.

—Qué orgullo más bonito. ¿Y el mío cuál es? Mi orilla. Ya que es usted tan bueno, deme la dirección.

Ahí se calló. Y el silencio duró lo que duran los silencios cuando dentro llevan una piedra que pesa.

—Ya lo sé cuál es —dijo al fin—. Su orilla. La calculé en la primera isla, la noche de la campana, en cuanto la vi tirar de aquella cuerda sin pedir permiso. La tengo aquí. —Tocó el reglamento, una página doblada con cuidado que yo no había visto, escondida entre las otras —. Es una orilla buena, Julia. La mejor que he leído en toda mi carrera, y mire que he leído corazones. Una vida entera, larga, tranquila, querida. Con gente alrededor. Con paz. Una orilla donde usted, por fin, después de todo, sería feliz de verdad.

—Pues lléveme. ¿A qué espera? Llevo seis islas mareada, ahogada y respondona. Deme ya mi final feliz, que me lo he ganado a pulso.

—No puedo.

—¿Por qué no? Es su trabajo. Dice que nunca falla un destino. Pues acierte el mío y a otra cosa.

—Porque en esa orilla —y la voz se le quebró por la mitad, la primera grieta de verdad que le oí en todo el viaje, un crujido como el del faro— usted es feliz sin mí.

El faro se quedó en silencio. Hasta el mar, por un segundo, entre dos embestidas, pareció pararse a escuchar.

—Su orilla óptima —siguió, deprisa ahora, como quien se arranca una tirita de golpe porque despacio no puede— es una vida sin un mareógrafo que se transparenta a la luz. Sin un hombre que pierde

los dedos de uno en uno y los reflejos. Sin un funcionario condenado a una linterna de la que tiene prohibido salir. Yo no estoy en su orilla, Julia. No puedo estarlo. Es la condición de mi cargo, la que firmé sin saber que un día me importaría: yo entrego, no acompaño. Llevo a la gente hasta la felicidad y me quedo en la torre viéndola desembarcar, viéndola empezar una vida en la que yo no salgo. —Se miró las manos translúcidas—. Mi trabajo, mi único trabajo, es entregarla a la única orilla del mundo donde usted estaría mejor sin mí. Y amarla, Julia, amarla es exactamente eso: soltarla allí. Llevarla a esa orilla y soltarla. Aunque me cueste hasta el último dedo. Aunque me cueste entero.

Yo, que tengo respuesta para todo, que toreo los golpes con chistes desde que tengo uso de razón, que me reí en la cara del acuse de recibo que me rompió la vida, no encontré ni medio chiste en todo el inventario. Lo busqué. No estaba. Por primera vez se me había vaciado el almacén.

—No diga "amarla" —conseguí decir, y me salió ronco—. Usted no dice esas cosas. Usted me hace juntar las letras una a una como un crucigrama de los crueles. No vale que ahora suelte el verbo entero así, gratis, de una sentada, justo cuando lo que va a hacer es soltarme a mí en una orilla y darse media vuelta.

—Tiene razón. —Y, que Dios lo perdone, se le escapó una sonrisa por un lado, de esas que él nunca dejaba terminar—. No lo digo. Nunca lo he dicho y no pienso decirlo, ni ahora ni aunque me quede sin cuerpo del todo. —Me miró con los ojos grises del color del minuto antes de amanecer, que en ese momento, por fin, al otro lado del cristal, amanecía de verdad—. Solo voy a decirle una cosa, una, y la voy a decir en mi idioma, que es el único que sé hablar sin que me tiemble la voz. ¿Sabe cuántos expedientes he procesado en mi vida, Julia? Miles. Decenas de miles. Y a todos, a todos sin una sola excepción, llegado el momento, los he cerrado. He movido su marea, los he llevado a su orilla, los he visto desembarcar y he cerrado su ficha sin que me costara nada, sin perder un dedo, sin perder una hora de sueño. Porque para eso existe el artículo trece: para no encariñarse. Para poder cerrar y pasar al siguiente.

Se acercó. Un palmo. El de siempre. El de toda la novela.

—Usted es el único expediente —dijo— que no he querido cerrar.

Y eso, viniendo de él, era más grande que un "te quiero". Era todo un "te quiero" entero, traducido al único idioma que aquel hombre se

atrevía a hablar sin temblar: el de los archivos, el de las fichas, el de las cosas que se guardan y las que se sueltan, el mío también. Me estaba diciendo, en cataloguista, que yo era lo único en una eternidad de despedidas perfectas que él se negaba a archivar. Que de todos los corazones rotos que habían pasado por sus manos, el mío era el que no quería devolver.

Y para decírmelo, para poder seguir siendo bueno en su trabajo, tenía que soltarme.

—Pues no me cierre —dije, y me oí la voz hecha trizas, sin un solo chiste que la sostuviera por debajo—. Sea malo en su trabajo por una vez en la vida. Falle un destino. El mío. Lléveme a una orilla peor, una cualquiera, una con goteras y vistas a un muro, me da exactamente igual, pero lléveme a una donde usted pueda poner un pie sin desaparecer.

—No existe esa orilla.

—Pues la inventamos.

—Julia—

—¡Que la inventamos! —Me levanté del suelo de un impulso—. Mire, llevo seis islas rompiéndoles los sistemas a base de tocar campanas que nadie tocaba y limar llaves que nadie se atrevía a limar. ¿Y sabe lo que he aprendido por el camino, isla a isla, a campanazos? Que las reglas de esta Oficina suya son todas mentira. Todas. Que el alba la llamaba una campana, no la espera. Que la media naranja era una llave que ya llevabas tú sola en el bolsillo. Que las caras de verdad no se multan. Todo trucos. Todo normas que alguien se inventó hace siglos y que nadie, ni una sola persona, se atrevió nunca a desobedecer porque desobedecer asusta más que esperar. —Le agarré la mano translúcida, y por una vez, por primera vez, no se apartó; ya casi no le quedaba mano con la que apartarse—. ¿Por qué iba a ser de verdad precisamente esta? ¿Por qué iba a ser la única norma cierta del universo justo la que me deja sin usted? Dígame por qué, y si me convence, me callo.

No me contestó.

No porque no tuviera respuesta. Por algo peor.

Porque en ese momento el amanecer terminó de entrar en la linterna, limpio y blanco y cruel, y con él subió la marea imposible hasta la mismísima base del faro, lamiendo la puerta de abajo como una lengua, y por el hueco de la escalera de caracol subió un ruido nuevo, ajeno, que no era el del mar ni el del viento.

Tac. Tac. Tac.

Pasos. Tacones. Educados, pacientes, sin prisa ninguna, subiendo escalón a escalón los pasos de quien sabe perfectamente que el sitio al que sube no se le va a escapar, porque lo ha rodeado de agua antes de subir.

El Oficial me soltó la mano y se puso delante de mí, entre la escalera y yo, lo que le quedaba de cuerpo haciendo de muro translúcido, un muro a través del cual se veía la tormenta.

—Es ella —dijo, muy bajo, muy deprisa, solo para mí—. Escúcheme, Julia, por una vez en su vida hágame caso en algo. Suba lo que suba, le diga lo que le diga, no firme nada. Aunque parezca razonable. Aunque se lo pida yo mismo para salvarla. ¿Me oye? Pase lo que pase, no firme nada.

Los tacones llegaron al último escalón.

Y entró en la linterna, impecable, sin una gota de agua encima a pesar de la tormenta, con su carpeta bajo el brazo, su sello en la mano y esa cara tan lisa que no era una cara joven sino directamente la ausencia de cualquier cara: la mujer que me había sellado el dorso de la mano en una feria de máscaras dos islas atrás, la que me había prometido esta conversación.

—Expediente 4471 —dijo la Interventora, sonriendo sin labios, porque no tenía—. Y el Mareógrafo de la torre. Juntos. Cogiéndose de la mano translúcida, qué tierno. —Destapó el sello con un clic delicado, casi cariñoso—. Llevaba un tiempo siguiéndoles el rastro a los dos, ¿saben? Campanas, puertas, espejos, mareas que suben cuando no deben. Un reguero de averías con el mismo número de expediente detrás. —Suspiró, como una maestra ante un alumno listo que insiste en portarse mal—. Qué barbaridad. Esto, me temo, va a haber que corregirlo.

Capítulo 16 — La marea que sube

—Corregirlo —repetí—. Habla usted de nosotros como de una errata en un impreso.

—Es que lo son. —La Interventora terminó de entrar en la linterna con la calma de quien llega a una reunión que ha convocado ella misma y a la que los demás han venido obligados—. Una errata de archivo. Un expediente que recuerda lo que debería olvidar y un mareógrafo que se encariña de lo que debería despachar. Dos infracciones que se alimentan la una a la otra, que es lo peor que pueden hacer dos infracciones. —Abrió su carpeta con un gesto seco —. Pero no se preocupe. Para eso estoy yo. Para corregir. Llevo toda la vida corrigiendo. Es lo único que sé hacer, y se me da muy bien.

El Oficial no se había movido de delante de mí. Lo que le quedaba de cuerpo, translúcido a la luz del amanecer que ya entraba a raudales, hacía de muro entre la mujer de la cara lisa y yo. Un muro a través del cual se veía el mar.

—Déjala fuera de esto —dijo él—. La infracción es mía, solo mía. Yo moví las mareas de más. Yo me acerqué. Amortízame a mí y devuélvela a su tránsito sin tocarle la memoria. Ella no ha hecho nada que no hiciera por mi culpa.

—Ha tocado una campana que no le tocaba tocar. Ha limado una llave que no era suya. Ha enseñado a media isla a hacerse su propia cara y a la otra media a abrirse su propia puerta. —La Interventora pasó una hoja de su carpeta, leyendo mi expediente como quien lee una lista de fechorías—. Su Julia, mareógrafo, ha roto tres islas enteras en seis capítulos de tránsito. Sistemas que llevaban siglos en pie. Eso no es no haber hecho nada. Eso es vandalismo sentimental con agravante de reincidencia.

—Gracias —dije, asomándome por el costado translúcido de él—. Lo pondré en el currículum, debajo de "deletreo Gulliver sin que me lo pidan".

No le hizo gracia. A los interventores nunca les hace gracia; por eso son interventores y no otra cosa.

—La corrección tiene dos partes —dijo, y cambió a una voz de prospecto de medicamento, esa con la que se leen los efectos

secundarios para que no asusten—. Parte primera: reinicio del expediente 4471. Se le retira el recuerdo del tránsito completo. Todas las islas. La campana. Las llaves. La feria. El faro. —Levantó la vista hacia mí, sin labios, sin piedad, sin nada—. Él. Lo olvidará todo, señorita Gulliver. La depositaremos limpia en su orilla óptima, donde será muy feliz para siempre y no echará de menos absolutamente nada, porque no recordará que hubo nunca nada que echar de menos. Le sale a usted barato: un olvido a cambio de una vida buena. Firman cosas peores cada día.

Noté que el Oficial, a mi lado, se ponía rígido. Lo del olvido —que yo lo olvidara a él— le dolía más que cualquier cosa que pudieran hacerle a su propio cuerpo. Se le notó en la espalda translúcida, en cómo se le tensó lo que quedaba de hombros.

—¿Y la parte segunda? —pregunté, aunque ya la sabía, porque hay preguntas que una hace solo para retrasar la respuesta.

—Amortización del mareógrafo. —Lo dijo igual que se dice "reciclaje del cartón" o "baja del inmovilizado"—. Lleva décadas operando con pérdidas. Un dedo. Un reflejo. La solidez. Hace tiempo que es un activo deteriorado, y un activo deteriorado es un activo que se da de baja. Se le retira de la torre y se le... archiva. Definitivamente.

—Se le mata.

—Nosotros no usamos esa palabra. —Destapó el sello con un clic —. Es fea y es imprecisa. Usamos "amortizar". Es más limpio, más profesional, y no le quita el sueño a nadie. Y ahora —volvió a tenderme la carpeta y un bolígrafo—, si me firma usted aquí, en la línea de puntos, el consentimiento de reinicio, lo hacemos todo sin dolor, ordenado, como debe ser. Una firmita y a su orilla feliz. Ni se enterará.

Me tendió la carpeta. El bolígrafo encima, cruzado, esperando.

Y yo, que llevo toda la vida firmando cosas —entradas de paraguas, salidas de urnas, recibos de dentaduras, el acuse de recibo de mi propio anillo devuelto a dieciséis días de mi boda—, me quedé mirando aquel bolígrafo como se mira una serpiente muy educada que te tiende la mano.

No firme nada, me había dicho él. *Aunque se lo pida yo*.

—No —dije.

—¿Perdone?

—Que no firmo. —Me crucé de brazos, por si las manos se me iban solas al bolígrafo, que las manos a veces traicionan—. Mire, señora, yo de formularios sé un rato largo. Trabajo en una oficina de objetos perdidos, llevo siete años detrás de un mostrador haciendo firmar a la gente. Y hay una cosa que aprende una enseguida en ese oficio: si usted necesita mi firma para reiniciarme, es que sin mi firma no puede. Si pudiera hacerlo sin mí, ya lo habría hecho mientras subía la escalera haciéndose la interesante con los tacones, en vez de subir a pedirme permiso. —Le devolví el bolígrafo por encima del hombro translúcido de él—. Así que no. No le firmo a usted el permiso para olvidarlo a él. Antes me como la carpeta, y mire que tengo el estómago revuelto.

Por primera vez desde que la conocía, la cara lisa de la Interventora se movió. No mucho. Lo justo para que se le notara que aquella respuesta no venía en su prospecto, que no se la esperaba.

—Es usted consciente —dijo, muy despacio, recuperando el tono— de que sin su consentimiento el reinicio se puede hacer igual, solo que más... brusco. Menos limpio. Y de que, mientras usted se hace la digna y la valiente, el mareógrafo se sigue amortizando solo, ahí, delante de sus narices, minuto a minuto. —Lo señaló con el sello cerrado—. Mírelo bien. Cada segundo que pasa con usted en esta torre le cuesta un trozo. Cuanto más tarde usted en colaborar, menos quedará de él para devolverle al mundo, si es que decidiéramos devolvérselo, que no. Así que dígame: ¿qué prefiere? ¿Una firma limpia ahora y una vida feliz mañana, o verlo desaparecer del todo, aquí, hoy, por pura cabezonería?

Miré al Oficial.

Y era verdad. Maldita sea, era verdad. A la luz cada vez más alta del amanecer que él había llamado conmigo seis islas atrás, ya casi no estaba. Le veía el mar a través del pecho, de los brazos, de la cara, de los ojos grises que seguían siendo lo último nítido que le quedaba. Se estaba yendo. Delante de mí. Por mí. Por cada minuto que insistía en quedarse a mi lado en vez de soltarme y salvarse.

—Julia —dijo él, y la voz le llegaba ya como desde el fondo de un pozo, como desde otra isla—. Hágame caso una vez en su vida. Una sola. No firme. Pero no por mí, óigame bien: por usted. Si firma, la reinicia, y yo no soporto la idea de que me olvide, de cruzarme con usted en su orilla feliz y que usted me mire como se mira a un desconocido. Prefiero irme entero a quedarme borrado de su cabeza.

—Se le quebró lo que le quedaba de voz, que ya era poca—. Pero hay una cosa peor que esas dos. Y es que se quede usted aquí discutiendo de formularios con ella mientras a las dos nos atrapa la marea. Eso sí que no se lo perdono.

Y entonces hizo lo que llevaba seis islas sin hacer.

Se movió hacia mí.

Cruzó el palmo de siempre. Cruzó todos los palmos de todas las islas de golpe, de una vez, todos los que no había cruzado en el farol, ni sobre la cerradura, ni en el baile, ni la noche de la tormenta. Me agarró por los hombros con sus manos translúcidas, que todavía pesaban, que todavía eran capaces de sujetarme con firmeza, y me miró con los ojos grises una última vez, de cerca, sin un palmo de por medio.

—Voy a sacarla de aquí con su memoria intacta —dijo, deprisa, bajito, solo para mí, de espaldas a la Interventora—. Es lo único que todavía puedo hacer mejor que ella: mover una marea. Una sola, la suya, ahora. Va a recordarlo todo, Julia. La campana. Las llaves. La feria. La nana. Esto. Me va a recordar a mí, entero, aunque yo no esté. Es lo único que le puedo regalar, y resulta que es justo lo que ella quería quitarle. Es mi última travesura de funcionario.

—No. —Le agarré las muñecas con las dos manos, fuerte—. No me empuje. Ni se le ocurra empujarme, que lo conozco. Tengo un plan. Casi. Lo estoy pensando, se me está armando aquí mismo, deme dos minutos y tengo un plan, siempre tengo un plan, soy de tener planes —

—No hay dos minutos, Julia.

—¡Pues hágame usted dos minutos con su rueda, que para algo es el mejor mareógrafo que ha tenido esta Oficina! ¡Présuma para algo útil!

—Lo siento —dijo.

Y, por primera vez desde la isla de las llaves, sonrió. De verdad. Entera, sin dejarla a medias, sin que se le quedara colgando de una comisura. La tercera sonrisa que le veía en toda mi vida. La última. Y la más cara, porque sonreír así, a esas alturas, también debía de costarle.

—Acuérdese de a qué hora dejó de tener miedo —dijo.

Y me empujó.

No a mí. A mi marea. Con una mano en mi pecho y la otra dando un golpe seco, experto, a la rueda de bronce, mandó subir el agua

bajo mis pies, solo bajo los míos, una marea hecha a medida, la última que iba a moverme con cariño. El suelo de la linterna se abrió en mar debajo de mí, y caí hacia atrás, hacia abajo, hacia fuera de la torre, con sus dedos translúcidos resbalándome de los hombros uno a uno y la cara lisa de la Interventora gritando algo de un protocolo no autorizado a su espalda.

Y aquí es donde tengo que contaros una cosa que no le he contado a nadie. Ni a Nieves.

No solté ningún chiste.

Llevo toda la vida toreando los golpes con la boca, ya lo sabéis. Me dejaron a dieciséis días de la boda y al rato ya estaba haciendo bromas con Nieves sobre el servicio de correos. Me ahogó una marea y desperté en una playa pensando "por lo menos vengo entera". Lo catalogo todo, lo archivo todo, le pongo a cada cosa un número y una categoría para que el dolor venga en orden y haga cola como todo el mundo.

A esto no le puse número.

Caí por el hueco de la linterna hacia el mar, viendo cómo el hombre que sabía el color del vestido de mi madre se quedaba arriba, cada vez más pequeño, cada vez más transparente, cada vez más lejos, entregándome con su última fuerza a un agua que iba a llevarme lejos de él precisamente para salvarme de olvidarlo. Y lloré. Sin más. Sin chiste de repuesto, sin inventario, sin categoría, sin etiqueta. Lloré como llora la gente normal, la que no se gana la vida archivando lo que pierde: a lo bestia, sin orden, sin acuse de recibo, sin firmar nada.

El agua me tragó, educada y total como siempre.

Y en el último segundo, antes de que el faro y la torre y él desaparecieran allá arriba, en la superficie que se alejaba, hice dos cosas con las manos.

Con la izquierda, agarré contra el pecho lo único material que me quedaba de aquella isla: el reglamento. El libro grueso de tapas de ese color imposible, USO RESTRINGIDO, que había salido de mi maleta y que yo, ahora sí, a partir de ese segundo, robaba con todas las de la ley y sin remordimiento ninguno.

Y con la cabeza, mientras el mar me cubría entera, agarré una palabra. Una sola. La que la Interventora había soltado sin darse cuenta de delante de quién la decía, sin saber que se la decía a una profesional.

Amortizar.

Dar de baja un activo. Una propiedad. Una cosa.

Lo estaban tratando como a una cosa. No como a un empleado, no como a una persona, no como a un mareógrafo con derechos: como a un objeto que se tiene y se descarta. Lo había dicho ella misma, dos veces. Y resulta —pensé, con el agua entrándome ya por la nariz y por los oídos y el plan armándose solo, encajando pieza a pieza como se arman los planos en la cabeza de quien lleva siete años detrás de un mostrador con un libro de registro— que de objetos sé yo un poquito.

De objetos perdidos, abandonados y no reclamados, de hecho, sé yo más que nadie en el mundo.

Y a aquel hombre, en alguna parte de su ficha vacía, lo habían perdido. Y no había venido nadie a reclamarlo en mucho, mucho más de noventa días.

Nadie, hasta yo.

Capítulo 17 — La oficina de lo inexplorable

La marea me escupió en tierra firme y, por primera vez en seis islas, no me quedé tirada en la arena esperando a entender dónde estaba.

Me levanté antes de toser el agua. Apreté contra el pecho el reglamento robado, que había aguantado el viaje conmigo, empapado pero entero, las tapas hinchadas pero las páginas legibles, y me palpé los bolsillos: anillo, nota, llave de hierro, etiqueta con A, cerradura con M, matasellos con A, y un eje de bronce con una R que me había traído del faro sin pedirle permiso a nadie. Más el reloj parado de Tomás, marcando las cuatro y diez, la hora a la que dejé de tener miedo.

Cuatro letras y un libro robado. A. M. A. R. y una vacante.

—Vale —le dije al mar, que ya se retiraba con su habitual mala educación—. Esta vez no vengo a naufragar. Esta vez vengo a trabajar.

Porque algo me había cambiado allá arriba, en la torre, mientras un hombre translúcido me empujaba al agua para salvarme de olvidarlo. Había dejado de ser un expediente que las mareas zarandeaban de isla en isla como a un paquete sin franqueo. Me había convertido en otra cosa. O mejor dicho: había vuelto a ser lo que siempre fui, antes de que un señor me devolviera el anillo por correo y me convirtiera en una mujer que espera. Una cataloguista. Una mujer con un libro de registro y muy malas pulgas para los sistemas que no cuadran.

Y aquella Oficina tenía un sistema. Lo había leído entero, renglón a renglón, mientras nadaba. Solo me faltaba encontrarle la grieta. Todos los sistemas tienen una; es lo bueno de que los inventen funcionarios. Donde hay reglamento, hay agujero. Lo sé porque me paso la vida colándome por los míos.

Levanté la vista para ver dónde me había tocado buscarla esta vez.

La isla era plana, ordenada, llena de líneas. Líneas pintadas en el suelo, líneas en las paredes, una cuadrícula que llegaba hasta la playa, como si alguien hubiera cogido el mundo entero y le hubiera puesto papel milimetrado por encima para que no se saliera. Hasta las olas, al retirarse, dejaban una marca recta en la arena,

disciplinada. Y en mitad de la cuadrícula, un edificio largo y bajo, blanco, con un rótulo enorme que se leía desde la orilla: INSTITUTO DE LO CARTOGRAFIADO.

Eché a andar hacia él, porque ya lo sabéis: cuando un sitio no tiene ningún sentido, lo primero que hago es buscar la oficina, que es donde el sinsentido está mejor archivado y siempre hay alguien a quien preguntarle las normas para luego incumplirlas con conocimiento de causa.

Dentro, todo eran mesas de dibujo, gente con teodolitos y reglas de cálculo, y mapas. Mapas de la isla, mapas del mar, mapas de cosas que yo no sabía que se pudieran mapear. Un hombre con bata blanca medía con un compás la distancia exacta entre dos personas que charlaban en un rincón, anotaba el resultado en una libreta y le ponía a cada una una etiqueta colgada del cuello.

—Disculpe —le dije—. ¿Qué hace?

—Cartografío —dijo, sin levantar la vista del compás—. Esos dos llevan once minutos hablando a cuarenta centímetros de distancia. Es una relación de tipo C, subgrupo amistoso-con-posibilidades. Hay que registrarla y clasificarla antes de que se mueva y se me salga del mapa. Las relaciones sin clasificar son un caos administrativo.

—¿Las relaciones se mapean?

—Todo se mapea. —Me miró por fin, escandalizado de que lo dudara, como si le hubiera preguntado si el agua moja—. Lo que está en el mapa, existe. Lo que no está en el mapa, no existe. Y lo que no se puede definir… —bajó la voz, con el respeto con el que se nombran las enfermedades feas— se declara Territorio Inexplorable. Y se borra.

—¿Se borra?

—Del registro. Y, en consecuencia, de la existencia, que aquí es lo mismo. Si no podemos ponerle un nombre a qué es una cosa, esa cosa no puede estar en la isla. Es de cajón, señora. ¿Cómo vamos a permitir que ande por ahí algo que no sabemos lo que es?

Sentí un frío conocido, de los que ya me sabía de memoria. En aquella isla, una pareja que no supiera decir "qué somos" no es que se quedara en el limbo, esperando como en las otras islas. Es que desaparecía. La borraban. Y yo venía de una torre donde no había podido decirle a un hombre ni su propio nombre completo, donde lo único que teníamos los dos era, precisamente, un imposible sin

definir, sin categoría, sin etiqueta. Lo nuestro era Territorio Inexplorable de manual.

Tomé nota mental, en letras grandes. Aquella isla iba a por gente exactamente como nosotros.

—¿Y dónde está el jefe de todo esto? —pregunté, porque al jefe es a quien hay que ablandar.

Me señalaron una puerta al fondo, con vidriera. El cartógrafo jefe resultó ser un hombre pequeño, redondo y feliz, rodeado de mapas hasta el techo, con la cara satisfecha de quien ha conseguido meter el universo entero dentro de una cuadrícula y duerme estupendamente por las noches gracias a ello.

—¡Una recién llegada! —Se frotó las manos, encantado—. ¿Viene a definirse? Estupendo. Necesito su categoría. Estado civil, tipo de vínculo, coordenadas afectivas. ¿Casada, soltera, en proceso de emparejamiento certificado, viuda emocional, soltera por convicción, soltera por descarte…?

—Vengo a consultar su archivo —dije, y dejé el reglamento robado sobre su mesa con un golpe seco, en plan funcionaria de respeto—. Soy cataloguista. De la competencia, por así decir. Y busco una cosa muy concreta.

Al cartógrafo jefe se le iluminó la cara como una verbena. Le había caído del cielo otra obsesa del orden, y los obsesos del orden nos reconocemos al instante, como los borrachos en una boda o los que cuentan los escalones al subir.

—¡Una colega! —Apartó tres mapas de un manotazo para hacerme sitio—. Faltaría más, faltaría más. El archivo es sagrado, pero a una colega no se le niega nada. ¿Qué busca? Dígame categoría, subcategoría y, si puede ser, número de referencia, que vamos más rápido.

Lo que buscaba no se lo dije del todo, porque ni yo lo tenía claro del todo. Buscaba la grieta. Buscaba por qué a un mareógrafo se le podía "amortizar" como a un activo, qué clase de cosa tenía que ser un hombre para que lo dieran de baja como se da de baja una fotocopiadora vieja. Buscaba, sin saberlo aún del todo, el resquicio exacto por el que se cuela una cataloguista terca cuando quiere recuperar algo que el sistema ha dado por perdido.

Así que dije una verdad a medias, que es mi especialidad de la casa.

—Busco la ficha de un empleado de la Oficina —dije—. Un mareógrafo. Del faro número... —no sabía el número, maldita sea— del faro más solo de todos. El de la roca pelada. Sabrá cuál le digo.

El cartógrafo jefe tecleó en un fichero giratorio enorme, tarareando, feliz como un niño con juguete nuevo. Y de pronto dejó de tararear.

—Qué raro —dijo, y se le borró un poco la verbena de la cara.

—¿Qué es raro? A mí lo raro me encanta. Es mi sección favorita del archivo, la de "varios sin clasificar".

Giró el fichero hacia mí y me enseñó una tarjeta. Una sola. Y la tarjeta estaba casi en blanco.

—Tenemos al mareógrafo registrado en ese faro, sí —dijo, frunciendo el ceño profesional, pasando el dedo por las casillas—. Opera mareas desde hace... bueno, desde antes de mis mapas, y eso ya es decir mucho, porque mis mapas son muy antiguos. Pero su ficha de alta está incompleta. Mírela. No tiene fecha de ingreso. —Pasó el dedo a la siguiente casilla, vacía—. No tiene número de empleado. No tiene contrato archivado. —Levantó la vista, y por primera vez aquel hombrecillo redondo y feliz parecía incómodo de verdad, casi asustado de su propio archivo—. Y no tiene nombre, señorita. La casilla del nombre está en blanco. El mareógrafo del faro más solo del mundo lleva una eternidad moviendo el mar para esta Oficina y, según mi ficha, oficialmente, no existe. No consta. Es un fantasma con nómina.

Me quedé mirando aquella tarjeta casi en blanco.

Sin fecha. Sin número. Sin nombre. Sin contrato.

Un empleado que la Oficina usaba a diario pero que nunca había dado de alta. Una cosa que tenían en sus estanterías, funcionando, útil, gastándose por ellos, pero que nunca habían registrado como suya. Que nunca habían reclamado como propia con un papel.

—Pero eso es un error suyo —dije—. Un fallo de archivo. Se les olvidó ficharlo.

—No, no. —El cartógrafo jefe negó con la cabeza, escandalizado de que yo pensara que su gremio cometía errores—. Esto no se olvida. Esto se hace a propósito. A los mareógrafos no se les da de alta nunca, es política de la casa, viene de arriba. Un empleado fichado tiene contrato. Y un contrato tiene derechos: descanso, antigüedad, una orilla propia al jubilarse. —Bajó la voz, casi admirado del invento —. Pero una cosa sin papeles no tiene derechos de nada. No puede

reclamar. No puede quejarse. No consta que exista, así que el día que se gasta, se tira y no hay que dar explicaciones a nadie, porque oficialmente nunca hubo nadie. Es el sistema más limpio que he visto. No fichas lo que piensas tirar.

Lo dijo con la tranquilidad del que explica una buena práctica contable, sin caer en que me estaba describiendo a un hombre al que dejaban gastarse hasta los dedos sin más derecho que el de gastarse.

Tomé nota. En letras grandes, de las que no se borran. Y a mí, que llevaba siete años en una oficina de objetos perdidos, una ficha así me sonaba muchísimo. Me sonaba a algo concretísimo. Me sonaba, de hecho, a lo único que se me da bien de verdad en este mundo.

Me sonaba a un objeto sin reclamar.

—¿Le importa —dije, y noté que se me aceleraba algo por dentro que no era el corazón, era el oficio— si copio yo esta ficha? Para mi archivo. Cosas de coleccionista.

—Faltaría más, colega —dijo el cartógrafo jefe, que ya había recuperado la sonrisa porque los de su gremio nunca le niegan una copia a nadie—. Entre archiveros, no hay secretos.

No sabía el pobre lo que me estaba dando. Me estaba dando la primera pieza, en papel, sellada por su propia Oficina, de la reclamación más importante de mi vida.

Capítulo 18 — El explorador sin orilla

Llevaba dos días en el Instituto, viviendo entre mapas y obsesos del orden como pez en el agua, repasando el reglamento robado renglón a renglón en busca de la grieta, durmiendo en una mesa de dibujo con un atlas por almohada, cuando me di cuenta de una cosa rarísima.

Esta vez no había aparecido él.

En todas las islas, antes o después, había un sereno, un cerrajero, un afinador. Aparecía. Me reconocía. Me decía algo críptico, me cerraba la mano sobre algo, me prohibía juntar las letras, y se desvanecía dejándome con cara de tonta y una letra más en el bolsillo. Era lo más fijo de aquel viaje absurdo, lo único con lo que podía contar. Y aquí, en la isla de los cartógrafos, llevaba dos días enteros y nada. Ni una nana colándose por una ventana. Ni unos ojos grises al fondo de un pasillo. Nada.

Y, que conste en mi expediente, lo echaba de menos como una idiota. Apuntadlo donde apunto lo que no me conviene reconocer: la cataloguista terca, la que rompe tres islas y le planta cara a una Interventora, mendigando en su cabeza la aparición de un funcionario translúcido al que ni siquiera le sabía el nombre entero. Hay que tener poco amor propio. O mucho amor, a secas, que viene a ser lo mismo de cerca.

—Le falta una letra —me dije en voz baja, mirando mis cuatro fragmentos alineados sobre la mesa de dibujo, bajo la luz blanca—. A. M. A. R. Una letra y lo tengo. Una letra y sé cómo se llama lo que me está rompiendo.

—¿Busca una coordenada?

Levanté la cabeza de golpe, tan rápido que casi tiro el tintero del cartógrafo.

Al otro lado de la mesa había un hombre con ropa de explorador —botas de campo gastadas, una brújula colgada al cuello, un mapa enrollado bajo el brazo— y unos ojos grises partidos por una cicatriz en la ceja izquierda que yo me sabía de memoria.

Solté el lápiz. Se me cayó rodando y ni lo miré.

—Usted —dije.

—Yo. —Lo intentó, lo de la sonrisa, y se le quedó a medias como siempre, solo que esta vez le costaba más, mucho más, porque a la luz blanca y cruel del Instituto se le notaba más gastado que nunca, los bordes casi temblándole—. Antes tocaba campanas, cortaba llaves, afinaba relojes y movía mareas. Ahora exploro. Voy bajando de categoría a buena velocidad, como ve. Para la próxima isla seré barrendero, si llego.

—¿Cómo ha llegado? Yo creía que estaba… —se me cerró la garganta, esa traidora— que la Interventora le iba a…

—Amortizar. Sí. Esa era la idea, y sigue siéndolo. —Dejó el mapa enrollado sobre la mesa, despacio—. Pero resulta que para amortizar a un mareógrafo en regla hay que retirarlo primero de su faro, y para retirarlo hay papeleo, y el papeleo lleva su tiempo, formularios por triplicado, un sello aquí, una firma allá. Me escapé en el tiempo del papeleo. Es lo único bueno de trabajar para una burocracia: que siempre va más lenta que el amor. Por una vez, su lentitud jugó a mi favor.

—¿Y ha venido aquí? ¿A la isla donde borran lo que no se puede definir? Brillante. De todos los sitios donde esconderse, elige el único que te borra por existir raro.

—La he buscado, Julia. —Lo dijo sin recoger el sarcasmo, mirándome de frente—. Por primera vez. En seis islas siempre la he traído yo a usted con una marea, tirando de la rueda, eligiendo el cuándo. Esta vez he venido yo a buscarla a usted. Con los pies. Andando. Y le aseguro que andar, cuando uno está acostumbrado a mover el mar de una isla entera con la mano, es de lo más humillante que hay. Se me hacen los pies de plomo.

Me levanté. Rodeé la mesa para tenerlo más cerca, para comprobar que era él, que era de verdad, lo que quedara de él. Y entonces lo vi.

El suelo del Instituto era de mármol blanco, pulido como un espejo, y a la luz cenital del mediodía que entraba por los ventanales todo el mundo proyectaba su sombra, nítida, a sus pies.

Él no.

Donde tendría que haber estado su sombra —la de las botas, la de la brújula, la del hombre entero— el mármol estaba limpio, vacío, blanco, como si allí no hubiera nadie.

—Su sombra —dije.

—Ya. —Ni se molestó en mirar al suelo; ya lo sabía—. El año, en la ciudad del alba. El dedo, en la de las llaves. El reflejo, en la feria. La solidez, en el faro. Y ahora la sombra. Voy haciendo colección, como usted con sus letras. —Se encogió de hombros, y el gesto fue tan suyo, tan cansado, tan de él, que me dolió en un sitio del pecho que no sabía que tuviera fichado—. Tranquila. Todavía proyecto conversación. Es lo último que se pierde, dicen. Después de eso, ya solo queda la voz, y luego nada.

—Deje de hacer chistes con esto. Ese es mi trabajo, no el suyo. Cada uno a lo suyo.

—Lo sé. Por eso se lo robo. —Me miró, y por un segundo le volvió algo a los ojos que no era cansancio—. Verá, es un buen reparto: si hago yo los chistes, a usted le toca decir la verdad por una vez en su vida. Y usted, diciendo la verdad, es algo digno de cartografiar.

Y la verdad, maldita sea, me salió sola, sin permiso, como me salen las piernas hacia él.

—No quiero que se le acabe el cuerpo a base de venir a verme. No lo valgo. Nadie lo vale.

—Y yo no quiero acabarme sin haber venido. Ya ve usted. Dos tercos discutiendo de cuánto vale una mujer. —Desenrolló el mapa sobre la mesa, alisándolo con la mano translúcida—. Mire. Esto es lo que hago ahora, en mis ratos de fugado. Mapeo orillas. Las he cartografiado todas, Julia. Todas y cada una de las orillas óptimas de todos los expedientes que he movido en mi vida. Sé exactamente dónde es feliz cada corazón roto que ha pasado por mis mareas, en qué playa, con quién, comiendo qué. —Pasó el dedo por el mapa, lleno de costas dibujadas con primor y nombres minúsculos—. Todas menos una.

—¿Cuál?

—La mía. —Y dio unos golpecitos en una esquina del mapa donde no había nada dibujado. Un hueco. Un trozo de papel en blanco con una sola palabra escrita al borde, con su letra antigua: INEXPLORABLE—. He cartografiado la felicidad de medio mundo, orilla por orilla, durante una eternidad. Y resulta que el único corazón cuya orilla no aparece en ningún mapa, por más que busco, es el mío. No tengo. Nunca tuve. Por eso me he venido a esta isla, Julia. Para que me declaren oficialmente Territorio Inexplorable y me borren ellos, limpio, de un sello, antes de que la Interventora me amortice a su manera, que es más lenta y más fea.

—Ni se le ocurra.

—Julia—

—Que ni se le ocurra dejar que lo borren. —Le agarré la muñeca, la de la mano de cuatro dedos, y esta vez no se apartó; ya casi no le quedaban fuerzas para apartarse, ni ganas—. Borrarse usted solo para que no lo borren ellos. Es la cosa más tonta que he oído, y mire que llevo seis islas oyendo tonterías con sello. Mire lo que tengo. Mire.

Puse mis cuatro fragmentos en fila sobre su mapa, justo encima del hueco de su orilla inexistente. La A de la etiqueta de equipaje. La M de la cerradura. La A del matasellos. La R del eje del haz.

—Me falta una letra para su nombre —dije—. Una sola. Y usted lleva seis islas pidiéndome que no lo junte, isla tras isla, "no las junte, Julia", como un disco rayado. ¿Por qué? ¿Qué pasa de verdad cuando lo junte? Dígamelo ya, que estoy a una letra.

Él miró las cuatro letras sobre el papel en blanco de su propia orilla que no existía. Las miró mucho rato, como quien mira una foto antigua. Y, muy despacio, con el dedo translúcido, en el hueco marcado INEXPLORABLE, terminó de escribir lo que faltaba.

Una **O**.

A. M. A. R. O.

—Amaro —leí en alto. Y el nombre, dicho por fin entero, después de seis islas, me supo a algo concreto en la boca: a mar y a amargo, a las dos cosas a la vez, como si el nombre llevara dentro su propia historia—. Se llama Amaro.

—Me llamaba. —Tenía la voz rota, y por primera vez se le quebró del todo—. Hace mucho. Antes del faro, antes de la Oficina, antes de empezar a perder cosas de una en una. Era lo último que me quedaba sin perder, el nombre. Lo había escondido en cinco islas, en cinco objetos, repartido, para que no me lo quitaran. Y acabo de dárselo yo mismo, con mi propia mano. —Me miró con los ojos grises, y nunca lo había visto tan asustado y tan aliviado a la vez, las dos cosas peleándose en la misma cara—. Le he dado lo único que no debía darle en toda la novela, Julia. Ahora ya no puede usted fingir que no me conoce. Y yo ya no tengo absolutamente nada más que esconder. Estoy entero delante de usted por primera vez. Bueno, entero no. Pero sin secretos.

—Pues entonces escúcheme bien. —El corazón me iba a mil, pero no de pena, ojo: de plan. Porque mientras él escribía esa O en el

hueco de su mapa, a mí se me había terminado de armar la grieta en la cabeza, encajando la última pieza con un clic igual de limpio que el de la maleta al abrirse—. He encontrado la manera. La manera de verdad. Lo he leído en su reglamento robado, lo he visto con mis ojos en su ficha vacía en el archivo de esta isla, y lo entiendo perfectamente porque llevo siete años de mi vida haciendo exactamente esto, todos los días, detrás de un mostrador. Sé cómo recuperarlo, Amaro. Sé cómo quedármelo. Pero necesito dos cosas.

—¿Cuáles?

—Su nombre entero, que ya lo tengo, mire qué oportuno. Y un plazo. —Sonreí, por primera vez en dos islas, mi sonrisa fea de cuando voy a romperle el sistema a alguien que se lo merece—. Amaro, dígame una cosa, y dígamela exacta, que de esto depende todo. ¿Cuánto tiempo lleva usted colgado en esta Oficina, trabajando para ellos, sin que nadie, nunca, en toda su existencia, haya venido a reclamarlo como suyo?

Abrió la boca para contestar.

No le dio tiempo.

Porque la puerta del Instituto se abrió de golpe, de par en par, entró un viento frío que olía a sello recién destapado y a tinta azul, y la voz tersa y educada que yo ya odiaba con todo mi corazón dijo, desde el fondo de la sala de mapas, sin levantarla, porque no le hacía falta:

—Qué reunión más bonita. El activo deteriorado y la errata que no quiso firmar, juntitos, haciéndose mapas. —Tac, tac, tac, los tacones midiendo el mármol blanco, acercándose sin prisa—. ¿Sabéis lo malo de fugarse durante el papeleo, criaturas? Que el papeleo, tarde o temprano, siempre, siempre se termina. Y yo soy muy de terminar lo que empiezo.

Capítulo 19 — El expediente robado

—El papeleo se termina —repetí, mirando a la Interventora cruzar la sala de mapas con sus tacones de auditora, midiendo el mármol como si la sala fuera suya y nosotros dos muebles que retirar—. Qué suerte la suya. Porque yo, mire usted qué casualidad, justo acabo de terminar el mío.

—¿Su papeleo? —Se detuvo. Apenas un segundo. Pero se detuvo, y eso, en una mujer que no se detenía nunca, era una victoria pequeña que decidí cobrarme entera.

—El de toda mi vida. Llevo siete años haciéndolo, detrás de un mostrador, devolviéndole a la gente lo que cree perdido. —Me puse delante de Amaro, igual que él se había puesto delante de mí en el faro, solo que yo todavía proyectaba sombra en aquel mármol blanco y podía permitirme el gesto—. Trabajo en una oficina de objetos perdidos, señora. Y usted, sin querer, sin darse cuenta, me acaba de poner en bandeja el caso más fácil de toda mi carrera. Gracias, de verdad.

—No tengo tiempo para—

—Pues sáquelo de donde sea, que esto le interesa más que a mí. —Y empecé a contarlo, como lo cuento todo cuando algo importa: en voz alta, en orden, contando con los dedos, para no perderme ni una pieza—. He estado en el archivo de esta isla. Su archivo. He visto con mis ojos la ficha de su mareógrafo, la de alta, la oficial. ¿Sabe qué pone en ella? Nada. Está en blanco. No tiene fecha de ingreso. —Dedo—. No tiene número de empleado. —Otro dedo—. No tiene contrato archivado. —Otro—. Y no tiene nombre, ni uno, la casilla vacía. —El cuarto dedo, y lo dejé en alto—. Lo cual significa, según su propio reglamento, el que me dice usted que le robé, que este hombre nunca, jamás, fue dado de alta como personal de la Oficina. Ni un solo día. Lo han tenido moviéndoles el mar una eternidad entera sin ficharlo una sola vez. Sin papeles. En negro, vamos.

—Detalles administrativos. —La Interventora hizo un gesto de quitarle importancia con la mano del sello, un gesto que no le salió natural, que le salió, por primera vez, un poco nervioso—. El

mareógrafo opera para nosotros desde antes que usted naciera. Es nuestro.

—Ahí está. —Sonreí, y noté cómo se me ensanchaba la sonrisa fea, la de cazadora—. "Es nuestro." Esa es la palabra. La ha dicho usted, no yo, que conste en acta. No ha dicho "trabaja para nosotros", ni "está contratado por nosotros", ni "es nuestro empleado". Ha dicho "es nuestro". Como una silla. Como una fotocopiadora. Como un activo que se amortiza cuando se gasta. Llevan ustedes toda la conversación, desde el faro, tratándolo como una cosa, no como una persona. "Amortizar", "activo deteriorado", "darlo de baja". Pues muy bien, señora. Acepto. Aceptemos que es una cosa. —Me crucé de brazos—. Porque da la casualidad de que de cosas sé yo. De cosas perdidas, abandonadas y no reclamadas sé yo más que nadie en este lado del mar. Y hay una norma, una sola, la primera que se aprende en mi oficio, que está en su reglamento y en el mío con las mismas palabras: lo que nadie reclama en noventa días deja de ser de quien lo perdió y pasa a ser de quien lo guarda.

La sala de mapas entera se quedó muy callada. Hasta los cartógrafos habían soltado los compases y los teodolitos y miraban, con la boca abierta, una escena que ninguna de sus cuadrículas sabía clasificar.

—Su mareógrafo —dije, despacio ahora, saboreando cada palabra como no me había permitido saborear nada en seis islas— es un objeto sin reclamar. Sin dueño registrado, porque nunca lo dieron ustedes de alta. Una cosa que tienen en sus estanterías sin papel que lo demuestre. Y yo lo encontré. Yo. En la primera isla, la noche de la campana, perdido en una calle, sin saber ni en qué año vivía. Lo encontré yo, y lo he ido guardando desde entonces, isla a isla. Su nana. Su nombre, letra a letra. Sus cinco fragmentos. Su reloj. He cargado con él seis islas enteras. Eso es muchísimo más de noventa días, señora; échele la cuenta. —Miré a Amaro, que me miraba desde entre los dos funcionarios grises como quien ve amanecer por primera vez después de cuarenta y un años—. Así que no es suyo para amortizarlo. Dejó de serlo hace mucho, si es que alguna vez lo fue. Pasó a ser mío. Y usted, por su propio reglamento, no puede dar de baja una cosa que ya tiene dueña.

Por primera vez desde que la conocía, en el faro, la Interventora no contestó deprisa. Abrió la boca. La cerró. Miró su carpeta como si

la respuesta fuera a estar escrita en alguna de sus hojas y no estuviera.

—Es un argumento... ingenioso —dijo al fin, y noté que medía cada palabra con el mismo cuidado con que los cartógrafos medían las distancias entre dos personas que se hablan—. Más de lo que esperaba de un expediente. Pero le falta lo único que de verdad importa en esta Oficina, señorita Gulliver. Y es lo que la pierde. Una reclamación no es una reclamación hasta que está sellada. Hablar no reclama nada. Tener razón no reclama nada. Usted puede tener toda la razón del universo, puede ser el argumento más bonito que he oído en siglos, que sin un formulario presentado en la oficina competente, con su sello de entrada y su número de registro, su razón no vale ni el papel en el que no la ha escrito. —Recuperó la sonrisa sin labios, y con ella el control—. Y da la feliz casualidad de que la oficina competente para una reclamación así está muy, muy lejos de aquí. En la Estación de Ascensos. Adonde —y aquí volvió a sonreír— me lo llevo ahora mismo a él. Para amortizarlo. Hoy. Antes de que a usted le dé tiempo a rellenar ni la primera casilla de nada.

Y entonces hizo dos cosas a la vez, deprisa, como quien ha decidido dejar de jugar.

Con una mano chasqueó los dedos, y por la puerta del Instituto entraron dos funcionarios grises, de esos sin cara propia, lisos como la suya, que agarraron a Amaro por los brazos translúcidos sin esfuerzo, porque ya no había casi nada que sujetar.

Y con la otra mano me señaló el pecho, donde yo seguía apretando, sin disimulo, el libro gordo de tapas de aquel color imposible.

—Eso —dijo, y la voz se le puso de hielo educado, de ventanilla que se cierra— es el Reglamento Interno. Uso restringido. Material reservado de la Oficina. Y usted no tiene autorización para tenerlo, ni para leerlo, ni para mojarlo en agua de mar. Eso, señorita Gulliver, es hurto. Robo de documentación reservada, con agravante de premeditación. —Extendió la mano lisa, la palma hacia arriba—. Devuélvamelo. Ahora mismo. Y a lo mejor, solo a lo mejor, me olvido de añadirlo a su expediente.

Miré el reglamento, apretado contra mi pecho. Miré su mano extendida. Miré a Amaro, al que dos hombres grises arrastraban ya hacia la puerta grande y que no se resistía, porque ya casi no le

quedaba cuerpo con el que resistirse, solo voluntad, y la voluntad no hace fuerza.

—Julia —dijo él, y todavía tenía voz, la voz de siempre, la que me tarareaba la nana al oído en una torre hace tres días y un siglo—. Por favor. No haga ninguna tontería de las suyas. Devuélvale el libro. Déjelo estar. Déjeme a mí. Vaya a su orilla, la buena, la que calculé para usted. Sea feliz sin—

—Cállese, Amaro.

Y dije su nombre entero, por primera vez, en voz alta, delante de todos: delante de la Interventora, de los grises, de los cartógrafos, del mármol blanco. Y juro que el aire de la sala entera cambió de sabor, como cambia el aire antes de una tormenta, porque un nombre dicho en voz alta por quien lo ha ganado letra a letra pesa distinto que un nombre cualquiera.

—Que se calle —repetí, más bajo, solo para él—. Que estoy trabajando. Y cuando trabajo no me interrumpe ni mi madre, que en paz descanse.

Y eché a correr.

No hacia la puerta grande, que estaba llena de funcionarios grises y de Amaro. Hacia dentro. Hacia el fondo del Instituto, entre las mesas de dibujo, con el reglamento robado apretado contra el pecho con las dos manos y la Interventora gritando a mi espalda algo sobre un protocolo de recuperación de material y un código que terminaba en cifras.

Y lo que pasó después fue lo más ridículo de todo el viaje, y mira que en seis islas había tenido competencia dura.

Corrí entre cartógrafos que, en lugar de detenerme, me medían. Era más fuerte que ellos.

—¡Sujeto en movimiento! —gritaba uno, persiguiéndome con una libreta—. ¡Velocidad media-alta, trayectoria errática, imposible de proyectar!

—¡No puedo cartografiarla, jefe! —gritaba otro, angustiado de verdad, corriendo detrás con un teodolito en alto—. ¡Cambia de dirección sin avisar! ¡Se sale de todas las cuadrículas!

—¡Si no podemos mapearla —chilló el cartógrafo jefe, mi colega de hacía un rato, desde su puerta de vidriera, más fascinado que enfadado—, hay que declararla Territorio Inexplorable!

—¡Pues declárenme! —les grité de vuelta, saltando una mesa—. ¡Llevo seis islas siendo justo eso! ¡Inexplorable de nacimiento!

Y por una vez, ser una mujer imposible de meter en ninguna casilla me sirvió de algo práctico. Me metí por donde no había línea pintada, por los huecos del mapa, por los rincones que su cuadrícula perfecta no llegaba a alcanzar, porque hasta las cuadrículas más perfectas dejan huecos, y yo llevo toda la vida viviendo en los huecos.

Volqué una mesa de mapas. Pedí perdón al pasar, que una tiene modales hasta huyendo de una Interventora. Tiré, sin querer queriendo, un fichero giratorio entero, el grande, y mientras las fichas volaban por el aire como una bandada de palomas de cartón, vi una, de refilón, planeando: la del mareógrafo. La casi en blanco. La prueba. La agarré al vuelo, sin pensarlo, con dos dedos, como se agarra al vuelo lo único que importa de entre todo lo que se cae.

La metí entre las páginas del reglamento, a salvo. Y anoté, mentalmente, donde anoto lo que no pienso perder ni debajo del agua: *ficha de alta, una, en blanco. Categoría: munición. La mejor que he tenido nunca.*

Al fondo del Instituto, una ventana grande. Y detrás de la ventana, abajo, el mar.

El mismo mar de siempre. El que me sacó del ferri una noche de martes. El que me arrancó de la campana recién amanecida. El que me ahogó tres veces y me empujó otras seis, lisa y negra y puntual. El mar que, le pesara a quien le pesara, a la Interventora la primera, llevaba todo el viaje llevándome obstinadamente a un solo sitio, contra todas las normas: a él.

Detrás oí los tacones, parándose. Y la voz educada, ahora sí, sin una gota de paciencia:

—Si sale usted por esa ventana, señorita Gulliver, no controlo a dónde la lleva la marea. Podría llevarla al fondo. Podría reiniciarla el propio mar, del golpe. Podría perderlo todo de una vez: el nombre, el plan, la ficha, a él. ¿De verdad va a confiar su vida entera, y la de él, a una corriente que no obedece a nadie?

Me paré un segundo en el alféizar, con un pie ya fuera, el reglamento bajo el brazo y los cinco fragmentos —A, M, A, R, O— calientes en el bolsillo, junto al anillo y la llave y el reloj parado de Tomás.

—Señora —dije, sin volverme del todo—, llevo seis islas confiándole mi vida entera a esta corriente sin que nadie me preguntara si quería, sin firmar un papel, a empujones. Me ha tirado, me ha arrastrado y me ha escupido donde le ha dado la gana. Por una

vez —y subí el otro pie al alféizar— voy a ser yo la que salte. Por mi propio pie y por mi propia gana. Que para eso, mire usted, he aprendido en su faro a leer las mareas.

Y, antes de saltar, lo busqué a él entre el barullo de fichas que aún caían.

Lo estaban sacando por la puerta grande, casi transparente del todo ya, casi nada, una silueta de hombre sostenida por dos sombras grises. Pero giró la cabeza. Me encontró desde el otro lado de la sala, por encima de las mesas volcadas y los cartógrafos histéricos, como me había encontrado siempre, en todas las islas, a la primera. Y movió los labios.

No oí lo que dijo. Estaba demasiado lejos y había demasiado ruido. Pero supe leerlo, claro que supe leerlo, porque era lo que llevaba seis islas mordiéndose, tragándose, escondiéndome en cinco fragmentos y un reglamento, y por fin, justo ahora que me perdía, se atrevía a decir.

Tres palabras. Las que él no me había hecho juntar en ningún objeto, en ninguna cerradura, en ningún matasellos. Las que dijo solo con la boca, sin voz, moviendo los labios despacio para que las leyera yo y nadie más.

Te quiero.

—Ya lo sé —le dije, aunque no podía oírme desde tan lejos—. Llevo seis islas sabiéndolo. Y ¿sabe qué? Que se lo voy a reclamar. Con sello y todo.

Y salté.

El mar me recibió frío, ancho, conocido, casi con cariño esta vez. Me hundió, me revolvió, me arrastró como siempre. Pero esta vez no lloré. No me dejé llevar como un paquete sin franqueo, como un expediente sin voluntad. Esta vez nadé. Braceé. Elegí la dirección. Con un libro robado apretado en una mano, una ficha vacía a salvo entre sus páginas, un nombre completo en el bolsillo y, por fin, un plan armado hasta el último sello.

La Interventora tenía razón en una cosa, y solo en una: una reclamación no vale absolutamente nada hasta que está sellada, presentada, registrada en la oficina competente.

Pues muy bien, señora. Muy bien.

A la Estación de Ascensos, entonces. Adonde se llevan a amortizar lo que nadie reclama.

Que la marea me llevara derecha allí, al sitio exacto adonde van los expedientes que nadie viene a buscar.

Porque yo iba a buscar uno. Y pensaba rellenar el impreso yo misma.

Capítulo 20 — El ascenso

La marea, por una vez en todo el viaje, me hizo caso.

No me escupió en una playa cualquiera ni me ahogó por pura costumbre. Me dejó, con una delicadeza que no le conocía, al pie de una escalera que subía hacia arriba, hacia el cielo negro, hecha de peldaños que no se apoyaban en nada, suspendidos en el aire como las notas de una canción. Miré hacia donde llevaba y se me secó la boca: muy alto, flotando sobre el mar como una luna de feria que alguien hubiera amarrado mal, había un globo enorme, iluminado, lleno de lucecitas que, según subía la vista, dejaban de parecer lucecitas.

Eran fichas. Miles. Colgando de hilos finísimos, encendidas, girando despacio cada una sobre sí misma. Y un rótulo de hierro forjado en la góndola, debajo del globo, con letras que se leían desde el agua: ESTACIÓN DE ASCENSOS.

Hice recuento, que es lo que hago cuando un sitio me da más miedo del que pienso confesar en voz alta. Reglamento robado: presente, apretado contra el pecho. Ficha vacía del mareógrafo, dentro, entre las páginas: presente. Anillo de tres gramos y medio: presente. La nota de tres líneas: ya ni la cuento, pobre, va de adorno. Llave de hierro del cerrajero, reloj parado de Tomás a las cuatro y diez. Y, en el bolsillo, calientes de tanto manosearlas, las cinco letras: A. M. A. R. O.

Todo el equipo en su sitio. Todo el inventario completo.

Solo me faltaba él.

—A reclamar, entonces —le dije a la escalera, porque a esas alturas del viaje le hablaba a cualquier cosa que no me llevara la contraria, y las escaleras son buenas oyentes—. Vamos allá.

Y subí.

Cada peldaño se encendía al pisarlo y se apagaba en cuanto lo dejaba atrás, así que detrás de mí no quedaba escalera, solo aire negro, lo cual te quita muchísimas ganas de mirar atrás y bastantes de seguir. Subí mirando arriba, fijo arriba, agarrada a un pasamanos que tampoco se apoyaba en nada. Conté los escalones, claro, que es mi enfermedad incluso al borde del vacío: doscientos doce escalones

otra vez, los mismos que el faro, los mismos que mi oficina. El universo, cuando quiere hacerte un guiño, repite el chiste hasta que lo pillas, sin ninguna delicadeza con tus piernas.

Arriba, la góndola del globo era una oficina. Cómo no. A estas alturas me habría sorprendido más una playa con palmeras. Mostradores de madera oscura, archivadores hasta el techo curvo, ventanillas con su numerito, y por todas partes los hilos con las fichas-estrella subiendo despacio, muy despacio, hacia una compuerta redonda en lo más alto del globo, por la que desaparecían de una en una, en silencio, sin un ruido, para no volver jamás.

Tardé poco en entender qué era aquel sitio, porque era pariente del mío y los parientes se reconocen. Allí no se archivaba nada. Allí se soltaba. Era el desván del mundo. El sitio adonde la Oficina mandaba lo que decidía no volver a usar nunca más. Expedientes saneados que ya no servían. Y mareógrafos amortizados. Cada lucecita que subía hacia la compuerta era alguien que la Oficina daba de baja y soltaba al cielo para olvidarlo. Una oficina de objetos perdidos al revés: en vez de guardar lo que nadie reclama, lo suelta para siempre.

Y entonces lo oí.

Cuatro notas. Cinco.

La nana. Pero mal. Entrecortada, sin voz, como una radio vieja que se queda sin pilas a mitad de la canción y sigue moviendo la aguja por costumbre.

Corrí hacia el sonido entre los hilos, apartando fichas encendidas con las manos, que me quemaban un poco al rozarlas, y lo encontré en un rincón de la góndola, en el suelo, junto a una ventanilla con un cartel escrito a mano: PENDIENTE DE AMORTIZAR.

Amaro.

O lo que quedaba de él.

Ya no era un hombre translúcido como en el faro. Era una silueta. Un dibujo de hombre hecho de aire apenas un poco más espeso que el aire de alrededor, sentado en el suelo con la espalda contra la pared, las rodillas dobladas. Los ojos grises —lo único todavía nítido en toda aquella figura de humo— clavados en mí desde el primer segundo, como si yo fuera lo último que pensaba mirar en este mundo antes de la compuerta.

Movió los labios. Tarareó. Y no salió nada. Ni un hilo de voz, ni un susurro. La melodía iba toda por dentro, en la boca, en la forma

exacta de los labios formando cada nota, pero el sonido se le había ido por la misma compuerta que las fichas.

—La voz —dije, y se me rompió a mí la mía al decirlo, y me arrodillé delante de él en el suelo de la góndola—. Le han quitado la voz. La nana. Le han quitado hasta la nana.

Asintió. Despacio, que era lo único que ya podía hacer despacio. Y siguió moviendo los labios, terco, formando la nana muda nota a nota, porque era lo único que le quedaba para decirme que era él, que debajo de todo aquel humo seguía siendo el mismo hombre que me cantó esa canción al oído en una torre, el mismo que la sabía sin saber de dónde. Me la cantaba sin voz para que yo supiera que seguía ahí.

Le puse la mano en lo que quedaba de cara. La atravesé casi entera, los dedos saliéndome por el otro lado, pero no del todo: todavía había algo. Un poco frío, un poco aire, un poco resistencia. Un poco de él. El suficiente.

—Escúcheme bien —dije, y me limpié la cara con la manga del abrigo, la del número—, que va a tener que escucharme callado, que es como mejor escucha la gente, por cierto, deberían probarlo más. —Saqué el reglamento, la ficha vacía de entre sus páginas, las cinco letras del bolsillo, y se lo puse todo delante en el suelo, en fila, como quien enseña una buena mano de cartas—. Lo tengo todo. El nombre entero, mire: Amaro. El reglamento, su reglamento. Su ficha de alta en blanco, la prueba en papel de que nunca lo dieron de alta, de que para esta Oficina usted es un objeto, no un empleado. Un objeto sin reclamar. Solo me falta una cosa, y es sellarlo en la oficina competente. —Miré alrededor, a los mostradores, a las ventanillas, al desván entero—. Y resulta, fíjese qué casualidad más bonita, que la oficina competente para esto es justo este antro de las narices. Estamos en ella. Así que aguante. ¿Me oye? Aguante un poco más, lo justo. No se me amortice ahora, que vengo con el papeleo en regla por primera vez en mi vida.

Él me miró. Y movió los labios otra vez, despacio, marcando mucho, para que yo pudiera leerle.

Váyase, leí en sus labios. *Por favor*. *Váyase*.

—Ni de broma. He subido doscientos doce escalones de aire por usted. No pienso bajarlos de vacío.

La va a usar a usted contra mí.

—Que lo intente.

—Ya lo estoy intentando —dijo una voz tersa a mi espalda—. Y, francamente, no me está costando nada de nada.

Me volví sin levantarme del suelo, todavía de rodillas delante de él.

La Interventora estaba en mitad de la góndola, impecable, sin una arruga, sin una gota de mar encima a pesar de que yo había venido nadando, con su carpeta bajo el brazo y su sello en la mano. Y por primera vez desde que la conocía no parecía tener prisa. Al contrario. Tenía la calma absoluta de quien juega en su propia casa con sus propias reglas, porque aquella era su casa: el desván donde ella, solo ella, decidía qué se soltaba por la compuerta y qué no.

—Bienvenida a la Estación de Ascensos, señorita Gulliver. —Abrió la carpeta sin prisa—. La estaba esperando, no le voy a mentir. Sabía que vendría. Lo supe en cuanto saltó por la ventana. Es usted, definitivamente, de las que vienen. —Sacó un único folio, blanco, limpísimo, con una sola línea de puntos al final, esperando—. Y como sabía que vendría, le he preparado una cosa. No una corrección, no, eso era antes, en el faro, cuando me caía usted mal y me daba trabajo. Ahora la admiro, se lo digo de verdad. Una mujer que salta por una ventana al mar abierto, de noche, por un activo deteriorado al que ni siquiera le sabía el nombre completo... esa mujer merece, como mínimo, una oferta decente. Y yo soy una profesional. Premio el talento.

—No me interesa.

—Sí le interesa. A todo el mundo le interesa. —Algo le pasó por la cara lisa, rápido, como una corriente bajo el hielo, y por un segundo la voz tersa se le puso de otra cosa—. ¿Sabe por qué no me tiembla la mano cuando sello, señorita Gulliver? Porque yo firmé esto una vez. Hace mucho. Tanto que ya no recuerdo qué firmé, ni a quién dejé sin recordar, ni qué cara tenía yo antes. Solo me quedó el sello y las ganas de que firmen los demás. —Recompuso la sonrisa que no tenía, deprisa, como quien se recoloca una máscara que se ha movido—. Funciona. Le doy mi palabra de que funciona. Una no echa de menos lo que no recuerda. Por eso se lo ofrezco. No es maldad. Es lo único bueno que sé hacer.

—No la ha oído todavía —se corrigió, volviendo al guion—. No diga que no a lo que no conoce, que eso es de novata, y usted ya no lo es. Es un alta. La suya. En su orilla óptima. La que él calculó para usted en la primera isla, ¿se acuerda que se lo contó en el faro? La

mejor que ha leído en toda su carrera, y mire que ha leído. Una vida larga. Tranquila. Querida de verdad. Hijos, si los quiere; y si no, perros, o paz, lo que prefiera. Una casa que no se mueve, que no es una isla, que está en tierra firme y se queda quieta. Gente alrededor que no se transparenta, ni pierde dedos, ni se amortiza, ni desaparece por ninguna compuerta. Felicidad, señorita Gulliver. Felicidad de verdad, garantizada por escrito, con el sello de esta Oficina, que en eso no falla nunca: cuando garantizamos una orilla, se cumple. —Deslizó el folio un dedo hacia mí, sobre el mostrador—. Firme ahí, en la línea de puntos, y mañana amanece usted feliz para el resto de su vida. Es la mejor oferta que va a recibir nunca. La mejor que recibe nadie.

Miré el folio. Miré la línea de puntos, esperándome.

—¿Y el precio? —pregunté, porque las cosas con sello siempre tienen el precio escondido en la letra pequeña, y eso es lo primero que se aprende en mi oficio, antes incluso que a deletrear Gulliver.

—Lista. Siempre tan lista. —La Interventora casi parecía orgullosa de mí, como una maestra de una alumna espabilada—. El precio es el de siempre, el único que tengo. Reinicio. Se le borra el tránsito completo. Las seis islas, enteras. La campana que tocó. Las llaves que limó. Tomás y su café. El faro. —Bajó la voz hasta dejarla en un susurro casi cariñoso, que fue lo peor de todo—. Y él. Amaro. No lo recordará usted. Ni su nombre, ni sus ojos, ni la nana, ni el dedo que le faltaba. Nada. No le dolerá, esa es la gracia, no le dolerá ni un segundo, porque no sabrá que hubo nunca nada que recordar. Se irá usted a su vida perfecta limpia como una ficha en blanco, sin una sola arruga en la memoria. Y él —señaló con el sello la silueta de humo del rincón, sin mirarla— se amortiza igual, eso no entra en la negociación, eso ya está decidido. Pero a usted le dará exactamente lo mismo. Porque no sabrá que existió. No se puede echar de menos lo que no se recuerda. Es lo más piadoso que ofrece esta casa.

La góndola se quedó en silencio. Solo se oía el roce suave de los hilos subiendo las fichas hacia la compuerta, una a una, ascensos sin retorno.

A mi espalda, en el suelo, Amaro movió los labios. No hizo falta que lo oyera, ni que me volviera a mirarlo. Sabía perfectamente lo que estaba formando con la boca muda, porque era lo único que aquel hombre sabía pedirme desde el faro, lo único que me había pedido en seis islas con voz y ahora sin ella.

Fírmelo. Sálvese. Olvídeme.

Y delante, la Interventora, con el bolígrafo ya tendido sobre el folio, la cara lisa y paciente, la felicidad garantizada por escrito y con sello, y una sola condición: pagarla con toda mi memoria. Con él entero.

Cogí el bolígrafo. Pesaba poco. Las cosas que te lo quitan todo pesan siempre poco; es su manera de engañarte.

—Es la primera vez en mi vida —dije, sin destaparlo— que alguien me ofrece la felicidad por escrito. Con sello y todo. A mí. A la del estante nueve.

—Y es de verdad. —La Interventora se inclinó, casi dulce—. No hay trampa, salvo la que ya sabe. Firme y mañana amanece sin que le duela nada.

—Ese es el problema, ¿sabe? —Miré el folio—. Que su felicidad viene sin él. Y yo a la felicidad sin él ya la he probado. Se llamaba mi vida de antes, y me dejaron en ella por correo certificado.

—Las dos opciones acaban en una vida buena, señorita Gulliver. La diferencia es solo cuánto le va a doler el camino.

—La diferencia —dije— es que en una me acuerdo.

Y de que iba a tener que decidir, ahí mismo, de rodillas, con el bolígrafo temblándome un poco, si la quería.

Capítulo 21 — Los fragmentos del nombre

Sostuve el bolígrafo un rato largo, más largo de lo que pienso confesar.

La Interventora esperaba con la paciencia de quien ya ha visto firmar a muchísima gente, a generaciones enteras de corazones rotos que se rindieron en ese mismo mostrador. Y tenía motivos para esperar tranquila, porque, no os voy a engañar, la oferta era buena. Era la mejor que me habían hecho en treinta y cuatro años. Felicidad garantizada, con sello, sin más letra pequeña venenosa que una: olvidarlo todo. Olvidarlo a él.

—Sabe que es la opción sensata —dijo, suave, sin presionar, que era su manera de presionar—. La que elegiría cualquiera con dos dedos de frente. Una vida buena entera a cambio de un mal recuerdo. Hace tres semanas, señorita Gulliver, usted habría firmado esto antes de que yo terminara la frase. Sola, plantada, en el estante. Habría firmado lo que fuera con tal de no quedarse sin nada en las manos.

—Hace tres semanas, sí. —Dejé el bolígrafo sobre el mostrador, con cuidado, porque las manos me temblaban un poco y no quería que se notara—. Tiene usted toda la razón, y eso me fastidia. Hace tres semanas yo era una mujer a la que acababan de devolver por correo certificado, convencida de que se le había pasado el tren para siempre, de que estaba incompleta, de que más le valía agarrar lo primero que pasara para no quedarse sola en la estantería como Eustaquio. —La miré a la cara lisa—. Esa Julia le firma el alta encantada. Esa Julia firma cualquier cosa que le prometa, con sello, que no va a estar sola.

—¿Y usted no es esa Julia?

—Esa Julia se quedó por el camino. La fui perdiendo a cachitos, isla a isla, como su mareógrafo perdía los suyos. —Conté con los dedos, despacio—. En la primera isla toqué una campana porque me harté de esperar a que amaneciera sola. En la segunda me limé yo misma una llave, porque resulta que no me faltaba ninguna media naranja, que estaba entera desde el principio y nadie me lo había dicho nunca. En la tercera le dije que no a un hombre bueno, de

verdad bueno, que me ofrecía exactamente esto que me ofrece usted ahora: una vida tibia y segura a cambio de no arriesgar lo otro. Y le dije que no. —Me crucé de brazos—. ¿Sabe lo que he aprendido en seis islas, señora, a campanazos y a limazos? Que no necesito a nadie para estar completa. Que puedo ser feliz sola. Su orilla óptima es de verdad: yo, sin él, viviría bien. Larga y tranquila. Lo sé.

—Entonces firme.

A mi espalda, en el rincón, la silueta de Amaro se removió en el suelo. Lo noté sin verlo, por el cambio en el aire, como se nota que alguien que te importa ha entrado en una habitación. Giré la cabeza apenas. Movía los labios, despacio, formando algo con un esfuerzo que le costaba todo lo que le quedaba.

Fírmelo, leí. *No me debe esto. Sálvese, Julia.*

Y ahí, por un segundo, flaqueé. No os voy a mentir. Verlo así —hecho de humo, sin voz, rogándome con la boca muda que lo olvidara para salvarme— me dobló algo por dentro. Apreté el bolígrafo otra vez. Las cuentas cuadraban. Una firma, una vida buena, y se acababa el dolor para los dos. Era sensato. Era piadoso. Era lo que él me pedía.

Volví a dejar el bolígrafo. Despacio.

—No —dije, y por fin me salió como yo quería que sonara, sin temblor, desde el fondo—. No firmo. Y no es por lo que usted cree, señora, así que escúcheme bien, que esto va para las dos. Una cosa es que pueda ser feliz sola, que puedo, lo he aprendido, y otra muy distinta es que tenga que serlo a la fuerza, borrándome a quien quiero para que a usted le cuadren las cuentas del inventario. No me quedo con él porque lo necesite para estar completa. Ya estoy completa, gracias, me costó seis islas. Me quedo con él porque me da la gana. Porque elijo. —Miré a Amaro por encima del hombro—. Firmaría por miedo, y a mí ya no me queda miedo, me lo gasté todo en el ferri. Ahora elijo. Y elijo lo imposible. No porque me falte nada. Porque me sobra. Porque tengo tanto, por fin, que hasta puedo permitirme gastarlo en una causa perdida.

Amaro cerró los ojos. Lo poco que le quedaba de cara se le rompió en algo que no supe leer, entre el alivio y la pena. Volvió a mover los labios.

No me debe esto.

—Le debo la nana de mi madre cantada entera, una noche, en una torre —le dije, sin volverme del todo, solo lo justo para que me leyera

los labios él a mí—. Le debo seis islas de no haber estado sola del todo aunque lo pareciera. Y le debo, sobre todo, haberme enseñado a qué hora exacta deja una de tener miedo. Las cuatro y diez, por si lo había olvidado. Así que cállese, Amaro, que de deudas también entiendo. Para eso llevo yo los libros.

Saqué del bolsillo los cinco fragmentos y los puse en fila sobre el mostrador, a la luz temblorosa de las fichas-estrella, uno al lado del otro. La A de la etiqueta de equipaje. La M de la pieza de cerradura. La A del matasellos de las cartas devueltas. La R del eje del haz del faro. Y la O que él mismo había escrito con su propio dedo en el hueco de su orilla inexistente.

A. M. A. R. O.

—Mire —le dije a la Interventora—. Su mareógrafo tiene nombre. Llevo seis islas reuniéndolo, una letra por cada cosa que él perdía por venir a verme. Amaro. ¿Sabe lo que significa que un expediente tenga el nombre completo, en su Oficina? No lo sabe usted, pero lo sé yo, porque me he leído su reglamento mientras nadaba. —Lo abrí de golpe por una página que llevaba doblada desde el faro—. Artículo cuarenta y uno: "Ningún expediente con identidad completa y verificada podrá ser amortizado sin procedimiento de reclamación previamente abierto." —Levanté la vista—. Identidad completa. Ya la tiene. Acabo de completársela yo, encima de su propio mostrador, con cinco cromos del bolsillo. Ya no es un activo anónimo que se da de baja por las bravas tirándolo por una compuerta. Es alguien con nombre. Y a los que tienen nombre, según su artículo cuarenta y uno, hay que reclamarlos por procedimiento. Con papeles.

La Interventora dejó de sonreír. Por primera vez en toda la góndola, la cara lisa se le tensó.

—El artículo cuarenta y uno —dijo, despacio, recuperándose— exige identidad "verificada". Y una identidad la verifica esta Oficina, con sus medios y sus peritos. No una cataloguista de muelle con cinco cromos mojados en el bolsillo del abrigo.

—La verifica el interesado. —Y señalé a Amaro, en su rincón—. Él escribió la última letra con su propia mano, delante de mí, en su propio mapa. ¿Hay verificación más limpia que esa, señora? Un hombre que firma su propio nombre. Pero mire, si su Oficina es tan suya de los formularios y los peritos, hagámoslo a su manera, que yo de formularios también sé un rato. —Cogí el bolígrafo otra vez. Pero no fui hacia el alta. Le di la vuelta al folio, al lado en blanco—.

Dígame: ¿cómo se abre un "procedimiento de reclamación", según su propio reglamento? Porque pienso abrir uno. Aquí. Ahora. En la oficina competente, que mire usted qué casualidad, es esta.

—No tiene usted impreso de reclamación.

—Pues deme uno.

—No pienso dárselo.

—Artículo siete. —Pasé las páginas a toda prisa, porque me lo había estudiado renglón a renglón en el mar, braceando con el libro bajo el brazo—. Aquí: "Toda persona tiene derecho a solicitar, y la Oficina la obligación de facilitar, el impreso correspondiente a cualquier trámite contemplado en el presente reglamento." Obligación, señora. La palabra la pone usted, no yo. —Le tendí la mano abierta por encima del mostrador—. El impreso de reclamación de objeto hallado. Por favor. Y no me haga citarle el artículo que sanciona a los funcionarios que incumplen el siete, que también me lo sé.

La góndola entera pareció contener el aliento. Las fichas-estrella dejaron de subir un segundo, suspendidas en sus hilos. Hasta los funcionarios grises, sin cara, miraban hacia el mostrador. Y, en su rincón, Amaro había levantado lo que le quedaba de cabeza, los ojos grises fijos en mí, y por primera vez desde la compuerta no me pedía que firmara, no me pedía que me fuera. Solo miraba. Como se mira algo que no creías posible.

Y la Interventora, que llevaba toda la novela ganándome por papeleo, isla tras isla, sello tras sello, se encontró por primera vez atrapada en el suyo. Porque su poder entero venía de las reglas, solo de las reglas, y las reglas, cuando te las sabes mejor que quien las aplica, dejan de ser un muro y se vuelven una puerta. Yo eso lo sabía desde la isla de las puertas sin pomo.

Apretó los labios que no tenía. Abrió un cajón del mostrador. Y, muy despacio, como quien se arranca una muela sin anestesia, sacó un impreso. Largo, gris, lleno hasta los bordes de casillas diminutas.

—Aquí tiene su impreso —dijo, y recuperó la sonrisa, solo que ahora era otra, una más fea, la de quien todavía se guarda un as en la manga lisa—. Rellénelo, está en su derecho, no voy a impedírselo. Pero antes de que escriba una sola letra en él, señorita Gulliver, hágame un favor: lea usted el encabezado. En voz alta. Para que conste, ante todos estos testigos, que yo se lo advertí, y que lo que pase después lo hizo usted con su propia mano y a sabiendas.

Bajé la vista al impreso. El corazón me dio un vuelco antes de leer, porque la cara que había puesto ella no era de farol.

Arriba, en letras grandes, mayúsculas, ponía: SOLICITUD DE RECLAMACIÓN DE EXPEDIENTE.

Y debajo, en la letra pequeña, la de siempre, la que esconde el veneno de todos los impresos del mundo: *La presentación de la presente solicitud inicia automáticamente el procedimiento de amortización inmediata del objeto reclamado, que se considerará retirado de servicio desde el instante del sello de entrada.*

Lo leí dos veces. Tres. Y se me cayó el alma a los pies, despacio.

—¿Lo ha entendido bien? —La Interventora se inclinó sobre el mostrador, encantada, recuperada del todo, otra vez con la sartén por el mango—. Voy a explicárselo por si las prisas, que es importante y no quiero que diga luego que no se lo dije. En mi Oficina, querida, reclamar un expediente y amortizarlo son el mismo trámite. El mismo impreso. La misma firma. En cuanto usted selle esa solicitud, su mareógrafo deja de estar "pendiente de amortizar" y pasa, en el acto, a estar "retirado". Lo reclama, sí, tiene toda la razón, lo reclama usted con todas las de la ley. Pero reclama un objeto que en el mismo segundo queda dado de baja. Una caja vacía. Un nombre sin nadie dentro. —Empujó el sello hacia mí por el mostrador, hasta dejarlo a un palmo de mi mano—. Llegará usted a la ventanilla con todo el derecho del mundo a quedarse... con nada. Con la ficha de un muerto. Así que adelante, valiente. Rellénelo. Séllelo. Ese formulario lo amortiza, no lo salva. Y lo hará usted misma, con su propia mano, que es, le confieso, lo que más me gusta de todo este asunto. Que lo entierre quien lo quiere salvar.

Miré el impreso. Miré la letra pequeña, el veneno. Miré el sello a un palmo de mi mano. Y miré a Amaro, en su rincón, hecho una silueta de humo, formando con la boca muda un "no" que ya ni a él mismo le quedaban fuerzas para sostener entero, un "no" que se le deshacía en el aire.

Me temblaba la mano. Lo reconozco. Una reclamación que mata lo que reclama no es una reclamación: es una sentencia con membrete.

Pero yo no había subido doscientos doce escalones de aire, ni nadado un mar entero, ni reunido un nombre letra a letra durante seis islas, para rellenar el impreso que ella me ponía delante.

Cogí el bolígrafo. Lo destapé. Y, antes de escribir, miré a la Interventora a la cara que no tenía.

—Va a aprender hoy una cosa, señora —le dije—. Una que no viene en su reglamento, aunque debería. La diferencia entre reclamar una cosa y reclamar a alguien no está en el impreso. No está en la casilla, ni en el sello, ni en la letra pequeña.

Acerqué la punta del bolígrafo al papel.

—Está en quién lo rellena. Y, sobre todo, en qué pone arriba del todo, en el encabezado. Que es lo único de este impreso que pienso cambiar.

Y empecé a escribir.

Capítulo 22 — La reclamación

Pero antes de escribir lo que pensaba escribir, cometí el error que comete todo el mundo: probé primero por las buenas. Por lo humano. Que es lo que sale solo cuando quieres a alguien.

—Esto no hace falta —dije, apartando el impreso un dedo—. Suéltelo y ya está. Es una persona. Tiene los mismos derechos que cualquier empleado de esta Oficina: a que no lo tiren, a que no lo borren, a una orilla suya. Enséñeme su contrato y discutimos qué le deben. Porque algo le deben, después de una eternidad moviéndoles el mar.

Y ahí, por primera vez en toda la góndola, la Interventora se rió. Bajito. Sin labios, pero se rió, y fue mil veces peor que su sonrisa.

—¿Su contrato? —Dejó la palabra en el aire, paladeándola—. No tiene. Ya lo sabe usted, que ha visto la ficha. No tiene alta, no tiene número, no tiene papeles. ¿Y sabe por qué, señorita Gulliver? No por descuido. A propósito. A los mareógrafos no se les ficha nunca, es política de la casa, de muy arriba. Porque una persona fichada tiene derechos, y los derechos dan muchísimo trabajo. —Se inclinó sobre el mostrador, encantada—. Pero algo que no consta no es nadie. No tiene derechos porque, oficialmente, no existe. No puede reclamar, no puede quejarse, no puede exigirme un contrato que nunca firmó. Por la vía de la persona, querida, no tiene usted nada que hacer. Nada. Su hombre, como persona, para esta Oficina no ha existido jamás.

Y tenía razón. Esa era la trampa de verdad, la que llevaban siglos montando: lo habían dejado sin papeles precisamente para que nadie pudiera reclamarlo como a un ser humano. Me había estrellado de frente contra el muro, y la cara lisa lo sabía, y disfrutaba viéndome estrellarme.

Me temblaron las manos sobre el mostrador. Por las buenas no había nada que hacer. Por el lado bueno, el justo, el de tratarlo como lo que era, había perdido antes de empezar.

Así que, de rodillas, derrotada por el flanco humano, me quedé el otro. El feo. El que ella misma me había puesto en bandeja sin darse cuenta.

Muy bien. Si para esta Oficina mi hombre no era una persona, si lo habían vaciado de derechos hasta dejarlo en nada con tal de poder tirarlo, entonces era otra cosa. Era un objeto. Y los objetos, señora —pensé, y se me secó la rabia y se me hizo plan—, los reclamo yo.

Porque un impreso solo sirve para lo que pone en el encabezado. Lo demás son casillas. Y los encabezados, amiga, se pueden tachar.

Cogí el bolígrafo. Y taché "EXPEDIENTE".

Con dos rayas. Limpias. Encima de la palabra, igual que tacho en mi libro de registro las categorías que alguien abrió mal por las prisas. Y encima, en mayúsculas, con buena letra, escribí la categoría correcta.

OBJETO HALLADO.

—¿Qué hace? —La sonrisa se le movió por primera vez.

—Reclasificar. —No levanté la vista del papel—. Es lo primero que se hace con una ficha mal abierta, y esta lo está. Usted abrió este caso como "expediente". Y un expediente, según su propio reglamento, es una persona que la Oficina procesa: tiene alta, tiene número, tiene contrato. —Di unos golpecitos con el boli en la ficha en blanco de Amaro, que tenía al lado, de prueba—. Pero mire esta ficha. Vacía. Sin alta. Sin número. Sin contrato. Su propio archivo, sellado por su propia gente, dice que este hombre nunca fue dado de alta como personal de la Oficina. Y lo que una institución tiene en su poder, usándolo, sin haberlo registrado nunca como personal, señora, no es un empleado. —Levanté por fin la cabeza y la miré—. Es un objeto. Uno que tienen ustedes guardado. Usado. Y sin reclamar.

—Eso es absurdo—

—Eso es su reglamento, no mi opinión. —Lo empujé hacia ella, abierto por la página que llevaba doblada desde el faro—. Usted misma me ha dicho hace un minuto que reclamar un expediente lo amortiza. Y es verdad, lo pone ahí. Por eso no reclamo un expediente. Reclamo un objeto hallado. Que es otro trámite distinto. El mío. El que hago yo doscientas veces al mes detrás de mi mostrador, mientras usted amortiza gente. —Pasé las páginas hasta la que buscaba—. Artículo tres de su propio libro, el mismo que rige mi oficina y la suya, porque su Oficina de Naufragios Sentimentales, por mucho globo y mucha compuerta, no deja de ser una oficina de objetos perdidos con ínfulas: "Todo objeto hallado y no reclamado por su propietario en un plazo de noventa días pasa a ser propiedad de quien lo halló y lo custodió."

La góndola se quedó muda. Hasta los hilos de las fichas-estrella dejaron de subir hacia la compuerta, suspendidos en el aire, como si el desván entero quisiera oír.

—Yo lo hallé —dije, y fui contándolo despacio, con los dedos, como se cuenta lo que no admite vuelta de hoja—. En la primera isla. La noche de la campana. Un hombre con los ojos del color del minuto antes del amanecer, perdido, en mitad de una calle vacía, sin saber ni en qué año vivía. Lo encontré yo. Y lo he custodiado desde entonces, sin saberlo del todo, pero lo he hecho: he guardado su nana, su reloj, su llave, sus cinco letras, su cara. Seis islas. Mucho más de noventa días, écheme la cuenta. —Miré a la Interventora a la cara lisa, que ya no sonreía nada—. ¿Vino su propietario a reclamarlo en esos noventa días? Porque si la Oficina fuera de verdad su dueña, lo habría reclamado, le habría hecho una ficha, un contrato, algo. Y no lo hizo. Lo dejó moviendo mareas, sin papeles, sin nombre, gastándose por ustedes, colgado de un faro como mi Eustaquio del estante nueve. Lo abandonaron. Pasaron los noventa días. Pasaron mil veces. Y lo que se abandona noventa días —cerré el reglamento de golpe, y el golpe sonó— pasa a quien lo guarda.

Rellené el resto del impreso a toda prisa, casilla por casilla, sin levantar el boli, con la letra clara y rápida de quien lleva siete años rellenando exactamente esto y podría hacerlo dormida.

Objeto: uno (1). Descripción: varón, ojos grises, cicatriz en ceja izquierda, responde al nombre de Amaro. Lugar del hallazgo: isla primera, junto a la campana. Tiempo en custodia: seis islas, muy superior a noventa días. Propietario registrado: ninguno (véase ficha de alta adjunta, en blanco). Reclamante: Julia Gulliver, cataloguista, dársena cuatro.

—No puede —dijo la Interventora, y por primera vez en toda la novela le tembló la voz educada, se le agrietó el barniz—. No puede usted reclamar a una persona como si fuera un paraguas olvidado.

—Ahí está el detalle, señora. Justo ahí. —Y la miré, y sonreí, mi sonrisa fea de cuando rompo un sistema por dentro—. Llevan ustedes toda mi vida, y la de él, tratándolo como un paraguas. Como una cosa. Como un activo a amortizar. Lo decidió usted, no yo, cuando dijo "es nuestro" en vez de "trabaja para nosotros", allá en el Instituto. Tiene toda la razón: no se puede reclamar a una persona como si fuera un objeto. Sería indigno. Pero es que ustedes nunca lo trataron como a una persona. Lo trataron como objeto desde el

primer día, sin alta, sin nombre, sin contrato. Y a los objetos, señora, los reclamo yo. Es mi oficio, el único que tengo. —Me incliné sobre el mostrador—. Así que no pueden tenerlo de las dos maneras. Elija. O es un empleado, y entonces enséñeme aquí mismo su contrato y su alta y me callo y me voy. O es un objeto sin reclamar, y entonces es mío desde hace seis islas. Elija usted. Yo espero.

La Interventora abrió la boca. Vi que buscaba la salida, el resquicio.

—Tiene contrato —dijo—. En alguna parte. El archivo central—

—El archivo central lo cerraron ustedes, y la ficha que tengo aquí está en blanco. —Le di un golpecito—. Enséñeme el contrato y me callo. Ahora mismo. ¿Lo tiene?

Silencio.

—No lo tiene —dije—. Porque no existe. Lo dejaron sin papeles a propósito, me lo explicó un cartógrafo encantado de la vida. Así que es un objeto. Lo ha dicho usted: "es nuestro", "se amortiza", "activo deteriorado". Cada palabra suya, un ladrillo de mi reclamación.

—Eso es retorcer mis palabras.

—Eso es citarlas. Las apunté. Es mi oficio.

—Una reclamación así no la ha hecho nadie en la historia de esta Oficina.

—Pues estrena usted página en el libro. Qué ilusión.

Se quedó callada, y en ese silencio entendí que la había ganado, no con el amor —el amor a ella le resbalaba, lo habría amortizado sin pestañear— sino con su propio idioma: sellos, plazos, casillas. El muro y la puerta son la misma pared. Solo cambia quién se sabe la combinación. Y la combinación, por una vez, me la sabía yo.

—Necesito un sello de entrada —dije, tendiéndole el impreso relleno por encima del mostrador—. Para que la reclamación conste presentada y registrada. Es su obligación facilitarlo, artículo siete, ya lo hemos visto. ¿O también se salta usted su propio reglamento justo cuando le toca perder a usted?

La góndola entera la miraba. Los funcionarios grises, sin cara, vueltos hacia el mostrador. Las fichas, quietas en sus hilos. Y Amaro, desde su rincón, había levantado del todo lo que le quedaba de cara, los ojos grises —lo último nítido— clavados en el impreso, en mí, sin atreverse a respirar, si es que aún respiraba.

La Interventora cogió el impreso con la mano lisa. Le temblaba. Lo leyó entero, despacio, línea por línea, buscando el resquicio, la

coma mal puesta, la casilla en blanco, el error de novata por el que colarse, como había hecho ella toda su vida, en todas las islas, con todos los demás.

No lo encontró.

Porque lo había rellenado una profesional. Una que lleva siete años en una ventanilla y se sabe los trucos todos, porque se los hace ella a la gente cada mañana.

—Esto... —dijo, y la cara sin cara se le descompuso por fin, se le cayó el barniz entero de golpe— esto no es como se hacen las cosas aquí.

—Es exactamente como se hacen las cosas. Aquí y en mi oficina y en todas. Lo pone en su libro, con sus palabras, con su sello. —Empujé el impreso el último dedo que faltaba, hasta rozarle la mano —. Selle, señora. Selle de una vez, que se le va a hacer de noche y a mí me espera una marea.

Y la Interventora, la auditora que llevaba toda la novela ganándome por papeleo, sello tras sello, isla tras isla, la mujer cuyo único poder en el mundo eran las reglas, se encontró atrapada en la última verdad de las reglas, la que nunca se había planteado porque nunca le había tocado perder: que las reglas sirven para todos, o no sirven para nadie. Que si ella podía amortizar a un hombre con un sello, yo podía reclamarlo con otro. Que el muro y la puerta son exactamente la misma pared, y lo único que cambia es quién de los dos se sabe la combinación.

Levantó el sello.

Lo sostuvo en el aire un segundo eterno, el tampón goteando una gota de tinta azul, buscándome los ojos por si flaqueaba en el último momento, por si me echaba atrás, por si todo había sido un farol.

No flaqueé. Le sostuve la mirada que no tenía. Llevo treinta y cuatro años sin flaquear delante de un mostrador, sentada en el lado de la ventanilla que dice "no". Para algo había servido tanta cola, tanto paraguas, tanto deletrear Gulliver.

Y selló.

El golpe del sello sobre el papel sonó en toda la góndola como suena una campana grande en una isla donde nadie se atrevía a tocarla. Grave. Viejo. Definitivo. Un sonido que no le pedía permiso a nadie.

SOLICITUD DE RECLAMACIÓN DE OBJETO HALLADO — PRESENTADA. ENTRADA REGISTRADA. PROPIEDAD

TRANSFERIDA AL HALLADOR.

Y entonces, en el rincón, empezó.

Primero la voz. La oí antes de verlo, antes de volverme siquiera: la nana, que llevaba un capítulo entero sonando muda en sus labios, volvió de golpe, entera, con sonido, como una radio vieja que recupera las pilas justo a mitad de la canción y arranca donde lo había dejado. Amaro tomó aire —tenía con qué tomarlo otra vez, tenía pecho— y la voz le salió ronca, incrédula, viva, agarrándose a lo único que sabía decir.

—Julia.

Solo mi nombre. Una palabra. Pero con voz. Con su voz.

Después la sombra. Sobre el mármol blanco de la góndola, debajo de la silueta, se dibujó otra vez su sombra de hombre, nítida, recortada, con la forma de sus hombros y de su pelo.

Después la solidez: la silueta de aire se rellenó desde dentro, dejó de verse el mostrador a través de él, y volvió a ser un cuerpo, con su peso y su volumen y su abrigo viejo, un cuerpo que ocupaba sitio en el mundo.

Después el reflejo: en el cristal de una ventanilla cercana apareció su cara, por fin, devuelta, y él la miró de reojo como quien lleva siglos sin saber qué pinta tiene y se reencuentra con un viejo conocido.

Después el dedo: la mano izquierda, la que llevaba cuatro islas con un hueco cosido al guante, cerró el puño despacio, y eran cinco. Cinco dedos. Los abrió y los cerró, mirándoselos, como quien estrena guantes el día de Reyes.

Y por último, lo último que recuperó fue lo primero que había perdido: la brecha del tiempo. Levantó la cabeza, miró a su alrededor, miró el globo, las fichas, a mí, y supo dónde estaba, en qué año vivía, cuánto llevaba vivo. Recuperó el tiempo entero de un tirón, todos los años que le habían ido robando isla a isla por el delito de venir a verme llegar.

Se levantó. Despacio. Entero. Un hombre. De carne, de peso, de presente. Mío, según constaba en un papel con sello de entrada: propiedad transferida al hallador.

—Ha reclamado usted un objeto —dijo, y le temblaba la voz recién estrenada, y cruzó la góndola hacia mí sin dejar ni un solo palmo de distancia esta vez, ninguno—. Y sabe usted mejor que nadie que los objetos reclamados no se devuelven. Está en el artículo tres.

—Lo sé. Me lo sé de memoria, ese. —Se me rompió la voz, pero de la buena manera, de la que no necesita pañuelo—. Es usted mío, Amaro. Hallado, custodiado, reclamado, sellado y registrado. No pienso devolverlo ni aunque venga su propietario a la ventanilla con la denuncia, que no va a venir, porque nunca lo hubo.

—Nunca lo hubo —repitió, y por cómo lo dijo, aquello que durante toda su existencia había sido una condena —no ser de nadie, no constar, no existir— se convirtió, en su boca, de repente, en lo que lo salvaba.

Y dijo mi nombre otra vez, entero, en voz alta, con los cinco dedos de la mano izquierda en mi cara y los ojos grises del color del minuto antes del amanecer, que en ese instante, por fin, después de seis islas y un nombre reunido letra a letra, amaneció del todo.

—Julia Gulliver —dijo—. La he traído a seis islas por el puro gusto, prohibido y egoísta, de verla llegar mojada y respondona. Permítame ahora, por una vez en toda mi existencia, ser yo el que se queda en la orilla.

Y me besó.

No os voy a contar el beso. Hay un par de cosas en la vida que una cataloguista no archiva, que se guarda para ella, fuera del libro de registro, sin número y sin categoría y sin estante. Solo os diré que duró lo que dura un imposible en el segundo exacto en que deja de serlo, y que yo, que llevo toda la vida apuntándolo absolutamente todo, contando escalones y pasajeros y gramos, por una vez no apunté nada, no conté nada, y no me importó lo más mínimo perder la cuenta.

A nuestra espalda, la Interventora cerró su carpeta con un golpe seco. No dijo nada. No le quedaba ni un artículo en la recámara, ni una coma, ni un sello. Por primera vez, la mujer que lo archivaba todo se quedó sin nada que decir.

Y debajo de nosotros, por la escalera de peldaños que se encendían, por el mar negro, por todas las islas a la vez, pasó algo que no había pasado en toda la novela, desde la primera página.

La marea bajó.

Por primera vez desde que un hombre de uniforme me sentó en un ferri con un anillo devuelto en el bolsillo del abrigo, el agua, en lugar de subir para arrancarme de un sitio y llevarme al siguiente, bajó. Despacio. Sin prisa. Sin arrancar nada. Dejando playa. Dejando

arena. Dejando tierra. Dejando, por fin, después de seis islas, dónde quedarse.

Capítulo 23 — Tierra

Bajamos juntos por la escalera de peldaños que se encendían, y esta vez, detrás de nosotros, los peldaños no se apagaban. Se quedaban. Aire convertido en escalón, sosteniéndose solo en mitad de la nada, porque por una vez en todo el viaje no había ninguna prisa por borrar el camino de vuelta.

—Se queda la escalera —dije, mirando hacia atrás, hacia los peldaños encendidos colgando del cielo como un collar.

—Es suya —dijo Amaro—. Como yo. Las cosas suyas se quedan, ya lo ha visto. Lo pone en su impreso, en la letra grande esta vez.

Llevaba dos capítulos enteros sin oírle gastar un chiste —los había pasado mudo, hecho de humo— y se me saltó la risa tonta, esa que no controlo, la que me sale cuando algo me alivia por dentro más de lo que sé decir. Me agarré a su brazo, que pesaba, que era un brazo de verdad, con su volumen y su abrigo viejo y sus cinco dedos otra vez completos, y bajamos los doscientos doce escalones del globo hacia el mar. Los conté, claro. Por última vez los conté por costumbre; a partir de ahí pensaba dejar de contar tantas cosas.

Solo que el mar ya no era mar.

La marea, que había empezado a bajar allá arriba en la góndola en cuanto sonó el sello, seguía bajando. Despacio, sin dramatismo, sin esa prisa educada y total con la que me había tragado seis veces. Bajaba como quien recoge la mesa después de una comida muy larga, sin ganas de que se note que la cena se ha acabado. Y según bajaba, iba dejando debajo algo que yo no había visto en seis islas de naufragios: tierra.

Tierra firme. Ancha. Con arena primero, mojada y brillante, y luego hierba, y luego más hierba, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, sin una cuadrícula pintada, sin una campana sin tocar, sin un cartel que dijera USO RESTRINGIDO ni LAS MAREAS SON OBLIGATORIAS ni nada. Tierra a secas. La cosa más extraordinaria que había visto en todo el viaje, precisamente por ser la más normal.

—¿Y esto? —pregunté, pisando arena por primera vez en mi vida sin que nadie me persiguiera, ni me midiera, ni me sellara la mano,

ni me asignara un turno—. ¿Qué isla es esta? Porque no me ha llegado ningún cartel de bienvenida ni ningún funcionario a abrirme expediente, y ya casi los echo de menos.

—No es una isla. —Amaro se agachó, cogió un puñado de tierra y lo dejó caer entre los dedos, despacio, como quien comprueba que algo es de verdad y no se lo está inventando—. Las islas son tránsitos, Julia. Sitios de paso. Decorados para curar a la gente y soltarla en otro lado. Por eso se mueven, por eso desaparecen detrás de una cuando la marea sube. Esto no. Esto no se mueve. —Levantó la vista, y en los ojos grises ya no estaba el miedo del faro ni el cansancio del globo: estaba una cosa nueva, sencilla, tan rara en él que tardé un segundo en reconocerla porque no se la había visto jamás. Calma. Calma de hombre que ha llegado—. Esto es una orilla. Tierra firme. El sitio donde uno se queda y deja de despedirse.

—¿Mi orilla óptima? —Se me cerró un poco la garganta sin permiso—. ¿La que usted calculó la primera noche, en la calle del farol? ¿La que era buena porque yo era feliz en ella… sin usted?

—No. —Y sonrió. Entero. Sin que le costara un dedo, ni un reflejo, ni una hora del año. Gratis, por primera vez en una eternidad—. Esa la quemé. O mejor dicho, la rompí. Mire.

Sacó del bolsillo del abrigo un papel doblado en cuatro: el folio del reglamento donde llevaba seis islas guardando mi destino, la página con mi orilla óptima escrita de su puño, la mejor que había leído en toda su carrera. La desdobló un segundo, para que yo viera que era esa, y luego la rompió. Por la mitad. Y otra vez. Y otra. Y dejó que la brisa se llevara los pedazos hacia el mar que se retiraba, hasta que no quedó ni uno.

—Esa orilla la calculé cuando todavía tenía que entregarla a usted en ella y darme media vuelta —dijo, viendo irse los trozos—. Una orilla donde fuera feliz sin mí, porque era la única que yo, desde mi torre, atado a una linterna, podía ofrecerle. Era lo más que podía quererla: mandarla a un sitio bueno donde yo no estorbara. Pero ya no soy de la Oficina, Julia. Ya no calculo orillas para nadie. Soy suyo. Reclamado, sellado, registrado, propiedad transferida al hallador. —Señaló la tierra, la hierba, el horizonte limpio sin una sola línea pintada—. Y un objeto suyo no manda a la gente a sus orillas. Vive en la que usted elija. Y esta no la he calculado yo, fíjese. Esta la ha hecho usted sola. Saltando por ventanas. Tachando encabezados. Rellenando mi impreso al revés delante de mis narices. Esta es la

orilla que se ganó usted, a pulso, a campanazos. Y, mire qué casualidad más bonita, a esta sí puedo llegar yo. Porque ya no la entrego en ella. Me quedo en ella con usted.

Me senté en la arena, porque las piernas, que con este hombre siempre deciden antes que yo, decidieron sentarse. Él se sentó al lado. Y por primera vez en seis islas no había un palmo entre los dos. Ni una norma. Ni una marea esperando abajo para arrancarme en mitad de la frase. Ni un reloj contando en voz baja lo que me iba a costar tenerlo cerca. Solo dos personas sentadas en la arena, hombro con hombro, sin prisa.

Hice inventario. Por costumbre. Por última vez de la manera vieja, la de antes.

Saqué del bolsillo del abrigo todo lo que había cargado por seis islas, y lo fui dejando en la arena, en fila, a la luz nueva.

La llave de hierro del cerrajero. Esa me la quedo, decidí, y me la guardé otra vez: porque tuve razón, la tuve antes que nadie, y hay cosas que una guarda no porque abran nada, sino porque demuestran que una llegó primero a algún sitio.

El reloj parado de Tomás, las cuatro y diez, la hora a la que dejé de tener miedo. Lo puse de pie en la arena, mirando al mar, que es donde tienen que estar los relojes que marcan las horas que importan de verdad. Que se quedara ahí, marcando para siempre el minuto bueno, de cara al agua.

Las cinco letras —A, M, A, R, O— ya no las necesitaba sueltas, una en cada bolsillo, escondidas. Porque el nombre lo tenía entero, completo, sentado a mi lado, respirando, con sonido. Las junté en la palma, las miré, y se las di a él. Que se guardara su propio nombre, que para algo le había costado seis islas y un cuerpo entero.

Y, al fondo del bolsillo, debajo de todo, lo de siempre. Lo que llevaba ahí desde el primer capítulo. Desde antes del primero, en realidad.

El anillo.

Oro blanco, piedra pequeña, tres gramos y medio. El que me devolvieron por correo certificado a dieciséis días de la boda. El que tiré al mar en la primera isla, con mi propia mano, y el mar me devolvió en la segunda, en el bolsillo, como si ni el océano lo quisiera. El que llevaba seis islas conmigo, archivado en la categoría más incómoda de todas, sin saber dónde ponerlo.

Lo saqué. Lo miré a la luz nueva de aquella orilla que era mía, de verdad mía, ganada a pulso.

—¿Qué es eso? —preguntó Amaro, mirándolo.

—Un objeto sin reclamar —dije—. Lo tengo en custodia desde hace mucho. Mucho más de noventa días. —Lo sopesé en la palma, una última vez. Tres gramos y medio de lo que no me supieron querer—. ¿Sabe lo que pasa con los objetos que nadie reclama en noventa días? Que es un poco la moraleja de todo este lío.

—Empiezo a tenerle cogido el truco —dijo.

—Pasan a quien los guarda. Y entonces quien los guarda, por fin, decide qué hacer con ellos. Esa es la parte que a mí se me había olvidado: que después de guardarlo, una decide. —Cerré la mano alrededor del anillo un segundo. La volví a abrir—. Llevo siete años, y seis islas, con este anillo en la categoría de "pendiente". Pendiente de qué, nunca lo supe. De que volviera el que lo mandó, supongo. De saber qué hacer con él. De atreverme a hacer algo. —Me levanté, fui hasta la orilla, donde el agua todavía lamía la arena al retirarse, despacio, sin tragarse a nadie—. Pues ya está. Reclasificado. Llevaba seis islas pendiente y ya no. Categoría: entregado. Que se lo quede el mar de una vez, que para devolverme cosas a la cara ya tuvo su oportunidad y la desaprovechó.

Lo dejé en la arena mojada, en la línea exacta entre el agua y la tierra, entre lo que se va y lo que se queda. Y la ola siguiente, la primera que subía un poco en aquella marea que bajaba, se lo llevó. Sin drama. Sin pared negra. Sin acuse de recibo. Tres gramos y medio que por fin, después de tanto, dejaban de pesarme en el bolsillo y en otro sitio peor.

Volví a sentarme en la arena. Amaro me pasó el brazo por encima de los hombros, y pesaba, vaya si pesaba: un brazo entero de hombre que se quedaba, con su peso de verdad, no el aire del globo.

—Tengo que confesarle una cosa —dije, apoyando la cabeza en él.

—Diga. La escucho. Tengo voz y todo para escucharla, ahora.

—Llevo siete años catalogando lo que la gente pierde. Paraguas, dentaduras, una pierna ortopédica, urnas, anillos. Apuntándolo todo, numerándolo todo, poniéndole a cada cosa su estante y su categoría para que el mundo, cuando dolía, doliera al menos en orden. —Lo miré—. Y resulta que sin darme cuenta yo me había convertido en una de esas cosas. Un expediente. El número 4471. Algo que el mundo había perdido, había metido en una marea y procesaba isla a

isla sin preguntarme. Me pasé la vida del lado bueno de la ventanilla, el que cataloga, y de repente me tocó ser la catalogada, la del estante, la que espera a que vengan a por ella.

—¿Y?

—Y no pienso volver a serlo nunca. —Me reí, y la risa salió limpia —. Lo he decidido ahí, viendo irse el anillo. Se acabó lo de ser un objeto en la marea de nadie, esperando a que me reclamen. A partir de ahora cataloga la que sabe. —Le di unos golpecitos en el pecho, en el abrigo, donde llevaba cosido en alguna parte, recuperado, su nombre entero—. Y mi primera entrada de archivo en esta orilla nueva, la primera ficha de mi vida nueva, es usted, Amaro. A ver, le voy a dictar la ficha: objeto hallado, varón, ojos grises, en perfecto estado tras una reparación integral de seis fragmentos. Lugar del hallazgo: una calle vacía, de noche, junto a una campana. Propietaria: Julia Gulliver. Ubicación: aquí, a mi lado. Categoría... —fingí pensármelo, con el boli imaginario en el aire— ...definitiva.

—¿Definitiva? —Arqueó la ceja partida por la cicatriz, divertido—. Cuidado con esa palabra, que en su oficio no existe. Usted me lo dijo una vez: nada es definitivo. Todo está siempre pendiente de reclamar, todo vuelve al estante tarde o temprano.

—Eso era antes. Esto no. —Y me acerqué, sin palmo, sin casi, sin espejo que lo borrara, sin reloj contando lo que costaba—. Esto está reclamado y bien reclamado, con todas las de la ley. Tengo el sello que lo demuestra y una funcionaria de testigo. A ver quién me lo discute.

Lo besé yo, esta vez. Y este beso tampoco os lo voy a contar, porque ya os he dicho que hay un par de cosas en la vida que una se guarda fuera del libro de registro, sin número, sin estante y sin categoría, solo para ella. Pero os diré que esta vez no tuve miedo de que se transparentara en mis brazos, ni de que una marea nos cortara a la mitad, ni de que se me acabara entre los dedos. Esta vez tenía todo el peso de un hombre que se quedaba, y todo el tiempo del mundo, que es lo único que de verdad se reclama cuando se reclama a alguien.

Detrás de nosotros, la escalera de peldaños encendidos seguía sin apagarse, colgando del cielo, por si algún día queríamos volver a mirar de dónde veníamos.

Delante, la marea seguía bajando, despacio, dejando tierra y más tierra, ganándole sitio al mar.

Y por primera vez desde que un hombre de uniforme me sentó en un ferri de las once y media con un anillo devuelto en el bolsillo del abrigo y una vida por delante que no sabía dónde archivar, no tuve nada pendiente.

Nada en el estante nueve. Nada en la categoría de "por reclamar". Nada esperando una marea que viniera a llevárselo.

Solo tierra firme bajo los pies, un hombre que se quedaba con todo su peso al lado, y una cataloguista de objetos perdidos que, después de siete años y seis islas devolviéndole a todo el mundo lo suyo, había encontrado por fin, ella también, dónde ponerse.

Epílogo — La oficina nueva

Un año después, más o menos —en aquella orilla los relojes los pongo yo y a veces se me olvida darles cuerda—, abrimos la oficina.

Os la describo, que para eso soy cataloguista y lo mío, ya lo sabéis, es el inventario.

Mostrador de madera vieja, de ese color que solo dan los años y que nadie sabe imitar por mucho barniz que le eche. Estanterías hasta el techo, esperando que alguien venga a perder algo.

Un fichero giratorio enorme que rescaté del Instituto de los cartógrafos antes de que la marea bajara del todo y se lo tragara, porque me dio pena dejarlo allí huérfano de obsesos del orden; ahora gira en mi oficina y le pongo fichas que nadie va a amortizar.

Ventanillas con su numerito. Sellos. Muchos sellos. Los sellos son mi vicio confeso y a estas alturas de mi vida no pienso desintoxicarme de nada que no haga daño.

Por fuera, la oficina es idéntica a la otra. A la suya. A la Oficina de Naufragios Sentimentales de la que Amaro fue mareógrafo durante una eternidad: la misma luz mortecina y bonita, el mismo olor a papel mojado y a sal, los mismos pasillos largos por los que dan ganas de perderse a propósito un rato.

Por dentro, justo lo contrario. Todo lo contrario. Esa fue la idea.

Porque la Oficina de antes cogía a la gente con el corazón roto, la metía en una marea sin pedirle permiso y la procesaba isla a isla hasta dejarla "saneada" en una orilla óptima donde fuera feliz… a cambio de borrarle el viaje entero. Te entregaban nueva, sí. Reluciente. Pero nueva como una ficha en blanco. Sin la campana que tocaste. Sin las llaves que limaste. Sin el faro. Sin acordarte de quién te lo enseñó, ni de lo que te costó, ni de a qué hora dejaste de tener miedo.

La nuestra no borra nada.

—Es la única norma —le dije a Amaro el día que colgamos el cartel, yo sujetando la escalera y él arriba con el destornillador—. La única, pero esa es de hierro. Devolvemos a la gente a tierra firme, sí.

Pero con el viaje puesto. Que se acuerden de todo. De lo que les dolió y de quién les enseñó a tocar su propia campana. Si no, ¿para qué naufragar?

—Para nada —dijo él, atornillando el cartel un poco torcido, porque sigue siendo muchísimo mejor moviendo mareas que manejando un destornillador, y yo se lo recuerdo a diario—. Naufragar sin acordarse es ahogarse dos veces. La segunda, gratis.

Lo besé por decir eso, ahí mismo, con él subido a la escalera y el cartel torcido. Lo beso bastante, la verdad, no os voy a engañar. Llevo un año entero recuperando todos los besos que nos cortó un palmo de distancia durante seis islas, uno por cada "casi", y voy con muchísimo retraso, así que no doy abasto. Es un trabajo ingrato pero alguien tiene que hacerlo.

El cartel de la puerta lo escribí yo, con mi mejor letra de ventanilla, la de los domingos:

OFICINA DE NAUFRAGIOS SENTIMENTALES (en reformas filosóficas) Se atiende a corazones rotos. No se borra a nadie. Eustaquio vigila.

Porque Eustaquio vino con nosotros, claro. Cómo no iba a venir. La urna del estante nueve, la que en mis siete años de dársena cuatro no vino a reclamar absolutamente nadie.

Me lo traje el primer día, envuelto en mi bufanda para que no se golpeara en la travesía, y le busqué el mejor sitio de toda la oficina: encima del mostrador, en alto, presidiéndolo todo con esa autoridad callada que dan cuatro años sin que nadie te reclame.

Resulta —ya os sabéis la lección, es la moraleja de mi vida entera — que un objeto que nadie reclama, si lo guardas más de noventa días, pasa a ser tuyo. Y yo a Eustaquio lo llevo guardando desde mucho antes de que me dejaran a mí en aquel ferri. Es de la familia. Vigila las entradas, no cobra, y no opina, que es más de lo que puede decirse de la mayoría de los socios.

Nieves nos escribe. Le mandé una carta el primer mes —por correo normal, ojo, que el certificado lo tengo vetado de por vida por motivos sentimentales y no pienso explicar a estas alturas— contándole que estaba bien, que estaba en tierra firme por primera

vez, que había reclamado un objeto en una oficina rara y que el objeto había resultado ser un hombre.

Me contestó tres folios apretados. El primero, entero, regañándome por desaparecer sin avisar y darle el susto de su vida. Los otros dos, pidiéndome detalles. Todos los detalles. Con dibujos, si podía ser. Es mi mejor amiga; las prioridades las tiene clarísimas y por eso la quiero.

El reloj de Tomás está en la repisa de la oficina, de cara a la ventana, parado en las cuatro y diez. No lo he puesto en hora, ni pienso. Hay relojes que es una falta de respeto volver a mover, me enseñó él en una relojería que ya no existe, y este marca la hora exacta a la que dejé de tener miedo.

La gente que entra a perder algo lo mira y me pregunta, por hacer conversación, si está roto. Les digo que no, que está más exacto que ninguno, que es el único de toda la oficina que marca la única hora que de verdad importa. No lo entienden en el momento; me miran con cara de "pobre, se le ha ido la cabeza con tanto sello".

No pasa nada. Algunos vuelven años después, ya recompuestos, solo para decirme, desde la puerta, que ya lo han entendido. Esos días cierro antes y lo celebro.

Trabajamos bien juntos, Amaro y yo. Era de esperar, si lo piensas: dos personas que se han pasado la vida entera llevando libros de registro de lo que llega y lo que se va, él en bronce y mareas, yo en papel y paraguas. Él se ocupa de las mareas —las pocas que todavía movemos, y solo para traer suavemente a tierra a quien llega, nunca jamás para arrancar a nadie de ningún sitio—, y yo me ocupo del archivo, que es lo mío y no lo suelto.

Tenemos clientela. Más de la que querríamos, si os soy sincera, porque corazones rotos hay siempre, en todas las temporadas; es la única materia prima del mundo que no falla nunca.

Llegan en sus ferris de las once y media, con su anillo devuelto en el bolsillo, o su nota de tres líneas firmada con dos iniciales, o su campana que no se atreven a tocar. Y nosotros no los procesamos. No los curamos a la fuerza, no los metemos en ninguna marea, no los mandamos a ninguna orilla óptima calculada por un funcionario que decide por ellos dónde serán felices.

Les enseñamos dónde está la campana, les explicamos que se toca tirando, y les dejamos decidir a ellos si la tocan o no.

La mayoría la tocan. Cuesta, vaya si cuesta, a veces se pasan tardes enteras mirándola sin atreverse. Pero la tocan. Para eso vienen, en el fondo, aunque lleguen jurando por lo más sagrado que ellos solo pasaban por aquí y que su corazón está perfectamente, gracias.

Os tengo que contar el último archivo. El que cierra el libro. Porque todo libro de registro se cierra con una entrada, y esta es buena.

La semana pasada entró por la puerta una mujer. Impecable. Demasiado impecable para alguien que acaba de bajar de un ferri con viento. Traje sin una sola arruga, ni una. Y una cara tan lisa, tan sin un rasgo de más, que tardé medio segundo largo en reconocerla, porque la última vez que la tuve delante llevaba una carpeta bajo el brazo, un sello en la mano y unas ganas enormes de borrarme la memoria y amortizar al hombre que ahora tarareaba en el mostrador de al lado.

La Interventora.

Solo que sin carpeta. Sin sello. Con las manos vacías, colgando a los lados, que en ella era lo más raro de todo el cuadro, como ver a un caracol paseando sin su concha, perdido y un poco indecente.

—Vengo… —Carraspeó. No sabía hacerlo, se le notaba; los interventores no carraspean, sellan, y ella estaba estrenando garganta para la duda—. Me han reasignado. Bueno. La Oficina central cerró. Del todo.

—Bajó la vista un segundo—. Resulta que hace un año un expediente reclamó a un activo por la vía del objeto hallado, en mis narices, con mi propio reglamento. Sentó precedente. Y a partir de ahí se les vino abajo el sistema entero de amortizaciones, porque cualquiera podía reclamar a cualquiera, y una Oficina que no puede dar de baja a nadie no es una Oficina, es… otra cosa.

—Me miró, y por primera vez desde que la conocía no había hielo en aquella cara lisa, solo un desconcierto enorme, de náufraga—. Ya no hay nada que intervenir. Me he quedado sin reglamento que aplicar. Y sin reglamento, mire usted qué sorpresa, resulta que no sé

hacer absolutamente nada más. Cuarenta años corrigiendo y no sé ni atarme los zapatos sin una norma que me diga el orden.

—Bienvenida al club —dije, y lo dije sin sorna, porque la conocía bien aquella cara—. Es exactamente lo que nos pasa a todos la primera vez que se nos cae el sistema encima de la cabeza. Yo me caí de uno hace año y pico, en un ferri. ¿Sabe lo que se hace entonces, cuando se le viene abajo todo lo que sabía?

—No. —Y lo dijo de verdad. No lo sabía. Era la primera pregunta de su vida que no traía la respuesta en la letra pequeña.

—Se aprende otro oficio. —Cogí un sello de los míos, de los nuevos, de los que no borran a nadie, y lo dejé sobre el mostrador, delante de ella, despacio—. Mire. Da la casualidad de que necesito a alguien que se sepa los reglamentos al dedillo, de memoria, comas incluidas. Pero no para cerrarlos. Para lo contrario. Para encontrarles las grietas. Las puertas que parecen muros. Los artículos que dicen una cosa y, leídos al revés, dicen la que necesitas. Usted de eso sabe un rato largo, aunque se haya pasado la vida usándolo para el lado feo.

Cogió el sello. Lo miró por todos lados, como quien sostiene un objeto de un planeta que no es el suyo. Le temblaba un poco la mano lisa, esa que durante seis islas no había temblado ni una vez.

—No sé si seré capaz de hacerlo… al revés —dijo, muy bajo—. Llevo toda la vida cerrando expedientes. Es lo único que se me ha dado bien nunca.

—Por eso, mujer. Por eso justamente. —Le sonreí—. Nadie sabe abrir una puerta como quien se ha pasado la existencia entera cerrándolas. Usted conoce todas las cerraduras de este sistema porque las puso usted. Solo hay que darles la vuelta. —Le señalé una mesa libre, al fondo, junto a una ventana con vistas al mar que ya no arranca a nadie de ningún lado—. Esa es la suya, si la quiere. Buena luz por las mañanas. Pero le aviso de una cosa antes, y esta sí que es innegociable, ni con su mejor letra pequeña.

—¿Cuál?

—Aquí no se borra a nadie. Ni para mal ni para bien. Ni aunque lo pida el cliente, que a veces lo piden, llorando, los primeros días. Si alguien entra roto por esa puerta, sale acordándose de por qué se rompió y de quién le ayudó a recomponerse. Sale con el viaje entero puesto. Esa es la norma de la casa. La única que tenemos. ¿La acepta?

Se quedó un rato largo callada, mirando el sello que tenía en la mano. Luego miró el mar por la ventana, el que baja en vez de subir.

Luego, por encima de mi hombro, miró a Amaro, que la saludó desde su mostrador con la mano izquierda, la de los cinco dedos completos otra vez, levantándola sin una pizca de rencor, con una media sonrisa de las suyas, porque querer bien te quita hasta las ganas de cobrarle facturas viejas a quien casi te tira por una compuerta.

Ella le sostuvo la mirada un momento. Algo se le movió en aquella cara lisa, despacio, como se mueve el agua bajo una capa de hielo que empieza a ceder.

—La acepto —dijo al fin.

Y le hice una chapita nueva, ahí mismo, que para eso tengo máquina y me hace ilusión usarla. Se la di antes de que le diera tiempo a arrepentirse, que en los reconvertidos el arrepentimiento es muy rápido los primeros días.

Decía, en letras pulidas: INTERVENTORA. Y debajo, en letra más pequeña, la única corrección que aquella mujer iba a tener que aprenderse de memoria, a fuerza de equivocarse, durante una buena temporada:

en formación.

Se la prendió en la solapa sin una arruga. Y se fue a su mesa del fondo, a aprender, a sus años, a abrir lo que se había pasado la vida cerrando. La primera semana cerró tres expedientes por costumbre y tuvo que reabrirlos pidiendo perdón. La cosa va lenta. Pero va.

Así que aquí estamos. Os hago el inventario final, que es como cierro yo los libros.

Una oficina vieja con la filosofía dada la vuelta del revés. Un mareógrafo reconvertido en hombre que se queda, malísimo con el destornillador y bueno con todo lo demás. Una urna que vigila la entrada desde lo alto del mostrador. Un reloj parado en la hora correcta, de cara al mar. Una antagonista con chapita de "en formación", aprendiendo a abrir puertas a una edad en la que casi nadie aprende ya nada.

Y yo, Julia Gulliver, treinta y cinco años cumplidos en tierra firme, cataloguista de profesión y, por fin, también de vocación,

archivando corazones rotos no para guardarlos en un estante, sino para devolvérselos enteros a sus dueños, con el viaje puesto.

Si alguna vez naufragáis —y vais a naufragar, no os hagáis los valientes, que para eso estamos vivos y queremos a gente—, ya sabéis dónde estamos. Dársena nueva, la del faro encendido, el único que se enciende para que entréis y no para avisaros de que os larguéis. Preguntad por la de los sellos. O por el de los ojos grises. Cualquiera de los dos os abre.

Traed el corazón roto, que no os dé vergüenza, aquí entran todos. Traed el anillo devuelto, si lo hay, que ya le buscaremos categoría. Traed la nota de tres líneas. Traed, sobre todo, la campana que no os atrevéis a tocar.

Lo archivamos todo.

No borramos nada.

Y, si tenéis suerte, y mucha cara, y os sabéis los reglamentos mejor que quien os los pone delante, a lo mejor hasta os lleváis a casa, reclamado y bien reclamado, con su sello de entrada y su propiedad transferida al hallador, algún imposible de ojos grises que nadie vino a buscar en noventa días.

Yo lo hice una vez. Taché una palabra en un impreso y escribí encima la correcta.

Y mirad si me salió bien la jugada que todavía, un año y pico después, le estoy recuperando los besos. Voy por la mitad. Calculo que me quedan para toda la vida.

Que era, mira tú por dónde, exactamente lo que pedí.

FIN